



## EL GENERAL ALAVA

AL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA M. N. Y M. L. CIUDAD  
DE VITORIA.



A ciudad de Vitoria va á celebrar con entusiasmo, en el próximo día 21, una solemne fiesta, al cumplir un deseo tantas veces repetido y siempre acariciado: el de la inhumación, en el cementerio de Santa Isabel, de los restos del ilustre General D. Miguel Ricardo de Alava, trasladados desde Bareges (Altos Pirineos), donde falleció.

La fecha memorable del 21 de junio de 1813 recuerda la gloriosa batalla de Vitoria, que puso fin á la guerra de la Independencia y que, como asegura Thiers, cambió por completo las cosas de la Península y las de toda Europa. Un hijo insigne de la ciudad, el diputado foral de la provincia, el General Alava, fué, en el Estado Mayor de Lord Wéllington, el hombre de toda la confianza del gran caudillo británico, á quien inspiró el plan general de la batalla, como perfecto conocedor de la comarca alavesa, contribuyendo de este modo en primer término, al éxito incomparable de aquel decisivo combate. El 21 de junio, día de San Luis Gonzaga, ha sido desde entonces de grandes recuerdos. Todos los vitorianos hemos conocido realizar tres especiales manifestaciones, que se

verificaban anualmente en memoria del gran suceso: el rosario, que en respetuosa y concurrida procesión se rezaba por las calles; la atenta visita que el Ayuntamiento hacía á la señora D.<sup>a</sup> María Loreto de Arriola, viuda del General Alava, y los regocijos á que se entregaba el público cuando, encendidos grandes hachones en el balcón de la casa de la ciudad, sonaban en la plaza los acordes del euskaro tamboril.

Siempre se lamentó en Vitoria el que, por inexplicable inercia, continuasen en Bareges los restos del General, y en diferentes ocasiones excitó la prensa á las autoridades á que se hiciera la deseada traslación (1). Hoy, gracias á un acuerdo del Ayuntamiento vitoriano, que han presidido mis queridos amigos y condiscípulos D. Odón Apraiz y D. Joaquín Herrán, una comisión de muy distinguidos y respetables vecinos, compuesta de los Sres. D. Francisco Juan de Ayala, exdiputado general, D. Juan de Aldama, presidente de la Diputación; y D. José María de Zabala, exalcalde de Vitoria, acompañados de D. Ricardo de Alava, único heredero y representante de la ilustre casa de este apellido, han pasado á aquella población francesa, para llevar á cabo la traslación, después de haberse cumplido todas las formalidades legales.

Al celebrar Vitoria la solemne fiesta, aparecen de relieve las grandes cualidades que hicieron del General Alava un capitán ilustre, un liberal decidido, un hábil diplomático, un Ministro de la Corona por todos respetado y un verdadero ejemplar, siempre enaltecido, de tolerancia, de distinción social y de exquisita caballerosidad. Ahora que está su nombre en todos los labios y que el recuerdo de sus méritos palpita en todos los corazones, es muy grato recordar el conjunto de los

---

(1) No sabemos cuándo se verificará la traslación de los restos—decíamos en el número de *El Mentirón* de 21 de junio de 1868, dedicado exclusivamente á esta solemnidad—para que sean depositados en el precioso panteón que con este objeto se erigió hace muy poco tiempo en el campo santo de la ciudad. La traslación ha de dar lugar, indudablemente, á la celebración de solemnes honras fúnebres, y nada más justo sino que todos los años, al llegar este memorable día, se adorne con una corona la urna funeraria y se depositen flores en torno del monumento que contenga sus cenizas.

hechos de su vida, para que ensalzados como se merece, formen en estas páginas una modesta corona, que deposito sobre su tumba como tributo de veneración á uno de los más valientes sostenedores de nuestra independencia nacional y á uno de los espíritus que con más cultura, decisión y consecuencia rindieron culto á las grandes reformas de la libertad, sufriendo mucho por ella, y teniendo por muy preciada honra el defenderla y propagarla por todas partes.

Fué, en efecto, el noble patricio uno de los grandes hombres que ilustran la historia patria, de principios de nuestro siglo, y por lo mismo, la fiesta que celebran los alaveses en honor á su memoria, tiene el carácter de una verdadera solemnidad nacional, igualmente esplendorosa para las armas que para las libertades españolas.

## I.

## LOS ALAVAS.

La provincia de Alava contribuyó á enaltecer las glorias de la patria, al través de los siglos, con las hazañas de sus valerosos hijos los Guevaras, los Mendozas, los Ayalas, los Salcedos, los Gaunas, los Velascos y otros, cuyos memorables hechos esmaltan con vívida luz la memoria de los pasados tiempos. Al lado de los nombres de esas casas ilustres, figuró con justicia, desde el siglo XV, el de la casa de Alava, que debiera producir en adelante muy ínclitos varones.

A principios del siglo XVI, en 1505, aparece como Maestro de Campo, comisario y diputado general vitalicio de la provincia, D. Diego Martínez de Alava, quien en 1490 asistió al frente de los caballeros alaveses á las guerras y conquista de Granada, y en 1503, con 800 ballesteros, á los combates de la frontera de Francia. En 1512, en la campaña de Navarra, mandó 1.200 alaveses en el sitio de Estella, con los que asistió también, á las órdenes del Duque de Alba, á la

toma de Pamplona. En 1516, con 1.000 soldados defendió la frontera contra los franceses.

El y sus parientes figuraron sobre manera en la guerra de las Comunidades, en defensa del Emperador Carlos V, contra el afamado caudillo alavés D. Pedro López de Ayala y Sarmiento, Conde de Salvatierra. Vivía en Vitoria con D. Diego su hermano Pedro Martínez de Alava, y eran sus hijos respectivamente, D. Fernando, alcalde del castillo de Bernedo, y Juan, merino mayor de Vitoria. Este se negó á que la población entrase en la Comunidad, cuando los de Burgos le invitaron á ello (1521), y apresó al enviado de los comuneros de Valladolid, Antonio Gómez de Ayala, llevándole á Bernedo. Los procuradores de las hermandades alavesas, reunidos entonces en juntas (noviembre de 1520), se pronunciaron en favor del Conde; pero D. Diego consiguió que la ciudad se mantuviera fiel. Al año siguiente, al aproximarse Ayala á Vitoria, huyó Alava con sus parientes á Treviño, y desde allí con 400 soldados y 100 caballos, que le envió el Duque de Nájera, se dirigió á Andagoya á buscar á Ayala, cuya casa quemó. Ayudado por D. Manrique de Lara, hijo del Duque de Nájera, tomó á Salvatierra, destruyó el palacio del Conde, quemó las casas que éste tenía en Gauna y permaneció en la villa hasta que D. Martín Ruiz de Avendaño y de Gamboa y D. Gómez González de Butrón y Múgica y D. Gonzalo de Valenzuela y el Conde de Altamira y D. Hurtado Díaz de Mendoza y D. Ochoa de Asúa, con sus gentes derrotaron al Conde en la batalla de Durana y cogieron prisionero á don Gonzalo de Varona, que fué encerrado en casa de Pedro de Alava y ajusticiado en la plaza de la Leña, hoy de Santo Domingo.

Durante las guerras de Navarra, se había enlazado esta casa de Alava con la del famoso caballero vasco-navarro D. Francés de Beaumont (Viamont dicen otros), aquel caudillo que en nombre del Condestable Velasco, pariente y enemigo del Conde de Salvatierra, tomó á Ampudia y la torre de Mormojón, en esta tierra de Campos, donde escribo. De tal enlace nacieron ilustres militares, y entre otros, D. Francés de Alava y Beaumont, Capitán General de Artillería; su hijo D. Fran-

cisco de Alava y su nieto D. Diego de Alava y Beaumont, gentil-hombre de cámara de Felipe II é ilustre artillero también, que publicó en 1612 una magnífica obra titulada: *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de artillería*. Entre los otros Alavas que no se dedicaron á la carrera de las armas, figuran el referido D. Juan de Alava, diputado general de la provincia desde 1540 á 1543, y D. Diego de Alava y Esquivel, Obispo de Astorga y de Córdoba, asistente al Concilio de Trento, presidente de las reales Chancillerías de Granada y Valladolid y autor de la obra *De conciliis universalibus, ac de bis quæ ad Religionis et Reipublicæ Christianæ reformationem instituenda videntur* (1562). En el siglo siguiente aparecen como diputados generales D. Pedro de Alava y Eguino, en 1630, y D. Pedro de Alava y Esquivel en 1633. En este tiempo enlazó la casa de Alava con las tan distinguidas entonces en Vitoria, de Aguirre y de Agurto. En el siglo XVIII, en 1702, fué diputado general D. Francisco Carlos de Alava; en 1720 D. José Jacinto de Alava; en 1732 y 1753, D. Gaspar de Alava y Aranguren, y en 1747 D. José Ignacio de Alava. En 1702 brilló en Flandes D. Francisco de Alava y Arista, Mariscal de Campo de los ejércitos españoles y caballero de Alcántara. A fines del siglo figuraban en esta casa el brigadier de la Real Armada D. Ignacio de Alava, el teniente coronel D. Luis, Gobernador de Valparaíso, el brigadier D. José, jefe del regimiento de la Puebla de los Angeles, y el capitán D. Pedro Jacinto. Casó este último con D.<sup>a</sup> Manuela de Esquivel, de la distinguida familia vitoriana de este apellido, y de la casa de los Marqueses de Legarda, y de ellos nació, en 7 de febrero de 1772, D. MIGUEL RICARDO DE ALAVA.

Era D. Pedro Jacinto de Alava y Navarrete subdelegado de rentas generales, y al ordenar el Gobierno en 1780 la continuación de la carretera general desde Valladolid á Burgos, por una parte, y desde Miranda á Burgos por la otra, ya que estaba terminada la de Arlabán á Miranda, recibió los fondos necesarios para la construcción, que empezó inmediatamente. Pasó algún tiempo, y cuando la carretera estuvo concluída, el subdelegado Sr. Alava *entregó al Gobierno doce mil duros,*

*que resultaban sobrantes.* Las cuentas de la inversión del dinero recibido para las obras aparecían justas é irreprochables; el presupuesto se había consumido íntegro: ¿de dónde procedía, pues, tan crecido excedente? Tal fué la pregunta que hizo el Gobierno al subdelegado vitoriano.—A nosotros no nos debe usted nada—se le dijo en Madrid;—ese dinero no es nuestro.

Alava explicó bien fácilmente el origen de aquellos fondos, que resultaban en beneficio del Estado. Cuando al principiar las obras recibió la cantidad necesaria para su ejecución, empleó una parte, en efectivo, en los primeros trabajos, é impuso el resto del dinero, tomando por él una serie de vales reales, que le producían un notable interés. De esta manera, tratándose de la construcción de un trayecto de más de quince leguas, el período de ejecución fué largo, y durante él percibió sin cesar el interés de las cantidades impuestas, en vez de tenerlo muerto é improductivo en caja. El capital era del Gobierno; pero la idea era suya, y es presumible que cualquiera otro, más positivista é interesado que él, hubiera considerado legítimamente suyos los productos de su idea. Alava no lo creyó así; entregó el producto de los intereses en manos del Gobierno, y éste al contemplar tanta honradez, talento é integridad, rehusó decididamente al hacerse cargo de aquel sobrante, pero hubo de aceptarlo al fin, ante la inquebrantable firmeza del digno vitoriano, que lo rehusó siempre. Entonces el Gobierno acordó conceder á su hijo Miguel Ricardo una pensión vitalicia de 12.000 rs., que ni D. Pedro Jacinto aceptó, ni el futuro General llegó á cobrar jamás. Tan admirable conducta, consecuencia natural de la severa y acertada administración que siempre practicó en las obras, tuvo digno apoyo en las especiales dotes de talento é integridad, aunque su compañero en la Sociedad Económica vergaresa, el director de la construcción de las carreteras, D. Manuel de Echanove, vitoriano también, llevó á cabo los trabajos, desde Miranda á Burgos, siguiendo las huellas de laboriosidad y honradez de su padre D. Francisco, que construyó el trozo desde Arlabán á Miranda, y dando noble ejemplo á su hijo el reputado inspector de ingenieros D. Francisco Antonio de Echanove, que tantas otras ha construído.

## II.

## ÁLAVA MARINO.

Recibió el joven D. Miguel Ricardo su educación primera en el afamado convento de dominicos de Vitoria, y muy niño aún, é impuesto en el latín y principios de filosofía, fué llevado al Real Seminario de Vergara, emporio ilustre de las ciencias y de las letras, en el que se educaron los hombres más distinguidos de aquel tiempo, fundado por la *Sociedad Vascongada de Amigos del País*, la primera que se estableció en España, por la iniciativa del ilustre Conde de Peña Florida, y con el beneplácito y protección del insigne Carlos III (1765). Aquella sociedad inolvidable, contaba en el número de sus afiliados á la mayor parte de los hombres ilustres de España, y á sabios extranjeros de tanta nombradía como Prouts, el P. Almeida, D'Arcet, Bailly, Casini, Daubenton, Estaing, Fourcroy, Lalande, Laplace, Lefevre, Eluyar, Mechain, Multz, Parsons, Robertson, Siockens-trom, y otros. En el Seminario vergarés estudiaron á fines del siglo los inspirados escritores alaveses, el fabulista Samaniego y el satírico Xérica.

Grande era la afición que en la aristocracia vascongada se sentía en aquella época hacia la marina militar, é influído por el ejemplo de muchos distinguidos jóvenes y por el de su propia casa, ingresó Alava como guardia en la Armada, después de haber terminado sus estudios preparatorios en Vergara y de haber sido cadete del regimiento de Sevilla, en que sirviera su padre.

Comprometidos por nuestras fatales alianzas con Francia, y en lucha abierta por el mar con los ingleses, hizo Alava su glorioso aprendizaje de las armas en los encuentros del cabo de San Vicente, que le valió su ascenso á oficial, y del cabo de Finisterre (22 de julio de 1805), en el que peleó al lado de Gravina, como ayudante suyo. Llegado el terrible y desas-

troso día de TRAFALGAR, en octubre inmediato, quedó el nombre de los Alavas, en tan memorable combate, á la altura de los de los demás héroes españoles que en él brillaron.

Mandaba la retaguardia, enarbolando su pabellón en el navío de tres puentes y de 112 cañones, *Santa Ana*, el General D. Ignacio María de Alava, y contra él precisamente se dirigió el Almirante Collingwood, que montaba el *Royal Sobereing* de 150 cañones, mientras que el jefe de la escuadra británica Nelson acometía con el *Victory* al *Santísima Trinidad*, que mandaba Cisneros, y al *Bucentauro*, que ostentaba la insignia del Almirante Villeneuve, jefe de la flota aliada franco-española. Al lado de D. Ignacio se hallaba su sobrino D. Miguel Ricardo de Alava. La lucha entre el *Santa Ana* y el *Sobereing*, ayudado aquél por el buque francés *Fougeux* y éste por otros tres navíos ingleses, duró cinco horas. Los dos navíos enemigos se tocaban en su velamen bajo y las andanadas de su artillería sembraban la muerte por todas partes. Los tiros del *Santa Ana* estuvieron más de una vez á punto de echar á pique al *Sobereing*, y al fin, desmantelado este buque, tuvo que abandonarlo Collingwood, refugiándose en el *Euryalus*, al mismo tiempo que el valiente Alava y su abanderado Gardoqui caían heridos sobre el puente del suyo. Aun se batió largo tiempo contra los otros tres navíos, hasta que, perdidos todos sus palos, deshechas sus baterías, sin esperanza de socorro alguno y teniendo á bordo 97 muertos y 141 heridos, arrió su bandera y se entregó al enemigo. Ya entretanto Villeneuve se había rendido con el *Bucentauro*; Nelson había muerto; Gravina y Escaño yacían heridos en el *Príncipe de Asturias*; Valdés en el *Neptuno*; Vargas en el *San Ildefonso*, y Churruca, Alcedo y Alcalá Galiano habían perecido á bordo de sus respectivos buques: *San Juan Nepomuceno*, *Montañés* y *Bahama*. Al lado de estos gloriosos nombres ha escrito la historia de aquel día los de los valientes marinos Uriarte, Cisneros, Macdonell, Pareja, Argumosa, Ruiz de Apodaca, Gastón, Quevedo y otros, que con los de los franceses Alagon, Lucas, Magendie, Prigny, Dumanoir y Cosmao se recordarán siempre, mientras se hable de un combate, que en manos de Gravina y Alava hubiera sido un triunfo, pero que



se malogró tristemente ante la obcecación é impericia de Villeneuve.

Los ingleses, tan destrozados y deshechos como nosotros, aunque vencedores, no pudieron salvar de las iras de la tormenta, que sobrevino en la noche de la batalla (21 de octubre), los inmensos cascos desarbolados de los buques prisioneros, que en su mayor parte fueron juguete de las olas. El Almirante Collingwood llevaba entre otros al *Santa Ana*, con los Alavas, y habiendo salido de Cádiz en su busca el 22, cinco buques españoles y franceses, entre ellos el *Neptuno* y el *Plutón*, fué rescatado, debiéndose gran parte de este suceso á la presencia de ánimo del heroico D. Ignacio María de Alava, que al ver aproximarse la flotilla aliada, se dirigió á los suyos, prisionero y todo, empuñó las armas, y sembrando el terror entre los ingleses que le custodiaban, se impuso, hizo tomar rumbo hacia Cádiz y se libertó amparado por los fuegos de los buques amigos (1).

De este modo tan glorioso está unido el recuerdo de los ilustres hijos de Vitoria al del combate de Trafalgar, y no tiene nada de extraño, y sí mucho de lógico, el que el Ayuntamiento de la ciudad consagre esta memoria, dando el nombre de Trafalgar á una de las plazuelas que se forman en el moderno ensanche del vecindario, y que coloque en una de las nuevas fuentes alzada en medio de aquélla, el busto ó una lápida, en memoria del bravo D. Ignacio María.

Con tan ilustre maestro y modelo, y bajo su amparo, hizo sus primeras campañas D. Miguel Ricardo, que heredó bien pronto el renombre y consideración que la España entera concedía á su tío. Deshecha nuestra escuadra y anunciándose en el horizonte los siniestros fulgores de la invasión napoleónica, ingresó Alava en el ejército, después de haber conquistado en

---

(1) Consérvase el retrato de este valiente General en el palacio de los Alavas en Vitoria, y los vitorianos tuvieron ocasión de contemplarlo en la solemne velada artística que se celebró el 21 de junio de 1869 en el salón inolvidable del *Círculo filarmónico*, dedicada á la memoria de los Alavas, en la que leyeron poesías los inspirados vates Obdulio de Perea, Constantino Merino y otros.

el mar el grado de capitán de fragata, dispuesto á combatir sin tregua por la independencia de la patria contra sus aliados de ayer, que después de habernos causado la inmensa desgracia de Trafalgar, querían imponernos su dominación y un rey.

### III.

#### ÁLAVA GENERAL.

Retirado en Vitoria ante la expectativa de los graves acontecimientos que se preparaban, fué honrado el coronel Alava con el cargo de diputado, representante de la provincia, para el Congreso de Bayona. En efecto, habiendo huído á Francia, á acogerse al amparo de Napoleón, nuestros Reyes Carlos IV y Fernando VII, dispusieron el General Murat, Gran Duque de Berg, y la Junta Suprema de gobierno, la reunión de una Junta ó Diputación en Bayona, compuesta de 150 personas, «para tratar allí de la felicidad de toda España.» En el decreto que así lo ordenaba, publicado en la *Gaceta de Madrid*, decía la instrucción 11.<sup>a</sup>: «Que la Diputación de Vizcaya nombre un sujeto, la de Guipúzcoa otro, haciendo lo mismo el diputado de la provincia de Alava con los consiliarios y cyendo á su asesor.» Instigado Alava por los hombres más importantes de la provincia, que veían en sus relevantes prendas una garantía perfecta para que el país pudiera evitarse grandes males, en las terribles contiendas que se preveían, aceptó el cargo de diputado y asistió á la parodia de Congreso, que se celebró bajo la presión del Emperador Napoleón, y ante la pasividad del futuro Rey José, legitimado con la aquiescencia y beneplácito del escéptico Fernando VII.

Aquellas pasajeras fórmulas parlamentarias se olvidaron bien pronto ante el estruendo de la guerra. Alava desenvainó su acero de Trafalgar, y en breve se halló entre el fragor de las batallas mandando el regimiento de Ordenes en la división de vanguardia del ejército del Centro, que dirigía el Duque de

Alburquerque á las órdenes del caudillo General Cuesta. Con ellos se batió contra el Mariscal Víctor en la desgraciada batalla de Medellín (28 de abril de 1809). Asistió como ayudante de Alburquerque al reñido triunfo de Talavera (27 y 28 de julio), donde se distinguió extraordinariamente en el cerro de Medellín, haciendo que el capitán Entrena rechazase á cañonazos el asalto de las divisiones Ruffin y Villatte. En aquella jornada conoció al General, jefe de las fuerzas inglesas, nuestras aliadas, lord Arturo de Wellesley, su futuro compañero y gran amigo, quien, por el éxito de aquel día, fué nombrado por la Junta Central española Capitán general de nuestro ejército, y por el Gobierno inglés Par del reino y Vizconde de Wéllington de Talavera. En el mismo año (el 18 de octubre) al lado del valiente D. Gabriel de Mendizábal, jefe de los batallones vascongados y á las órdenes del Duque del Parque, combatió contra las divisiones de Marchand y Mancune en la feliz batalla de Tamames. Se halló en el combate de Medina del Campo (23 de noviembre) y en los cuadros con que el valiente Mendizábal resistió al General Kellerman en la desbandada de Alba de Tormes (28 de noviembre).

Perdida la terrible batalla de Ocaña por los españoles, avanzó el Rey José con el Mariscal Soult por Andalucía adelante, entró en Jaen y Córdoba y hubiera apresado á la Junta Central, que se hallaba en Sevilla, á no haberse interpuesto el ejército del Duque de Alburquerque y la división de D. Tomás Cerain. Trasladóse la Junta á Cádiz el 13 de enero de 1810, y se fortificó considerablemente la plaza, defendida por la parte del mar por la escuadra que mandaban D. Ignacio María de Alava y el Almirante inglés Purvis, y por la parte de tierra por la división de Alburquerque, en la que figuraba el brigadier D. Miguel Ricardo. Nombrado el Duque de Alburquerque embajador en Londres, tomó el mando de su ejército el General Blake. La Junta soberana destinó á Alava al cuartel general de Lord Wéllington, en calidad de representante del ejército español, y con este motivo se trasladó á la frontera de Portugal, donde el caudillo inglés preparaba la defensa de la línea de Torres-Vedras, para dejar seguro á Lisboa. Tal confianza tenía aquel jefe en el establecimiento de

estas líneas amparadas por 600 cañones, que tratando de ellas, dijo á su amigo Alava: «No ha podido cabernos mayor fortuna que el haber asegurado el punto de la isla gaditana y este de Torres-Vedras, inexpugnables ambos, y en los que, estrellándose los esfuerzos del enemigo, daremos lugar á otros acontecimientos y nos prepararemos con nuevos bríos á ulteriores y más brillantes empresas» (1).

En compañía de Wéllington presenció la terrible acometida que dieron al ejército aliado en la sierra de Busaco los franceses mandados por Massena, Ney, Junot y Reynier (20 de setiembre 1810); así como la retirada desde Santaren (marzo de 1811) y la expulsión de Massena de Portugal. Se halló después en la toma de Olivenza con Lord Beresford (15 de abril), y en el sitio de Badajoz. Con el mismo General inglés y con Blake y Castaños tomó parte en la victoria de la Albuera, en que fué derrotado el Mariscal Soult (16 de mayo de 1811). Hizo Alava en el cuartel general de Lord Wéllington la gran campaña de Extremadura y Salamanca de 1812, encontrándose en la toma de esta ciudad; en la batalla de los Arapiles (22 de julio) y en la entrada de las tropas en Madrid el 12 de agosto, después de haber huído el Rey José.

Presidió con D. Carlos de España, nombrado Gobernador de la villa, la proclamación de la inmortal Constitución, hecha en las Cortes de Cádiz y el juramento de los representantes del vecindario de Madrid, celebrándose esta solemnidad en el templo de Santa María de la Almudena. Mientras tanto, los ingleses tomaron á viva fuerza El Retiro, donde habían dejado los franceses una guarnición de 2.500 hombres. El furor de mucha parte del pueblo de Madrid contra los afrancesados era muy grande, y se temía, con justicia, que sobrevinieran terribles y sangrientas venganzas, que llenasen de luto la capital de la Monarquía, que sirviesen de indigno ejemplo á otras localidades, y que se ahondasen para siempre los odios entre las familias. El General Alava, generoso y caballero antes

---

(1) CONDE DE TORENO.—*Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.*

que todo, se convenció de la gravedad y trascendencia del peligro, y como representante del generalísimo Lord Wéllington, publicó una proclama de amnistía y perdón, llamando á los comprometidos por el Rey José, é invitándoles á pasar al servicio de la patria. Tan grande fué el efecto de la sensata obra de Alava, que aquel mismo día se presentaron á su autoridad más de ochocientos soldados y oficiales. Los patriotas exagerados censuraron este acto político del General; hubo propósitos de hacer públicas demostraciones en contra suya, y hasta en las Cortes de Cádiz tomaron la palabra los diputados Villanueva y Capmani, logrando que expidieran un ridículo decreto de inhabilitación y persecución contra los afrancesados (21 de setiembre), que produjo tan malos resultados, que hubo de ser anulado por otro de 14 de noviembre. Y no sólo contribuyó esto á afianzar el buen nombre del dignísimo Alava, sino que lo enalteció sobre manera, con su opuesta y fiera conducta, su compañero de mando, D. Carlos de España, quien usó de indignos procedimientos de persecución con los caídos, que merecieron la reprobación de los madrileños cultos y formales y que valieron á éste tanto desprestigio como á aquél limpia y envidiable fama. La tan debatida proclama de concordia y perdón del General Alava es uno de sus más legítimos títulos de gloria.

Salió de nuevo á campaña hacia Castilla la Vieja persiguiendo á los franceses, que fueron expulsados de Valladolid y Burgos. Wéllington fué nombrado por las Cortes de Cádiz generalísimo de los ejércitos aliados en 22 de setiembre de 1812. En Burgos supo impedir Alava con su severidad los excesos que empezaron á cometer algunos guerrilleros. Las divisiones francesas de Andalucía, Portugal, Valencia y el Norte, se dirigieron combinadas sobre Madrid. El Rey José entró de nuevo en la corte. Entonces los aliados retrocedieron hacia Palencia, y acosados por numerosas fuerzas francesas al pasarlos ríos Pisuerga y Carrión, cerca de Tariego y Venta de Baños, vinieron á las manos en la retaguardia aliada y en las avanzadas imperiales. En el choque, frente á San Isidro de Dueñas, cedió un tanto el regimiento de Asturias, visto lo cual por Alava, se puso á su cabeza, lo volvió al combate, atacó al

enemigo hasta la línea más avanzada, y en su heroico avance recibió una grave herida en la ingle derecha (26 de octubre de 1812). Mientras Wéllington repasó el Pisuerga por Cabezón y voló los puentes de Simancas, de Tordesillas, Puente Duero, Tudela, Zamora y Toro, fijándose en Salamanca, siguió enfermo Alava el movimiento del ejército, sin separarse del cuartel general. Tornó el caudillo inglés posiciones de invierno en Portugal, y los franceses quedaron dueños de Castilla, instalándose José en Madrid.

En 1813 asaltó D. Francisco Longa, al frente de dos batallones vascongados, el fuerte de Cubo, cerca de Pancorbo; destrozó después, en unión de Mendizábal, á los italianos que mandaba Polombini en Poza, y el bravo Mina batió en diferentes puntos de Navarra al enemigo. El Rey José salió de Madrid el 17 de marzo en retirada á Francia por orden de Napoleón, y se puso en Valladolid á la cabeza de las tropas francesas, compuestas del ejército de Andalucía, que mandaba el Conde de Gazán, y de el del centro, dirigido por Drouet, Conde de Erlón. A mediados de mayo emprendió Wéllington su movimiento contra José al frente de los ingleses, portugueses y españoles. Cruzó el Duero, pernoctó en Ampudia el 6 de junio, en cuyo día salió de Palencia José; entró en Burgos el 14, después de haber volado los franceses su castillo, y el 15 cruzó el Ebro por Polientes, valle de Valderrible y merindad de Valdivielso, mientras que el 16 avanzaron los franceses desde Pancorbo á Miranda.

En este día dió á los franceses una terrible acometida, no lejos de Miranda, el famoso guerrillero y General Mina. Él mismo la refiere en sus *Memorias*, de este modo: «Me corrí el 16 con 100 caballos hacia la carretera de Vitoria. Antes de llegar á ella supe que marchaba un convoy enemigo por la misma; bajé á trote el puerto de Zumelzu, echéme de repente sobre la escolta y después de haber pegado algunas cuchilladas, me hice dueño de una porción de maletas y equipajes, 6 caballos, 20 bestias de carga y 26 prisioneros, entre ellos 6 oficiales. Con todo ello me retiré á Meana, y después de dar descanso á la tropa, salí de allí á sorprender á 300 enemigos que en el pueblo de Zurbitu estaban saqueando y cometiendo

toda clase de atrocidades; cuando yo llegué, de los 300 no quedaban más que 80 ó 90, porque los restantes se habían marchado. Como me hallaba sin infantería, hice desmontar á 30 hombres y les dí orden para que, al acercarse á Zurbitu, tirasen dos descargas mientras yo rodeaba el pueblo, y al toque de degüello entraba en él. Hízose así; y asombrados los franceses con las descargas y los toques, no sabían por dónde huir y fueron á parar á nuestras lanzas. Allí expiaron sus hechos bárbaros todos ellos, menos, 12 que me llevé: cuanto tenían robado se devolvió á los vecinos del pueblo y yo, después de esta expedición, volví á Navarra, para no perder de vista á Clausel.» Zurbitu, lugar de esta acción, está situado en Treviño, no lejos, de La Puebla.

Maravillosa fué la titánica marcha de las tropas aliadas, hacia Vitoria cuando se considera que la hicieron en tan breves días, sin caminos practicables, trepando y descendiendo abruptas cordilleras y difícilísimos pasos, en un país extremadamente pobre, sin víveres y en medio de un recio temporal de continuas lluvias, que dificultaba sobremanera el avance de las divisiones. Su inmediato resultado fue el de producir un terrible efecto moral en el ejército enemigo, que sorprendido por la rapidez del movimiento de los aliados, se apresuró á recoger á toda prisa sus fuerzas y su inmenso convoy, á repasar el Ebro y á tratar de acogerse á la cordillera, que domina á la provincia de Alava, sobre el camino de Francia.

Allí debía darse la gran batalla decisiva, que como perfecto conocedor del país, propuso á lord Wéllington su compañero Alava, animándole á que no perdiera tiempo, para impedir que José ganase los inexpugnables pasos del Pirineo y se hiciera fuerte en ellos. Tenía gran interés Alava en libertar á su país del yugo francés, en impedir el saqueo, y tal vez la destrucción de Vitoria y en dar á los alaveses, sus paisanos, una positiva prueba de su valer y de su amor á la provincia.

Esta, confiando en la importancia y gran significación del General, le había honrado con un distinguido cargo, apetecido siempre por los alaveses de más valía. Suspendido violentamente por Napoleón el régimen foral en 1810, se reunieron los procuradores alaveses en el escondido lugar de

Tertanga, en mayo de 1812, al amparo de los guerrilleros del país, y constituyeron su Junta y Gobierno, con arreglo á sus antiguas leyes. Aquel mismo año, en noviembre, volvieron á formar sus juntas en el famoso Santuario de la Encina, en Arceniega, y allí eligieron como maestro de campo, comisario y diputado-foral, al General Alava, dispensándole la vecindad y su carácter militar, por sus grandes servicios prestados á la nación. Aceptó muy agradecido tan señalada honra y la supo pagar con creces al salvar á su pueblo.

#### IV.

##### LA BATALLA DE VITORIA.

En el consejo de Generales que bajo la presidencia del Rey José se celebró en Miranda de Ebro el 17 de junio se discutieron los dos planes, que como único remedio, para asegurar la retirada del ejército francés, eran posibles en aquel momento. Opinaron José y su Jefe de Estado Mayor el Mariscal Jourdan, obedeciendo el plan trazado en París por el Ministro de la Guerra, que era preciso á toda costa seguir la carretera de Francia por Vitoria, Arlabán y Tolosa, para evitar que los aliados, que se acercaban por instantes al límite de las provincias de Burgos y Alava por Villarcayo, pasasen por Orduña y resto de Vizcaya á apoderarse en Guipúzcoa de dicha carretera. Además, gran parte del riquísimo convoy, que llevaban, estaba ya en el llano de Alava y era preciso protegerlo. Los Generales Drouot (Conde de Erlón) y Reille, creían mejor seguir la línea del Ebro, unirse á la división del General Clausel, que estaba en Logroño, y así, bien reforzados, entrar en Francia por Navarra, poniéndose en favorables condiciones de lucha, mientras tanto, por el aumento de fuerzas con que contarían. Predominó el dictamen de los primeros y se dieron las órdenes para que al día siguiente avanzara Reille hacia Valdegovia y camino de Orduña, para impedir el que se



cortase la retirada, mientras que el grueso del ejército entraba en la llanura de Alava y en Vitoria.

En efecto, el día 18 partió Reille, con el llamado ejército de Portugal, compuesto de las divisiones de Lamartiniere, Sarrut, y Maucune, en la dirección señalada. Llegó Reille á Osma y se encontró con que la división anglo-española de Graham avanzaba desde los desfiladeros del valle de Losa. Travóse un vivo combate con los cuerpos ligeros de españoles, que venían en la vanguardia, y, por la tarde, al tener más de 100 muertos, se retiró Reille á Espejo y Berguenda. En el camino encontró muy destrozados varios regimientos de la división Maucune, que habiendo avanzado hasta San Millán, fueron acometidos desde la inmediata sierra de Govia, por otra división ligera mandada por Alten, que les mató 300 hombres, cogiéndoles las mochilas y mucha parte de sus equipajes é impedimenta. Ambos Generales franceses se retiraron por Salinas de Añana hacia Poves y Ollavarre, mientras que los aliados subían por Berberana, los montes de Guibijo y la sierra de Arcamo.

En aquella noche, José emprendió su marcha á Vitoria; las divisiones de Erlón y de Gazán se reconcentraron en los alrededores de Armiñón para proteger el paso de la Puebla de Arganzón, y á mediados del día 19 cruzaron el Zadorra, ante la acometida de los ingleses, tomando posiciones á la izquierda del río, dentro ya de la llanura. El generalísimo inglés Wéllington, con la división Lowry Cole, atacó á Reille en Poves y Subijana de Morillas, obligándole á bajar á Nanclares. En Subijana durmió aquella noche el caudillo de los aliados, teniendo su ejército acampado en las inmediaciones, y allí preparó con Álava el plan de ataque, que tan grandes resultados iba á darle.

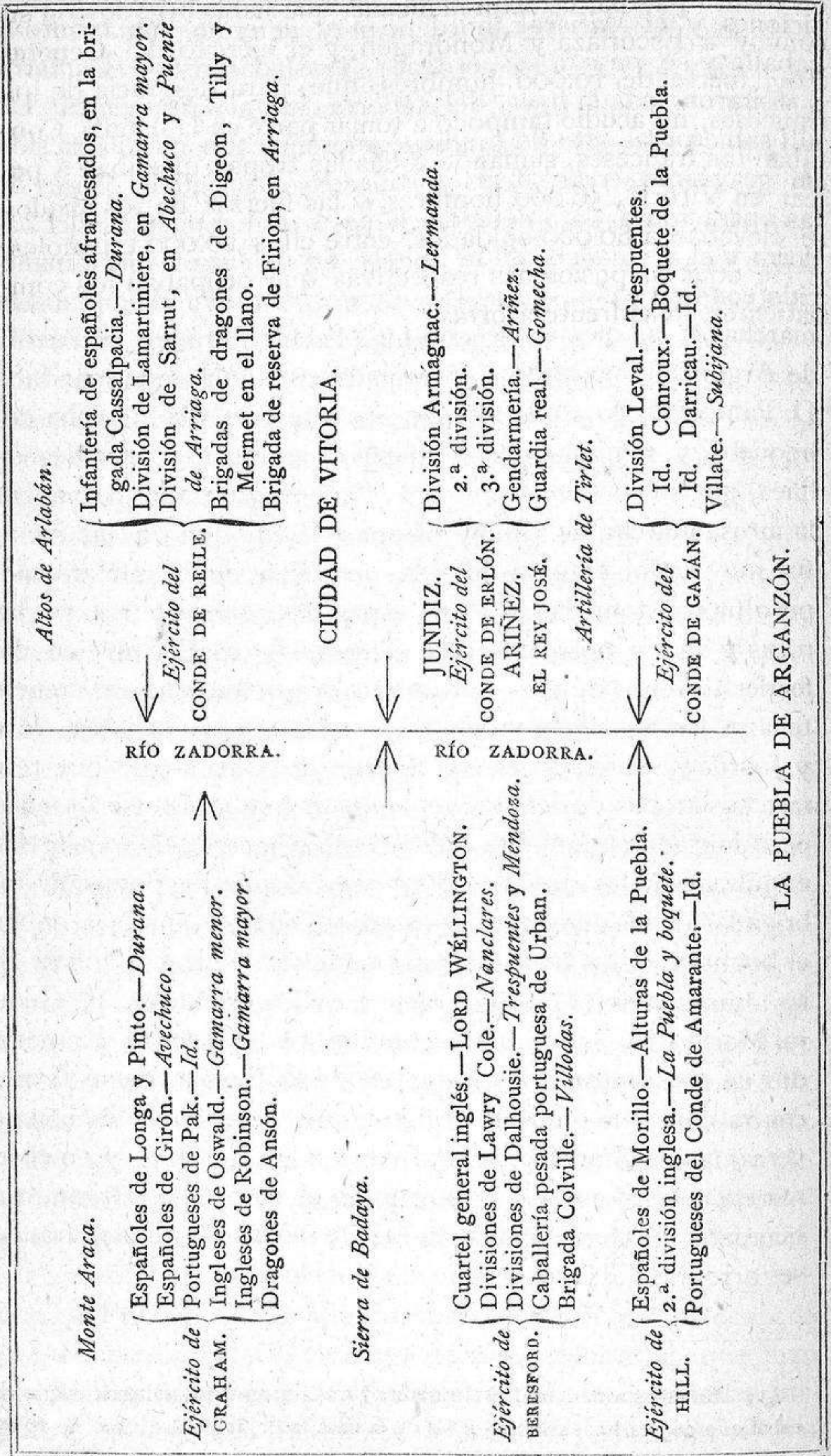
Era preciso cortar la retirada á los franceses por el camino de Arlabán, y al efecto se acordó: que el General Graham, que había bajado desde los montes de Guibijo, hacia Cuartango y Zuya, avanzase con sus 20.000 hombres desde Murguía por Zaítegui y Echavarri á tomar el alto de Araca y los puentes de Arriaga, Gamarra mayor y Darana, colocado éste sobre la carretera de Francia. El General Hill debía emprender el ataque

por la derecha, ordenándole, al efecto, que con su ejército y 20.000 soldados se apoderase, en el extremo opuesto de la línea, del paso de la Puebla y de los montes que corren por Zaldáran, entre la llanura y Treviño, mientras que Wéllington, con su cuartel general y las tropas de Beresford, atacaría el centro, tomando la dirección de Nanclares y Trespuentes. Estaban preparándose á marchar las tropas, para ocupar estas posiciones, cuando el 20 recibió Wéllington un parte del alcalde de San Vicente de la Somsierra, anunciándole que la división francesa de Clausel había llegado allí desde Logroño y que se dirigía precipitadamente por Toloño, á unirse á los enemigos. Esta noticia y el cuidado de que los franceses no ganasen la cordillera de Arlabán, le decidió á dar la batalla al amanecer del día 21.

Mientras tanto, José descansó el día 20 en Vitoria, en el palacio de Montehermoso, y el Mariscal Jourdan, acosado por grave calentura, lo pasó en la cama, en la casa de don Manuel de Echánove, también en el Campillo, no dictando otras disposiciones que las de enviar parte del convoy á Salinas de Leniz escoltado por la división Maucune, en la esperanza de que Clausel llegaría al día siguiente y de que Wéllington no se decidiría á acometer tan pronto. Varios propios del país, enviados en busca del General Clausel, no llegaron á su destino. La posición que habían tomado los franceses era la siguiente: en lo alto del Zadorra, las tropas de Reille ocupaban á Durana, Gamarra mayor y Avechuco, con fuertes regimientos de dragones á retaguardia entre Arriaga, Alí, Zuazo y Lermenda. En el centro, desde Margarita por Trespuentes y Villodas hasta Subijana, se extendía el ejército llamado de Andalucía, del Conde de Gazán, cuya división Maransín se posesionó de los altos de la Puebla, desde el boquete hasta Zumelzu. En segunda línea, y como reserva, se colocó el ejército del Conde de Erlón, extendido desde las alturas inmediatas á Vitoria, por Gomecha hasta Ariñez. Toda la carretera de Francia, desde Vitoria hasta Arlabán, estaba ocupada por el convoy, por la artillería de sitio, coches en que iban las familias fugitivas y por grandes recuas de caballerías cargadas. Al otro lado del puerto de Salinas, y sin tener noticia

de cuanto pasaba, estaban Maucune, que había llegado con su convoy á Escoriaza y Mondragón, y el ejército del General Foy, fuerte de 10.000 hombres, que, para desgracia de los franceses, no acudió tampoco á tomar parte en la batalla. Contaban los franceses, sumando todas las tropas que iban á pelear en Vitoria, 56.000 hombres, y las fuerzas de los aliados se elevaban á 80.000 soldados, entre ellos 20.000 españoles.

He aquí las posiciones respectivas que ocupaban los combatientes, unas frente á otras:



Al amanecer del día 21 creyó urgente José recorrer las posiciones, y el Mariscal Jourdán, muy enfermo aún, montó á caballo y se puso á sus órdenes. Trasladáronse á Gamarra y visitaron toda la línea del Zadorra hasta Trespuentes. De allí subieron al alto de Jundiz, comprendiendo que había sido un gravísimo error el no fortificarlo, haciéndolo base de las operaciones, para defender el paso de los puentes del Zadorra y el desfiladero de la Puebla. La mañana había amanecido con una niebla llovediza muy espesa, que dificultaba la marcha. Á las diez el General inglés Hill entró en la Puebla de Arganzón, enviando á la brigada española, que mandaba D. Pablo Morillo á que tomase las alturas de la derecha del boquete, y reforzándola luego con el regimiento 71 inglés de línea, que subió, con sus pitos á la cabeza, tocando al avanzar la airosa marcha de «Johnny Cope.» El choque en las cimas fué muy rudo, ante la defensa que hizo de ellas Maransín, pero fueron tomadas por los españoles, que, «detrás de las rocas y de los bosques—dice Thiers,—y habilísimos en defender terrenos de esta naturaleza opusieron una resistencia tenaz.» En aquellos momentos en que empezó la lucha, José y Jourdán eviaron órdenes al Conde de Gazán para que retirase sus tropas de delante del boquete y se replegase á Jundiz, pero iniciado el combate fué imposible hacerlo. Maransín fué expulsado de las cumbres, y en vano Gazán le apoyó con dos brigadas de las divisiones Conroux y Darricau, que guardaban el boquete. Estas tropas apenas pudieron subir á la mitad de las alturas, ante el mortífero fuego de los españoles. El General Morillo fué herido, pero continuó en la batalla. Empeñados en reconquistar las cumbres de la Puebla, envió Gazán contra ellas á la división Villatte, que ocupaba á Subijana y cercanías de Zumelzu, la cual subió hasta la cima, y en el feroz encuentro que allí hubo, murió el coronel Cadogan, que mandaba el referido 71 de línea. De nuevo fueron los franceses arrojados al llano por los de Morillo (1).

---

(1) En estas alturas dió el brigadier Sr. Contreras las famosas cargas de caballería contra los carlistas, el día de la batalla de Treviño (junio de 1875).

Al ver el General Hill que el enemigo había debilitado la defensa del boquete de la Puebla, pasó el desfiladero y tomó, después de gran resistencia, el pueblo de Subijana, á la una de la tarde. Tres horas había durado el ataque de las alturas (1).

En el extremo opuesto de la línea de batalla, en la izquierda de los ingleses, ó sea en la derecha de los franceses, el General Graham había empezado el ataque á las diez y media. La noche anterior celebró en Murguía una junta de Generales, al llegar la división española que mandaba Girón, desde Balmaseda y Amurrio, y para cuando quisieron emprender el combate desde las alturas del monte Araca, se hizo la hora indicada. El General Longa, con los españoles, y la quinta división inglesa de Oswald, se dirigió á Gamarra menor y Durana; el brigadier inglés Robinsón, después de hacer subir en hombros los cañones á Araca, que estaba cubierto de bosque y por donde no había camino alguno, tomó á Gamarra mayor, cogiendo tres cañones, y Graham, con la primera división inglesa y la brigada portuguesa de Pak, tomó á Avechuco y se dirigió contra el puente de Arriaga, artillando las casas de la que es hoy venta de la Caña. Una brigada de dragones mandada por el inglés Anson concurrió á estos movimientos.

Tomados en ambos extremos Subijana y Gamarra, Lord Wéllington, que ocupaba las alturas de la sierra de Badaya, frente á Nanclares y Villodas, envió la brigada Kempt, guiada por un aldeano, á tomar el puente de Trespuentes, mientras las compañías españolas de ligeros escaramuceaban al enemigo, que ocupaba la orilla opuesta. Los franceses que guardaban las cercanías del puente fueron cargados por el 15 regimiento de húsares y unos soldados de infantería, desde Iruña, al soltar los primeros tiros, mataron al aldeano que guiaba á los ingleses. *Onne of which killed the peasant.*—CLINTON.

Al avanzar Hill á Subijana quiso José lanzar contra él parte

---

que permitió al ejército liberal forzar el paso de la Puebla y sus montes y entrar en Vitoria.

(1) «Hemos perdido la batalla por haber perdido á Subijana,» dijo el Conde de Gazán aquella noche. En Subijana nació el famoso D. Simón de Anda, salvador de Manila y de Filipinas contra los ingleses en 1762.

del ejército de Erlón, que formaba la reserva y centro; pero en aquel mismo momento hizo Wéllington adelantar á Lord Beresford, para que pasase el Zadorra. Las divisiones 3.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>, dirigidas por Dalhousie, tomaron el puente de Trespuentes y el de Momario y cruzaron el río más arriba por distintos vados; la brigada Colville y otras ganaron el de Villodas y la 4.<sup>a</sup> división á las órdenes de Lawry Cole cruzó el de Nanclares.

Entonces se llegó al momento crítico de la batalla. José y Jourdán desde Ariñez ordenaron al General de Artillería Tirlet que subiese 50 cañones á el alto de Jundiz, como lo hizo rápidamente, para ametrallar á los ingleses, que avanzaban desde las orillas del Zadorra, en el claro que había dejado el Conde de Gazán, al marcharse á combatir á la izquierda de Subijana y el Conde de Erlón á defender el paso del río más arriba de Trespuentes. Varias veces se detuvieron los ingleses ante el horroroso fuego que llovía desde las baterías de Jundiz; pero habiendo colocado dos brigadas de artillería inglesas en una loma inmediata, pudieron avanzar definitivamente los aliados, llevando á la cabeza á Wéllington, á Beresford, á Alava y al Príncipe holandés de Orange. El cerro de Jundiz se tomó en el momento en que Jourdán ordenaba la retirada sobre Vitoria, y cuando el Conde de Erlón, viendo avanzar la numerosa caballería inglesa, que acababa de cruzar el Zadorra por todas partes, se retiró también en la misma dirección.

«Habíase ya disipado la niebla—dice el relato de Clinton,— y en las colinas y en el llano se elevaban pausadamente grandes masas de humo, en figura de guirnaldas, que doradas por el esplendoroso sol del estío, en un cielo sin nubes, ofrecían un aspecto brillantísimo. En todas partes relucían las bayonetas, y flotaban como un enjambre los estandartes y banderas de seda. Las túnicas de color escarlata de los ingleses, y los uniformes azules de los portugueses, formaban contraste con el aspecto sombrío del color gris del traje de los españoles, y del negro de los cazadores. En las alturas hacia Vitoria veíanse las masas de franceses vestidos de azul, á lo largo de las líneas de sus ligeros de infantería y de su artillería montada, y así como el uniforme gris y los cascos bronceados de los dra-

gones y coraceros, los alegres trajes de los lanceros y húsares con sus talís y correajes, y los altos sombreros de la guardia, con sus caídas coloradas..... Toda la cuenca se había convertido en escenario horrible de la encarnizada batalla; ardían en llamas los vallecitos, alturas y arboledas, y cada cercado ó soto, y cada arbusto servían de parapeto y de punto de desesperada defensa á los que los ocupaban.»

El pueblo de Ariñez fué tomado por la brigada Pictón, por la artillería del Coronel Gibbs; y por el 52 de línea, que subió desde Margarita. Rechazado el enemigo en Ariñez, fué á caer bajo los fuegos de Hill, en Subijana, que hicieron un horrible destrozo, poniendo en completo desorden y huída al cuerpo del Conde de Gazán, que no pudo subir á las alturas de Esquivel, porque engañó á su artillería un guía aldeano al conducirla, y porque los de Morillo se habían corrido hasta Zaldiarán y Berrosteguieta. Gazán pasó por Gomecha y Armentia, y tomando el camino de la Zumaquera, se dirigió hacia Argómaniz.

Puesto en retirada el ejército francés en toda su línea de la izquierda y del centro, hizo su última resistencia desesperada en las pequeñas lomas que suben de Ali á Armentia, contra Zuazo; disparando en multitud de baterías y sosteniendo un verdadero volcán de fuego de fusilería en los alrededores de este pueblo. La división Lawry. Cole tomó aquellas alturas, en las que dejaron los franceses clavados ochenta cañones. En tanto, dando un gran rodeo por detrás de Ali se dirigió á Vitoria el General Álava, al frente de un regimiento inglés de caballería, entrando por el camino de Avendaño y portal de Aldave, para impedir que los franceses fugitivos saqueasen la ciudad, ó que los ingleses vencedores cometieran excesos. Penetró por la calle de la Herrería, y se dirigió á la plaza de Castilla y plaza Nueva, acuchillando á los últimos franceses que quedaban en aquellos lugares. Diez minutos hacía que el Rey José había hecho cambiar de caballos á su carruaje en la misma plaza Nueva, y que había huído, tomando el camino de Navarra, por el portal del Rey, en cuyo punto y frente al hospital civil le esperaban el Mariscal Jourdán y su Estado mayor, también con caballos de refresco.



Al emprenderse esta retirada habían empezado á cejar, en la extrema derecha francesa, las tropas de Reille, que se batieron desesperadamente. El inglés Graham tomó dos veces el puente de Arriaga, y lo ganó definitivamente la tercera, después de haber muerto su defensor el General Sarrut; y cuando lo defendía el General Menne.

El brigadier Robinsón tomó el puente de Gamarra mayor, haciendo retroceder á la división Lamartiniere, que lo sostenía. Los Generales Oswald y Longa forzaron el de Durana y se apoderaron de la subida de Arlabán y de mucha parte del convoy, que obstruía la carretera de Francia. El valiente Reille, en tanto, viéndose acorralado por Graham, que avanzaba de frente, y por los dragones ingleses que llegaban desde Victoria, reunió las tropas de Sarrut y Lamartiniere, y saliendo al encuentro de la caballería enemiga, con las brigadas de dragones de Digeon, Tilly y Mermet, trabó en lo alto del campo de Arriaga é inmediaciones del cementerio de este pueblo, un furioso combate de dragones contra dragones, y protegió de este modo la retirada de su ejército, por el río de Santo Tomás hasta Betoño. Metido en el monte y dehesa de Betoño, entonces muy poblados, fué acometido al salir de él, en dirección á Ilárraza y camino de Navarra, por la caballería inglesa y portuguesa combinadas. Protegió su paso contra ellas con las cargas que hizo dar entre Arcaute é Ilárraza á los regimientos 15.<sup>o</sup> de dragones y 3.<sup>o</sup> de húsares; pero, perseguido de un modo horrible, al llegar á Matauco formó el cuadro delante de la aldea, encerrándose en él, y resistió valientemente el choque de los jinetes aliados, hasta que todo su ejército quedó á salvo, bastante avanzado por el camino de Salvatierra. Eran las ocho de la tarde, y empezaba á anochecer, cuando Reille, que hacía once horas que estaba peleando, cruzó á Matauco, no dejando tras de sí ninguna división francesa, y sí sólo el horrible é indescriptible cuadro de confusión de la batalla. Al caer la noche, las avanzadas del ejército aliado acamparon en línea desde Ullibarri-Arrazua, por Arbulo, hasta Argomaniz, y la retaguardia francesa en las inmediaciones de Salvatierra.

Habían perdido los franceses, entre muertos, heridos, pri-

sioneros y extraviados, 7.400 hombres, retirándose aún otros 48.600 que acompañaron á José. Los aliados pagaron su triunfo con la pérdida de unos 4.500 soldados. Se cogieron en el campo de batalla 150 cañones, 432 cajas de municiones y algunas banderas. «Nunca hubo un ejército más duramente trabajado, porque los soldados no estaban ni medio batidos, y sin embargo, jamás hubo una victoria más completa (and yet never was a victory more complete). (1) Las campañas de Marlborough —dice Alison— no presentan un ejemplo de tan señalado triunfo, y las de Cressy y Agincourt fueron infructuosas (we were fruitless) comparadas con esta.»

Las tropas inglesas que se encontraron en el combate y que tienen en sus banderas el glorioso nombre de *Vitoria*, fueron: los regimientos de dragones de la Guardia 3.º y 5.º; el 14, 15 y 3 de húsares; el 16 de lanceros; el 1 de Escoceses reales; el 2 de la Guardia real de la Reina; el 4 del Rey; el 5 de infantería de Northumberland; el 6 de Warwick; el 9 de Norfolk; el 20 de Devón; el 27 de Inniskillings; el 28 de Gloucester; el 31 de Hutingdon; el 38 de Strafford; el 39 de Dorset; el 40 de Somerset; el 43 de Montmouth; el 45 de Serwoot; el 47 de Lancash; el 48 de Northampton; el 50 de la Reina; el 51 de York; el 52 de Oxford; el 53 de Shrop; el 57 de West Middlesex; el 58 de Rutland; el 59 de Nottingham; el 60 de Rifles; el 61 de Gloucester; el 68 de Durham; el 74 de Irlandeses; el 79 de Irlandeses de Camerón; el 83 del Condado de Dublín; el 88 de Connaught, y 94 de la brigada de carabineros.

Los historiadores ingleses y españoles, las crónicas particulares y la tradición, han pintado con vivos colores el horrible aspecto de aquel campo de batalla, no comparable á ningún otro de las guerras contemporáneas. En el interior de la ciudad, gracias á la oportunidad del General Alava, no hubo lástimas que llorar. Temíase, con razón, el saqueo y el incendio, como en otras partes ocurrió, y temblaban centenares de familias, ocultas en sus casas, al saber que avanzaba derrotado el

(1) *Napier. History of the war in the Peninsula.*

grueso del ejército francés y que los ingleses habían hecho muchos destrozos en los pueblos y en los campos. Alava inspiró confianza á todos, expulsó á los rezagados franceses, amparó á sus familias abandonadas, prohibió toda clase de venganzas y recorrió la población en compañía de sus amigos y antiguos condiscípulos D. Diego de Arriola, su primo, que fué nombrado alcalde; el Conde de Villafuerte, D. Trinidad Porcel, el Sr. Esquivel, su tío, Marqués de Legarda; D. Melquias de Goya y los Sres. Echavarri, Urbina y otros vitorianos distinguidos. La ciudad le aclamó con entusiasmo; rodeábale el pueblo pugnando por levantarle en brazos, y gran parte del vecindario, entre el cual se veían muchas señoras agitando sus pañuelos, le saludaban y victoreaban desde los balcones. Todas las campanas de la ciudad, echadas á vuelo, sofocaban con sus grandes repiques el estruendo de los cañonazos y fusilería, que aun se oían hacia Betoño y Elorriaga. Los viejos recuerdan, que entre los grupos que le rodearon en la plaza Nueva, apareció en uno el famoso alguacil, poeta popular, Carlos de Rico, y que instado por los circunstantes á que «echara un verso al General,» se adelantó hacia éste, sombrero en mano, y exclamó:

«En junio, de trece el año,  
 día de San Luis Gonzaga,  
 ¡cómo ha corrido la plaga  
 de José, con su rebaño!  
 Fiero ha sido el desengaño,  
 pues perdiendo sus cañones,  
 carros, convoy y furgones,  
 con grave afrenta notoria,  
 han huído de Vitoria  
 los *gabachos* batallones.»

Hora y media después que Alava, entró en la ciudad Lord Wéllington al frente de su Estado Mayor, saliendo á recibirle al portal de Castilla el General vitoriano, el Ayuntamiento y todas las personas notables. El victorioso caudillo recordó á Alava la promesa que habían hecho de ir á saludar á la novia de éste, Srta. D.<sup>a</sup> Loreto de Arriola, y en efecto, subiendo á la calle de la Correría, avanzaron hasta el fin de ella, donde, en

la última casa de la izquierda, frente al cantón de Santa María, estaba la casa que ocupaba el Sr. de Arriola, patrón de Aspe. «Vi al General Lord Wéllington con Alava y todo su Estado Mayor, detenidos ante la puerta de la casa de D. Javier Arriola, donde sin apearse, saludaron á éste y á su hija D.<sup>a</sup> Loreto, que estaban en los balcones, y desde allí siguieron bajando el barrio de Santo Domingo, al campo de batalla (1). También Alava logró del Generalísimo inglés que no entrara ningún soldado en la ciudad para evitar desórdenes.» (Memorias del insigne ingeniero Sr. Echánove, testigo de aquellos sucesos, y que aún vive, contando ochenta y siete años.)

El espectáculo que se ofreció á los ojos de los Generales al pasar al otro lado de Vitoria, fué tristísimo é imponente. Desde el portal de Urbina hasta los últimos límites del horizonte, en aquellos campos, y en la carretera de Francia, había atestados y volcados más de trescientos carros y carruajes, cuyo contenido rodada por el suelo, pisoteado por el paso de la infantería y por las cargas de los dragones. Centenares de familias distinguidas, españolas y francesas, que huían á Francia, no pudieron pasar de Betoño, y poblaban el aire con sus lamentos y gritos, sentadas al lado de sus deshechos equipajes ó formando tristes grupos en torno de los cadáveres de sus deudos. Lord Wéllington y Álava dieron orden de ayudar á todos, como se pudiera, amenazando con pena de la vida á los que maltrataran á aquellas gentes indefensas. Desde el camino viejo de Arana, trajeron los dragones un coche en el que venía prisionera la Sra. Condesa de Gazán. Púsola en libertad el caudillo inglés, dándole una escolta, para que se trasladara á Navarra, donde los franceses se reconcentraban. El

---

(1) Visité de niño muchas veces esta casa de Arriola, en la Córrería, cerca de mi calle Chiquita, y en ella ví muchas veces los retratos de los Marqueses de Legarda, de D. Javier y de D. Diego de Arriola, patrones de Ceánuri y Aspe. Allí se conservaban algunos curiosos objetos del campo de batalla de Vitoria, y muchos recuerdos del General, cuya vista me impresionaba sobre manera en mi imaginación de chico. Un hermano de D. Diego, el Sr. D. Ramón María, probo y entendido ex-magistrado del Tribunal Supremo, vive aun en Madrid.

campo de Arana, el alto de Santa Lucía y las cercanías de Elorriaga estaban cubiertos de ricos despojos. Los bagajeros y acompañantes del ejército abrían multitud de cajas, caídas de los carros, llenas de oro y plata, de objetos de las iglesias, de los museos y de las cosas ricas particulares, y cargaban con las monedas, no sólo sus bolsillos, sino el forro de sus chaquetas y el hueco de sus calzones, bien atados á las rodillas. Bagajero hubo que, después de bien cargado, no pudo andar, por el peso que llevaba. Las tropas, en general, y los ingleses sobre todo, se aprovecharon bien de las riquezas abandonadas, en las últimas horas de la tarde del 21. En los carruajes parecieron multitud de cuadros al óleo de los mejores maestros, cortados violentamente del marco y arrollados. Muchos fueron hechos pedazos á bayonetazos, y entre ellos el de *La Trinidad*, del Ticiano, robado en la catedral de Palencia.

«Los ingleses—dice la relación del Sr. Larrea, cura de Berrostequieta—sin más Dios que sus barrigas y antojos, saquearon todas las aldeas de la parte occidental de Vitoria, que habían quedado libres de los franceses; allí segaron los trigos y cebadas para sus caballos y echaron los bueyes y caballerías de brigada á los sembrados, causando la ruina completa de los habitantes. Pero debemos á los vitorianos el generoso y católico acto de humanidad de que abrieran francamente las puertas de sus casas á todo necesitado, derramando á manos llenas la caridad, con que nos remediamos infinitos.»

Delante de Zurbano, y en las encenagadas balsas que rodeaban al pueblo, había algunos centenares de franceses y de caballos, muertos y deshechos por la metralla y la caballería, ofreciendo aquel lugar tan horroroso conjunto, que nadie se acercó á él, ni en aquel día ni en otros muchos después. Como el camino de Navarra era de herradura y no podían pasar por él los carruajes, quedaron casi todos atascados entre los primeros pueblos, y allí se cogió la documentación de la corte de José, las cuentas, los partes cifrados de Napoleón y multitud de curiosidades y de riquezas. Al escapar el Rey en su coche por este camino, fué alcanzado por un regimiento de dragones ingleses, el 10.º de húsares. José montó á caballo, después de

abandonar el coche, y huyó, protegido por su caballería. El jefe que mandaba los dragones ingleses era Mr. Windham. En el carruaje se encontraron la espada del Rey fugitivo, sus papeles, el bastón del Mariscal Jourdan, varios objetos preciosos, «otras cosas que la decencia no permite nombrar,» dice Torreno, y un cuadro admirable de Correggio.

En la carretera de Vitoria á Salinas se cogieron 40 cañones de gran calibre; muchos tiros y carruajes de los mismos y los parques y depósitos de Madrid, Valladolid y Burgos. El bastón de Mariscal del imperio del Rey José fué hallado entre los montones de equipajes de la corte, por unos soldados. Era de un pie de largo, forrado de terciopelo azul montado en oro y con las águilas imperiales bordadas. Estaba contenido en un estuche de tafete marroquí encarnado, con broches de plata, con águilas grabadas y con el nombre de José impreso en los ángulos con caracteres dorados (Southey). Los soldados le arrancaron el pomo y la contera, y cuando lo recogió Vellington se lo envió como recuerdo de la batalla, con la bandera francesa del regimiento 100 de artillería, al Príncipe Regente de Inglaterra, quien mandó en cambio al caudillo vencedor el bastón de Feld-mariscal del ejército inglés. El capital abandonado, en las cajas de fondos de los franceses, fué de cinco millones y medio de duros, según las cuentas cogidas entre los documentos, de los cuales, sólo la quincuagésima parte pertenecía al público no militar.

Vellington durmió en Vitoria en el palacio de Alava, y al amanecer del 22 envió á Girón y Longa con su división á perseguir á Maucune y Foy por Salinas y Mondragón, y Graham por San Adrián á Guipúzcoa, marchando el resto del ejército aliado hacia Pamplona en persecución de José, que bien pronto repasó el Pirineo.

El General Clausel, que había avanzado muy despacio desde la Rioja por Peñacerrada, llegó en la tarde del 22 á la cima de los montes de Vitoria, sobre Castillo y Lasarte, y desde aquellas alturas contempló el desastre que sus compatriotas habían sufrido en la llanura de Vitoria. «Permaneció catalejeando como unas dos horas, dice la narración de Larrea, y luego que se enteró de que las tiendas de las proximi-

dades de la ciudad eran de ingleses, volvió atrás y tomó el camino de Zaragoza, perseguido por el General Mina. Cuando se dirigía en la noche del 21 hacia Peñacerrada con sus 11.000 hombres, el coronel de voluntarios alaveses, D. Sebastián Fernández (Dos Pelos), que le seguía la pista con 1.500 guerrilleros y algunos paisanos, mandó encender en lo alto de los montes de Pipaon y Laño grandes luminarias, por entre las cuales hizo pasar á sus soldados diferentes veces, aparentando un gran ejército, lo cual hizo al General francés avanzar con gran cautela y perder mucho tiempo....»

«....Al volver á Berrosteguieta, dice también, encontramos algunos pobres heridos que no prestaban oídos á la voz de su espíritu, pedían los Santos Sacramentos, mas no fué posible administrarlos por haberlos robado. Pedían también agua con la mayor sumisión, y fué muy costoso complacerles, por no encontrar entero ni siquiera un casco de vasija, que pudiese contener en sí medio cuartillo de agua. Entré en la iglesia y observé á un golpe de vista los sepulcros abiertos, las paredes quebrantadas, las mesas de los altares demolidas y todo fuera de orden, causándonos este horrible cuadro el mayor espanto y desconsuelo.»

No les fué mal en cambio á muchos vecinos de Vitoria que salieron al campo en las últimas horas del 21, porque allí adquirieron y compraron de manos de los soldados magníficas joyas y muchas monedas de plata á cambio de algunas de oro. Otros dieron con grandes cajas de caudales abandonadas en medio de montones de cadáveres, y algunos que vivían en los barrios extremos sólo tuvieron el trabajo, para hacerse ricos, de meter en sus casas las recuas de caballerías cargadas de dinero y alhajas, que sin dueño ni conductor alguno vagaban á la ventura por aquellos contornos. En diversos puntos de la llanura y en el fondo del Zadorra se sepultaron bastantes caudales, que desde entonces han sido objeto de acertadas ó infructuosas pesquisas.

Además del galardón otorgado por Inglaterra á Lord Wellington y otros Generales, las Cortes españolas, á propuesta de Argüelles, le concedieron el dominio del Soto de Roma y del terreno de las Chanchinas en la vega de Granada. El Ayun

tamiento de Vitoria regaló al General Alava una espada de oro con las armas de la ciudad y una expresiva dedicatoria, é hizo grabar un curioso cuadro que representa la entrada del General en la Plaza Vieja el día de la batalla.

Las consecuencias de la gran jornada de Vitoria se tocaron inmediatamente. El castillo de Pancorbo, único punto que había quedado á retaguardia en poder de los franceses, se rindió á las tropas de O'Donnell, Conde de Abisbal; las plazas de Aragón y Valencia fueron abandonadas, y San Sebastián y Pamplona, con todo el resto de las provincias, cayeron en nuestro poder. El efecto que causó tal victoria en Europa fué inmenso. Disipados los escrúpulos del Austria, entró en la conciliación de las demás potencias contra el Imperio francés, rompiendo el acuerdo de Praga, y obtuvo Inglaterra una supremacía indisputable en los negocios diplomáticos y en los destinos del continente. El renombre de Lord Wéllington creció maravillosamente, como con sobrada arrogancia lo repiten sus compatriotas: «The English General, emerging from the chaos of the Peninsular struggle, stood on the summit of the Pyrinees a recognized conqueror. From these lofty pinades the clangour of his trumpets pealed clear and loud, and the splendour of is genius appeared as á flaming beacon to warring nations.»

Víctima del espantoso desastre, sufrió el pobre exrey José el tremendo castigo de las iras de su hermano Napoleón, que le ordenó que se separase del ejército, que se retirara á Morfontaine sin entrar jamás en París, que no le visitara ningún funcionario bajo pena de apresarle y que le sustituyera en el mando del ejército de España su mayor enemigo el Mariscal Soult.

El General Alava partió con Wéllington á proseguir la campaña de los Pirineos y del Mediodía de Francia, en cuyos múltiples combates se portó como un bravo, aumentando su justa fama. En la batalla de Orthez, á orillas del Gave, tan funesta para los franceses, fué herido el General levemente «en parte sensible y blanda, que siempre provoca á risa,» dice el Conde de Toreno, y estando apeado y chanceándose con él el insigne Wéllington, recibió éste un balazo de fusil, que



dándole en el pomo de la espada y en la pierna, sobre el fémur, le hizo caer al suelo desvanecido (27 de febrero de 1814). En la sangrienta jornada de Tolosa de Francia (10 de abril), al ser rechazadas en el asalto de los reductos las tropas españolas, que mandaba el General Freire, acudió al combate Wéllington, acompañado de Alava y de Wimpffen, quienes atacando á la cabeza de los nuestros, lograron rehacerlos y marchar sobre el enemigo, en cuyo terrible momento cayeron muertos los coroneles Balanzat y Ortega y heridos los Generales Mendizábal, Ezpeleta, Méndez Vigo y Carrillo.

Al entrar vencedores en Tolosa, supieron el destronamiento de Napoleón y su destierro á la isla de Elba, firmándose inmediatamente las capitulaciones de paz entre el mariscal Soult y Lord Wéllington y terminando allí la campaña de la Independencia.

## V.

### ÁLAVA DIPLOMÁTICO Y DIPUTADO.

Repuesto Fernando VII en el trono de sus mayores, y terminada la campaña del Mediodía de Francia, volvió Alava con Lord Wéllington á Madrid, donde hicieron su entrada triunfal, en 24 de mayo de 1814. Abundando ambos caudillos y compañeros en sus ideas de concordia y perdón en favor de muchos señalados por su afecto á la causa constitucional y al caído orden de cosas, procuraron influir en Palacio para que cesaran las persecuciones, y el mismo Alava entregó al Duque de San Carlos, la víspera de su salida de Madrid, una exposición que Wéllington dirigía al Rey, aconsejándole que fuera tolerante y generoso. Este documento se olvidó, de intento, entre los papeles de las secretarías, y aquella durísima conducta de venganzas que se cebó en Argüelles, Martínez de la Rosa, Muñoz Torrero, Calatrava y otros hombres insignes, aumentó en proporciones é hizo derramar muchas lágrimas. Alava, tildado por los absolutistas y apresado, hizo

propósito de abandonar á España, y recordando su amistad con el Príncipe de Orange, obtuvo, por medio de Wéllington, una especie de destierro indirecto y voluntario, al conseguir que le nombraran Embajador de Holanda, donde el de Orange, su compañero de armas, reinaba.

Al subir al trono el Príncipe su amigo, celebráronse en La Haya grandes fiestas, y no fué el Embajador español el que menos espléndido se mostró en ellas. La Embajada no tenía fondos; Álava los adelantó, gastando cerca de 900.000 reales, cuya inversión aprobó el Gobierno español. Al presentar las cuentas declaró Álava que España no le debía nada, que los gastos se habían hecho de su bolsillo particular y se negó en absoluto á que se le abonara cantidad alguna.

A su paso por Vitoria para dirigirse al extranjero, realizó su deseado enlace con su prima la distinguida señorita doña María Loreto de Arriola y Esquivel, de la que ya me he ocupado. Compartió con ella los honores en las cortes de La Haya y de París, donde constantemente residió. En esta última capital estaba, cuando Napoleón, abandonando la isla de Elba, recorrió triunfante la Francia. Alava se incorporó de nuevo al cuartel general de Lord Wéllington, y presenció á su lado la gran batalla de Waterlío, tomando activa parte en ella. Regresó después á su Embajada, y hallándose en París, como Embajador interino de España en Francia, prestó á su patria un señaladísimo é inapreciable servicio. Sabido es que los franceses despojaron nuestros templos, palacios y museos, llevándose las mejores joyas artísticas que poseíamos. Antes de la campaña de Waterlío, había logrado el General recuperar y depositar en París muchos cuadros y objetos de mérito; pero durante la breve presencia de Napoleón en la capital de su fugaz Imperio, desaparecieron. Otro aristócrata ilustre y muy entendido en obras de arte, el Duque de Almenara, logró averiguar su paradero, y lo comunicó á Alava para que continuase sus trabajos de recuperación y de devolución á España. Tratábase, entre otros cuadros, de la admirable creación de Rafael, *El pasmo de Sicilia*, y de sus bellísimas obras *La Virgen del pez* y *La Perla*. Recogiólos el General en pésimo estado, porque pintados en tabla, habían sufrido

tanto con los trastornos del tiempo, y sobre todo con los rozamientos y choques de su envío á Francia, que estaban á punto de perderse. Consultó Alava la manera de restaurarlos y salvarlos, con artistas de tanto genio como los pintores italianos Palmarolli y Benvenuti, y el escultor Cánova, que se encontraban también en París á recoger las obras usurpadas por los franceses en sus expediciones de Italia, y le propusieron que encargase al hábil restaurador Mr. Bonnemaizon la difícilísima tarea de trasladar aquellas pinturas de la tabla al lienzo. Cuando el General dió cuenta al Gobierno español de este propósito, nadie creyó aquí que pudiera ser hacedera tal maravilla, y por espacio de algún tiempo se resistieron los más doctos á autorizar la operación; pero ante la formalidad y garantía del Consejo de los expresados artistas, se convino en practicarla y se llevó felizmente á cabo.

Volvieron, pues, magistralmente restaurados aquéllos, y otros cuadros, á nuestro Museo nacional, y con la admiración y gratitud propias de cuantos rinden culto á las obras del genio, se confiesa que, gracias al General Alava, puede envanecerse España de poseer, entre otras grandes maravillas, el incomparable *Pasmo de Sicilia*. En efecto, el que como valiente soldado dió tanto lustre á las armas; el que como hombre de bien y caballero hizo tantos beneficios á los desgraciados y tanto ayudó y consoló á los vencidos, pudo, como persona cultísima é inteligente, prestar ese inapreciable servicio á las artes.

Al partir para Holanda hizo renuncia del cargo de diputado foral de Alava, cuyo puesto ocupó después desde 1818 á 1820 su primo y cuñado D. Diego M. de Arriola.

Al proclamarse la Constitución de 1820, dejó la embajada de Holanda y acudió á España á sostener, como decidido y muy ilustrado liberal, con su presencia y su consejo aquel nuevo orden de ideas. La provincia de Alava le nombró diputado á Cortes, y al tomar asiento en la Cámara, se afilió á la pléyade de hombres más ilustres y avanzados que en ellas hubo. En este tiempo volvió también á Vitoria el insigne emigrado D. Pablo de Xérica, famoso poeta satírico á quien los vitorianos nombraron comandante de los voluntarios consti-

tucionales, individuo de la Junta provincial y alcalde constitucional interino, en los días de la invasión de las tropas de Angulema. Alava figuró en las Cortes al lado de Alcalá Galiano, Istúriz, Argüelles, Gómez Becerra, Flores Calderón, Valdés, Ayllón, Salvá, Ferrer, Varela, Garay, Somoza, Seoane, Saavedra, Pérez de Meca, Lagasca y otros, y con ellos votó en Sevilla, en la famosa sesión del 11 de junio de 1823, la destitución de Fernando VII y el nombramiento de una regencia; siendo, por consiguiente, uno de los comprendidos en la orden que se dió en 16 de marzo de 1825 por la Sala del Crimen de la Audiencia de Sevilla, para que se les apresara, embargasen sus bienes y se les sujetara á las terribles sentencias, que contra ellos se dictaron.

Disueltas violentamente las Cortes y tomado Cádiz por los franceses de Angulema, que vinieron á imponernos el absolutismo, como antes trataron de imponernos á Napoleón, huyó el General Alava á Gibraltar, y desde allí se trasladó á Inglaterra. He aquí las frases que dedica á estos sucesos y á nuestro insigne compatriota el historiador Lord Holland (1):

«Fué un gran error en los Gobiernos, que se sucedieron en el breve período de 1820 á 1823, el no haber enviado á Alava de Embajador á Inglaterra. La pedantería de que los diputados no fuesen empleados, y el deseo además de premiar al Duque de Frías, hombre no falto de talento, pero no á la altura de aquellas circunstancias, les indujo á olvidar tan conveniente y provechosa elección. Alava, estoy seguro, hubiera convencido al Duque de Wéllington de la inícuá inconveniencia de invadir á España el ejército de Angulema, y habría evitado á su país esta desgracia, y lo que es más aún, el deshonor y la humillación que siguieron á la ocupación de la Península destruyendo el Gobierno liberal.

Plenamente convencido de los defectos de la Constitución, el General Alava presenció la ignominia de verla destruída por la presión extranjera, y se adhirió noblemente á la causa de su país. Cuando Fernando fué acompañado por Alava y los

---

(1) *Foreign reminiscences*, by Henry Richard, lord Holland.

demás diputados é individuos del Gobierno de Cádiz, al Puerto de Santa María, para unirse al cuartel general del Duque de Angulema, le instó aquél muy calurosamente á que se quedara allí; pero Alava, con sobrado juicio, desconfió de su sinceridad, y con no menos claridad y franqueza, le contestó: *que la vez anterior (1814) había sido preso por fiarse de su palabra.*

Triunfante el absolutismo, y comenzada la persecución de los liberales por todas partes, no fué en Vitoria donde menos se ensañaron con ellos y con cuanto les pertenecía. Tristes recuerdos se conservan de aquellos días aciagos en que tanto sufrieron las familias de los patriotas vitorianos más beneméritos. Respecto al General Alava, hay que apuntar que sus bienes fueron embargados; que se trató de aminorar con burdas y calumniosas suposiciones su incomparable gloria, y que aun se cometió otro acto censurable de negra ingratitud. «El retrato del ilustre General D. Miguel Ricardo de Alava, salvador de Vitoria en la gran batalla de 21 de junio de 1813, fué quemado en la plaza pública de la Diputación por el gran delito de haber sido, aquel á quien representaba, de los que entonces se llamaban *negros.*» Así lo consigna el esclarecido patriarca vascongado Excmo. Sr. D. Pedro de Egaña, exministro de la Gobernación y de Fomento, en una carta que ha visto la luz en *El Noticiero Bilbaíno.*

Soberbio contraste formó, con la conducta de alguno de sus compatriotas, la que siguieron para con el expatriado todos los hombres de algún valer de Inglaterra. Halló, en efecto, el General Alava grandes simpatías en la sociedad distinguida del Reino Unido, que supo estimar siempre su justo renombre, su brillante cultura, sus ideas liberales y sus méritos guerreros. «El Duque de Wéllington—dice Lord Holland—le recibió cordial y cariñosamente. Las mismas cualidades que le habían hecho simpático en el ejército inglés durante la guerra de la Península, le hicieron popular en la sociedad de Londres. Era bien recibido en todas partes, excepto en la corte. Jorge IV, Príncipe reinante, en virtud de la exclusión de los Estuardos, afectaba no olvidar «*al español* que había contribuído, en un momento de peligro nacional, al destronamiento temporal de un Rey...»

Después de residir algún tiempo en Londres con su esposa, fijó su residencia en Tours, aumentando las grandes relaciones que también tenía entre los personajes más notables de Francia. Vivió siempre en la emigración muy modestamente, ya que tenía sus rentas y sueldo embargados, y apesar de ello, jamás quiso percibir la pensión vitalicia que se le había concedido siendo colegial de Vergara, por los méritos de su padre, que atrás dejó consignados.

## VI.

### ÁLAVA MINISTRO.

La muerte de Fernando VII y la restauración de las libertades públicas abrió á Alava las puertas de la patria. La provincia de Alava le designó para ocupar el elevado puesto de prócer del Reino en el Estamento, y tomó asiento en aquellas famosas primeras Cortes del reinado de la libertad. Uno de sus actos más notables fué aquel en que, al abrirse discusión sobre el proyecto de ley para examinar los empréstitos que en tiempo del Rey anterior había contratado D. Francisco Javier de Burgos, y siendo éste también prócer, pidió á la Cámara que abandonase el salón el interesado hasta que se examinase la cuestión. «Ocupaba el D. Javier—dice D. Juan Valera—su puesto en el Estamento de próceres, cuando levantándose el respetabilísimo y caballeroso D. Miguel Ricardo de Alava, pidió abandonase el puesto que en el Estamento ocupaba el prócer, de cuyos actos iba á hacerse mención. Sorprendido de tan inesperada demanda, pidió Burgos la palabra, que contra justicia le fué denegada por el Presidente de la Cámara, viéndose, en su consecuencia, el que había sido Ministro de la Corona y era uno de los autores del Estatuto Real, ley fundamental del régimen existente, expulsado, y por lo tanto, obligado á abandonar el salón, sin que le fuera per-

mitido defenderse.» Las Cortes, después, bajo el mando de otro partido, declararon la inculpabilidad de Burgos.

Estaba poco después la guerra civil en su período álgido de venganzas y de carnicería, y las potencias extranjeras, sorprendidas ante la violencia de los excesos, que entre los combatientes se cometían, trataron de poner inmediato remedio, con su respetable intervención (junio de 1834). Para llevar adelante los generosos propósitos del Gobierno inglés y del Marqués de Miraflores en este asunto, nombró el Gobierno Embajador de España en Londres al General Alava, «insigne patricio, decidido liberal y muy querido del Duque de Welling-ton» dice Valera, quien fué el verdadero iniciador del inmediato envío de Lord Elliot al cuartel general de Zumalacárregui, para arreglar el famoso convenio, que tantas lágrimas y sangre ahorró. Esta es otra de las grandes victorias conseguidas en el terreno de la humanidad por el insigne Alava, que, como hemos visto, estuvo siempre en la brecha para aminorar los males de nuestras malditas discordias civiles, y que tal vez, como ningún otro, se hizo acreedor al nombre de *Padre de los desgraciados vencidos*.

Al retirarse del poder en Madrid el Sr. Martínez de la Rosa y continuar el Conde de Toreno en el Ministerio, quiso éste halagar á la opinión pública, que pedía nombres de garantía y positivas reformas liberales, nombrando Ministro de Hacienda al célebre D. Juan Alvarez Mendizábal, y de Marina al General Alava, que no llegó á ocupar el cargo, porque sus atenciones diplomáticas le retuvieron en Londres. Entró también en aquel Ministerio el General Girón, Marqués de las Amarillas, después Duque de Ahumada, compañero de Alava en la batalla de Vitoria (mayo de 1835). En junio inmediato, y como Ministro de S. M. en Londres, trabajó extraordinariamente, con Lord Pálmerston, para lograr el envío del ejército inglés, que debía contribuir á sofocar la guerra carlista.

Caído el Conde de Toreno y encargado Mendizábal por la Reina Gobernadora de formar Ministerio, designó este hombre inolvidable al General Alava para Presidente del Consejo de Ministros, con la cartera de Estado, encargando al Sr. Martín de los Heros de la Gobernación, al Sr. Gómez Becerra de

Gracia y Justicia. No quiso en manera alguna Alava aceptar aquel altísimo puesto, y en su consecuencia, lo ocupó Mendiábal, quedándose el General con la citada cartera. El insigne alavés D. Salustiano de Olózaga fué nombrado Gobernador civil de Madrid. Aquel Ministerio famoso declaró soldados á todos los españoles de diez y ocho á cuarenta años; abrió una suscripción nacional para atender á los gastos de campaña: despertó el entusiasmo del país; restableció el decreto de las Cortes de 1820 suprimiendo todos los mayorazgos, patronatos, fideicomisarios y toda clase de vinculaciones; y autorizó á Olózaga para suprimir las comunidades y derribar los conventos de Madrid. Combatieron al Ministerio los moderados Martínez de la Rosa, Istúriz y otros, que al fin, en medio de las hondas perturbaciones de aquellos tiempos, dieron con él en tierra.

Volvió Alava á su carrera diplomática, siendo Embajador en París y Londres, hasta los sesenta y nueve años, en que ya anciano, molestado por sus penalidades, que fueron consecuencia de sus campañas, de sus heridas y de su prodigiosa actividad, se retiró de la vida pública á su muy querido pueblo de Vitoria, donde era la admiración y el hombre de respeto de todos sus compatriotas. «Desde Vitoria se trasladó, por consejo de los facultativos—dice su biógrafo Arrese—á los baños de Bareges, y allí dejó de existir el 14 de julio de 1843, no sin haber antes vuelto á visitar su ciudad natal, que tuvo á la vez la satisfacción y el sentimiento de contemplar, un mes antes de su muerte, aquella gran figura velada por el dolor y á quien la parca inexorable iba á cortar tan pronto el hilo de su preciosa existencia.»

No fué nunca Alava ni Conde, ni Duque, ni nada de cuanto llegaron á ser muchos de sus compañeros de armas, porque se negó á recibir tales mercedes, y quiso llamarse siempre con el limpio y honrado nombre con que se llamaron sus ilustres antepasados, con el de su muy amada tierra, á la que tan bien sirvió, á la que tanto quiso. Al morir de Teniente General, ostentaba en el pecho las más brillantes condecoraciones de Europa, y entre ellas, la de Santiago, la de San Hermenegildo, la del Baño y otras.



Nunca se separó de su lado aquella distinguida dama, aquella amante esposa, D.<sup>a</sup> Loreto de Arriola, que cerró sus ojos al perderle y que se retiró á Vitoria, para vivir con los recuerdos de insigne patricio y para contar siempre con el cariño y el respeto de sus paisanos, en tantas y tantas ocasiones demostrado (1).

## VII.

### HONORES AL GENERAL.

La memoria del ilustre alavés se ha conservado siempre con respeto entre los vitorianos, sostenida por los viejos sus compañeros de armas y de política, repetida por los adultos y oída con embeleso por los niños. El llano de Vitoria habla con elocuencia al curioso, que recorriendo sus términos, recuerda las principales fases de la batalla. La casa-palacio de los Alavas es saludada con respeto por cuantos aman las glorias de este suelo y por cuantos viajeros entendidos acuden á contemplarla. Alzase este edificio en la segunda vecindad de la calle de la Zapatería, en su cera izquierda, y fué construída hacia 1530, cuando el gusto del renacimiento decoraba con sus originales bellezas las moradas de los poderosos, y cuando los Martínez de Alava tenían tanta influencia y renombre en el país. Ostenta en este lado una severa fachada de sillería, con dos grandes puertas de arco de medio punto, y con varios balcones característicos en su piso principal, único que tiene. Sobre ambas puertas, y decorando el centro de la obra, se ven cinco escudos de armas, cuatro en línea y uno sobre ellos inclinado. Corona á éste una cimera ó morrión con un grifo, y contiene alternados en sus cuatro cuarteles dos lobos y dos

---

(1) Tuvo el General un hermano, D. José Ignacio, magistrado y consejero de Estado, padre de D. Ricardo de Álava, actual representante de la casa, y tres hermanas: una que murió soltera en Vitoria, otra que casó con el señor M. Escudero y otra con el Marqués de Fontellas.

menguantes invertidos, armas que siempre ha conservado la casa de Alava. En los que están debajo se ven: en el primero los referidos timbres, en el segundo las diez panelas de los Hurtados de Mendoza, en el tercero las tres barras de Beaumont y en el cuarto el águila haciendo presa en una liebre, de los Esquiveles ó Legardas. En dos ángulos laterales que tiene la fachada y que pudieron ser como indicación de torreones, están repetidas las armas de la casa. En la calle de la Herrería aparece la curiosa fachada posterior, compuesta de dos partes; la opuesta á la principal, de tres pisos y de mampostería, decorada con un bonito cuadrante de reloj y campana, debajo del cual se lee en una tabla esta inscripción:

*Apresado en 25 de julio de 1782.*

En efecto, aquel reloj fué tomado por el insigne marino D. Ignacio María de Álava en un navío inglés, que con otros cuantos apresó, en una de sus célebres acometidas. Desde esta fachada parte hacia la Herrería una galería de arcos y columnas del Renacimiento, de dos pisos, con exposición al Mediodía, y en cuyo ángulo, sobre la calle, campean el escudo de Álava, que tiene en su orla, como los demás, las aspas, en memoria de la toma de Baeza. Ambas fachadas formaban antes una concurrida plazuela, donde se detenían muchos carros de transporte; pero recientemente el Sr. D. Ricardo de Álava lo ha cercado con una hermosa verja, convirtiendo el interior en bello jardín, de bastante arbolado, y dejando fuera de ella al lado de la acera, la fuente pública, que antes estuvo más en el interior, arrimada á una vetusta posada. Proyecto bien pensado fué el que hubo en algún tiempo, de derribar las casas comprendidas entre esta plazuela y la del palacio foral de la Diputación. A la derecha de la gran escalinata de este bellísimo edificio provincial se alza la estatua en piedra del General Álava, haciendo juego con la del benemérito alavés y diputado también (1791), Sr. Verástegui. Colocáronse ambas estatuas el año de 1864, por acuerdo del inolvidable y malogrado diputado general D. Ramón Ortiz de Zárate, con el beneplácito unánime de la provincia y con el aplauso de todos los alaveses. Las esculpió el inspirado artista D. Carlos Imbert,

maestro querido de cuantos hemos cursado el dibujo en la antigua y ejemplar Academia de Bellas Artes de Vitoria, y á cuyo cincel se deben también las de Vela Ximénez, Fernán González, Alonso XI, Isabel la Católica, Carlos V y Felipe V, que adornan el precioso salón de Juntas. La del General tiene tres metros y veinte centímetros de altura; viste el traje de ingeniero militar con los entorchados de Teniente general, y se apoya en el bastón de mando. Al verificarse la solemne inauguración de estas estatuas, escribió una curiosa biografía de los Sres. Álava y Verástegui, de la que he tomado muy útiles datos, el distinguido literato alavés, catedrático de la suprimida Universidad de Vitoria y hoy de lengua árabe de la de Sevilla, mi querido maestro y compañero D. Daniel Ramón de Arrese.

En el cementerio de Vitoria, que es un hermoso jardín y un museo de bonitas obras, se alza, frente á la puertecilla de entrada ordinaria, el sencillo y elegante panteón del General. Compónese de un cuerpo piramidal truncado, de poca inclinación, que remata en una ornamentada cornisa y en un domo que sostiene la cruz, y que ostenta en su centro, esculpidas en bronce, las armas de Álava y de Arriola, con su corona y grifo coronado, que lleva en el pico la cinta con la inscripción: *Á la más linda Álava*. Entre ambos escudos está la cruz de Santiago, y les rodean, tras de un pabellón orillado por las condecoraciones del insigne capitán, varias banderas y armas, que constituyen un belicoso trofeo. Delante de este cuerpo se alzan dos tumbas iguales, en una yacen los restos de D.<sup>a</sup> Loreto de Arriola y la otra se abrirá el día 21 para recibir los del General. Cuatro flamígeros de bronce atan la gruesa cadena que circunda al monumento.

Al abrirse el trayecto de modernas edificaciones, que une á la calle de San Antonio con la de la Estación, en la nueva Vitoria, se dió el nombre de Álava á la calle allí formada. Insignificante es la calle para llevar nombre tan glorioso, y más propio sería aplicárselo á la inmediata, que es la mejor de la ciudad y que lleva el nombre de *La Estación*, vulgar hasta lo sumo, y que honra demasiado á la estación más fea y pobre de todas las líneas férreas.

El Ayuntamiento vitoriano acaba de acordar que, en la fuente monumental que se elevará en la plaza Vieja ó de Castilla, y que convendría llamar en adelante *Plaza de Alava*, se erija la estatua de D. Miguel Ricardo; como se erigirá la de Isabel la Católica en lo alto de la cuesta de San Francisco. Mil enhorabuenas merece la ilustrada y celosa corporación por tal acuerdo.

Todos los poetas vitorianos de nuestros tiempos han honrado la memoria del General, y no es difícil encontrar composiciones escritas en su obsequio por Xérica, Landazábal, Ciórroga, Albeniz, Egaña, Manteli, Medina, Larrazábal, Arcaya, García de Landaluce, Pérea, Apraiz, Roure y otros. Todos los periodistas han honrado también su nombre. Para concluir, reproduciré las apreciaciones que acerca de su carácter personal y de su significación han hecho dos distinguidos escritores, el uno que le conoció en sus relaciones con los grandes personajes ingleses, y el otro que oyó muchas veces la opinión, que acerca de él formaron en Vitoria sus contemporáneos. Dice Lord Holland: «La elección más feliz, el accidente más afortunado para la guerra confederada de la Península fué el nombramiento de D. Miguel Ricardo de Alava para el cargo de intermediario entre el Gobierno español y el cuartel general inglés. Tenía la ventaja, no pequeña en España, de su distinguida educación naval; conocía el servicio y le eran muy familiares las maneras y costumbres de la corte. Su carácter franco y abierto y su buena figura le hicieron simpático en el cuartel general y se ganó muy pronto la confianza y amistad particular de lord Wéllington. Poseía algunas de las preocupaciones, pero de ningun modo la suspicacia de sus compatriotas. Impetuoso por temperamento y ligero en la conversación, era, sin embargo, honrado, espontáneo, alegre y cariñoso.»

Dice Arrese: «De un valor probado en cien combates; de capacidad extraordinaria; de una consecuencia política jamás desmentida; sumamente modesto; desinteresado, íntegro, amante del orden, enemigo de la intolerancia y exaltación de los partidos, y dueño, siempre que la ocasión lo requiera, de una fuerza de voluntad incontrastable, hizo servir tan relevantes cualidades á la causa de la independéncia y del progreso de

la patria..... El consejo de Alava fué siempre escuchado con respeto por el General en Jefe del ejército aliado, y nadie logró inspirar tanta confianza en el ánimo de Lord Wéllington, ni le mereció tampoco testimonios más expresivos de su consideración y aprecio..... La oficialidad inglesa le regaló un precioso servicio de plata, en demostración del afecto y simpatía que despertó en todos los Jefes, durante las campañas, su noble y bizarro comportamiento.»

¡Bien haya, pues, el pensamiento del municipio vitoriano, que va á enaltecer su memoria; que va á honrarse al honrar á aquel perfecto caballero, ya que ha llegado la ocasión, que ansiaba nuestro inspirado Obdulio de Perea, al decir:

«Y nuestra historia, porque al mundo asombre,  
y tu recuerdo respetuoso guarde,  
con letras de oro escribirá tu nombre!»

---

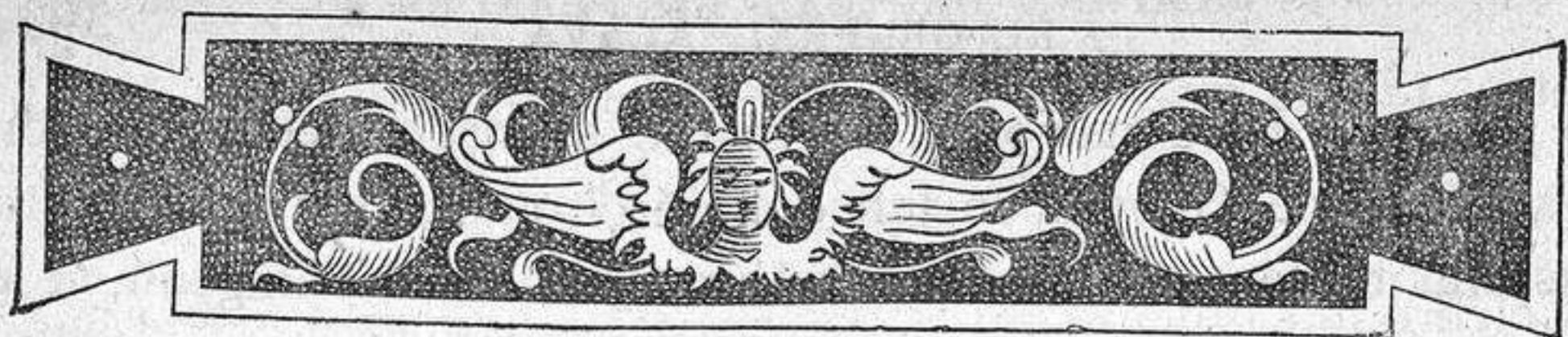
La figura del General Alava, que es una gloria nacional, lo es mucho más aún de la provincia de Alava y de la ciudad de Vitoria. Su nombre bien puede figurar al lado de los de héroes y capitanes tan ilustres como los alaveses Pero López de Ayala, Pero González de Mendoza, Ruiz de Gaona, Juan de Urbina, Diego Hurtado, Francisco Agurto Salcedo y Simón de Anda y Salazar.

Mientras se hable del General Alava, podrá la provincia repetir muy alto, que en ella nacen guerreros valerosos é inteligentes, tanto como los más preclaros; y podrá sostener también con verdad, que á ninguna otra cede en tener hijos tan liberales avanzados, íntegros, consecuentes y entendidos como lo fué aquel patricio insigne y respetable.

Honremos su memoria y sigamos su ejemplo.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Palencia 15 de junio de 1884.



# HISTORIA

DE LA

## CAMPAÑA DE 1647 EN FLANDES,

SIENDO GOBERNADOR GENERAL DE AQUELLOS PAÍSES POR ESPAÑA  
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO (1).

### CAPÍTULO VI.

Marcha el ejército de S. M. á Armentieres.—Motivos que para ello había.—El Vizconde de Turena entra en el país de Luxemburgo.—Es nombrado Beck para resistirle con una parte del ejército de S. M.—Obliga Beck á Turena á levantar el sitio de Montmedy.—El Duque de Orleans se presenta en el Artois con nuevo ejército.—Sorprende un destacamento nuestro el cuartel de los esguizaros.—Unense Gassión y Rantzau con intento de atacar al Archiduque.—Viene en auxilio de éste el Marqués de Caracena.—Pasa el ejército francés el Lys.—Escaramuzas entre los dos ejércitos.—Atrinchérase el nuestro y se prepara á la batalla.—Retroceden los franceses.—Vuelven á sus cuarteles de Estaires.—Un destacamento de nuestro ejército, á las órdenes de D. Luis Cayro, bate y derrota completamente á otro francés.—Intenta el Archiduque apoderarse de Maguncia.—Medios que emplea y razones por qué no se consigue.—Amaga atacar á Worms para obligar á Turena á salir del Luxemburgo.



L 1.º de setiembre alojóse nuestro ejército en Warneton y el Archiduque dió orden al Barón de Beck de ir con 500 hombres á Estaires á intimar á los franceses, que guarnecían el castillo, que se rindiesen. Pero apenas había llegado dicho General á vista de la plaza, cuando apareció Gassión con 1.000 caballos

(1) Véase la pág. 153 de este tomo.

y otros tantos infantes esguízaros. Escaramucearon unas tropas con otras, y Beck se retiró con sus 500 hombres al cuartel general.

Celebró al siguiente día S. A. consejo de guerra con el Duque de Amalfi y demás Generales, y de común acuerdo se resolvió dividir nuevamente el ejército, quedándose Beck con una parte para oponerse al mariscal Gassión y marchar el Archiduque con la otra á Flandes para unirse con el Marqués de Caracena y sitiar allí alguna de las ciudades que aún estaban en poder de los franceses. Mas poco antes de ponerse en ejecución este proyecto se le representó á S. A. que no estando todavía terminadas las nuevas fortificaciones de Armentieres, quedaba esta ciudad abierta por muchas partes y sin haber agua en los fosos, pudiendo, por tanto, Gassión por hallarse muy próximo á ella con su ejército, intentar fácilmente su recuperación.

Consultado el caso en consejo de guerra, se resolvió que el ejército permaneciese algunos días en Armentieres hasta quedar acabadas las fortificaciones y cerrada la ciudad por todas partes. Súpose en esto la noticia de que Turena había entrado en el país de Luxemburgo con 6.000 hombres, entre caballería é infantería, y con veinte piezas de artillería, y que habiendo pasado el Mosela y tomado á Rodemach, amenazaba sitiar á Arlon. Hizo entonces presente á S. A. el Barón de Beck, Gobernador de aquella provincia, la poca tropa que en aquel país había para resistir al ejército de Turena y la importancia suma de la ciudad, capital de Luxemburgo. En su virtud dispuso el Archiduque que Beck marchase á su provincia con dos tercios de valones, del Conde de Bruay el uno y del Maestro de campo Helem el otro, con siete regimientos alemanes del Conde de Isemburgo, del Conde de Ritberghe, de los coroneles Alemani, Requelines, Berlo, Bottelberch y D. Fernando Arias, con cuatro regimientos de caballería á cargo del Príncipe de Chimay, y cinco piezas de artillería. Con estas tropas salió Beck de Warneton, junto á Armentieres, donde estaba todo el ejército y comenzó á caminar con gran presteza el 6 de setiembre hacia Luxemburgo para defender aquella provincia.

En el camino supo que Turena, después de saquear algunas aldeas, había ido á tomar posiciones para sitiar á Arlon, habiendo atacado ya un reducto en la puerta de Bastogne, con cuya noticia forzó más y más Beck sus marchas.

Apenas tuvo Turena aviso de la proximidad de Beck, e ignorando las fuerzas que traía, levantó el sitio de Arlon y se dirigió á atacar á Montmedy, empezando por la parte baja de la población, situada al pie de una colina, sobre la cual hay una fortaleza. Por la valerosa y enérgica defensa que hizo el Gobernador de la plaza, coronel Berr, perdió el enemigo en el ataque más de 200 soldados y cinco capitanes, y para impedir todo socorro, mandó Turena hacer la línea de circunvalación, con ánimo de aguardar en aquella posición el refuerzo que le había prometido el Cardenal Mazarino.

Llegó entretanto Beck con su ejército, reforzado con gente reclutada en el país y con la principal nobleza de él, con designio de acometer al de Turena y socorrer la plaza, de que noticioso éste, se retiró de Montmedy, abandonando los puestos que en derredor de la plaza había ocupado, yéndose á acuartelar y fortificar á un sitio distante de allí una legua, en ventajosa posición, defendido por un río. En su consecuencia hizo lo mismo Beck en otro puesto ventajoso en el lugar de Vanse.

Continuaba S. A. con el resto de su ejército en Warneton, visitando diariamente con el Duque de Amalfi, el Gobernador de la plaza, y otros caballeros los trabajos de las fortificaciones de Armentieres, y hallándose en la muralla, recibió aviso del Marqués de Tresigny, Gobernador de la provincia de Artois, de que el Duque de Orleans con un nuevo cuerpo de ejército, tenía el proyecto de sitiar á Saint-Omer. Fué necesario, por tanto, que enviase allá S. A. el tercio de españoles de Bernabé de Vargas; y con objeto de asegurar su marcha dispuso distraer al enemigo en sus cuarteles. Al efecto, el Duque de Amalfi y el Príncipe de Ligne fueron á pasar el río Lys por Houplines con 2.000 caballos, dirigiéndose luego hacia Estaires y llegando tan de improviso al cuartel de los esguízaros, que los sorprendieron. Acometiéronlos sin darles tiempo de correr á sus armas, mataron muchos de ellos, to-



maron prisioneros 140, y todavía si hubiese llegado á tiempo la infantería que había quedado rezagada más de una legua, se hubieran cogido más de mil. Concluída esta diversión, volvieron Duque y Príncipe con los prisioneros á sus puestos.

Enterado Gassión de que el ejército de S. A. había quedado muy reducido con la marcha de Beck y del tercio español de Vargas, avisó á Rantzau de que juntándose los dos Mariscales podían muy bien acometer á S. A. en su cuartel y sitiar á Armentieres, sin que este por sus escasas fuerzas pudiese socorrerla. Pero ya S. A. se había oportunamente prevenido contra este intento, ordenando al Marqués de Caracena volviese con los tercios españoles y valones que había llevado á Flandes, dejando las demás tropas á cargo del Marqués Sfondrato para guarnecer las plazas marítimas.

Resuelto Gassión á llevar á cabo su proyecto, hizo pasar el Lys á algunos regimientos por el puente que había echado frente al castillo de Estaires. Súpolo S. A., y como fuese día de la Natividad de la Vírgen, 8 de setiembre, oyó primero sus dos misas, practicó sus acostumbradas devociones, y montando luego á caballo, se dirigió al sitio por donde comenzaban á pasar el rio los regimientos franceses. Llegó á donde tenía el enemigo su guardia avanzada y mandó á la caballería lorenesa, que le seguía, atacase á dichas guardias y á los regimientos que ya habían traspuesto el rio, y al Príncipe de Ligne que con alguna caballería de S. M. la sustentase y defendiese. No era, sin embargo, aquel sitio propio para maniobrar la caballería, porque todo él estaba lleno de fosos, hayas y setos y defendido por dos bandas de mosqueteros; por cuyo motivo fué imposible estorbar al enemigo el paso. Así que en aquel día y en el siguiente acabó el ejército francés de pasar á la ribera donde acampaba el nuestro, no separándolos ya ningún obstáculo. El mismo día fué Gassión hácia Bailleul para encontrar á Rantzau y asegurar su marcha, juntándose en este pueblo los dos cuerpos de ejército francés y viniendo unidos á alojarse en la aldea de Neufeglise, con designio al parecer de sitiar á Armentieres antes de que estuviesen terminadas sus fortificaciones.

Comprendiéndolo así S. A. movió su cuartel y vino á

acampar con su ejército entre Neufeglise y Armentieres, á un cuarto de legua de esta ciudad, alojándose él en ella y sabiendo allí que el Marqués de Caracena estaba ya tan próximo, que aquella misma noche contaba llegar al cuartel general con su ejército. Y en efecto, aquella tarde se adelantó á besar la mano de S. A. y marchó después á incorporar sus tropas con las demás del ejército.

Al siguiente día, 11 de setiembre, acercáronse los franceses más á Armentieres, acampando en Nipkerque, muy cerca del ejército de S. M., motivo por el cual comenzó el Archiduque á disponerle en orden de batalla. Habiendo hecho el enemigo una batería y artilládola con cuatro piezas, comenzó á cañonear el campamento de S. A., quien en el acto mandó hacer también batería, poner en ella más piezas de las que tenía el enemigo en la suya y hacer fuego sobre su campamento.

Al mismo tiempo dispuso trabar escaramuza con el ejército francés, para poder él reconocer mejor el orden y disposición del enemigo. En esta escaramuza fué muerto el Barón Inchi, lorenés, teniente coronel del regimiento de Ousse, así como también algunos soldados del mismo país que pelearon con sumo valor. De los de S. M. fué levemente herido el coronel Alemani de un mosquetazo en el pecho.

Conseguido este deseo, mandó S. A. al de Amalfi que el ejército se atrincherase para evitar cualquier sorpresa, hallándose á la vista del enemigo, y, en su consecuencia, al amanecer del día siguiente había ya cada regimiento levantado tierra delante y armado una trinchera.

Aquella noche permaneció S. A. en el campamento disponiendo primeramente con Amalfi, Caracena y Ligne el orden de batalla por si avanzase el enemigo, y durmiendo el resto de la noche en su carroza, en la vanguardia del ejército, sin querer volver á la ciudad, haciéndose traer de ella su comida y cena y comiendo en dicho vehículo.

Los dos ejércitos pasaron el día y la noche siguientes cañoneándose y escaramuzando con mosquetería, esperando los nuestros que al apuntar el nuevo día vendrían con los enemigos á las manos, que era lo que constantemente ansiaban, por más que se hallasen muy inferiores á éstos en fuerzas.

Esto no obstante, se suspendió el ataque general por entonces, á causa de haberse apoderado los franceses de un molino y su reducto, ordenando el Archiduque que se volviese á recuperar aquel puesto á costa de cualquier peligro, como así se verificó inmediatamente á vista de S. A., con singular bravura.

Llegó el 12 de setiembre, y el enemigo, en vez de dar batalla, lo que hizo fué dejar de disparar su artillería, disparando sólo nuestra batería, y continuar el fuego de mosquetería desde unas hayas, contestando los nuestros desde unas casas destruídas.

Al fin, viendo Gassión y Rantzau la dificultad de atacar á Armentieres, por haber el ejército de S. M. acampado entre ellos y la ciudad, levantado trincheras, dispuesto en ellas la artillería y estar en excelente orden de batalla, resuelto á no volver hacia atrás un solo paso, retrocedieron alguna distancia, y S. A. continuó todavía aquella noche en el campamento durmiendo en su carroza. A la noche siguiente se retiraron los franceses á favor de la oscuridad, dejando muchas mechas encendidas y algunos mosqueteros disparando, á fin de ocultar á los nuestros su retirada. Volvieron aquellos Mariscales á sus antiguos cuarteles de Estaires, y S. A. á Armentieres con gran aplauso de sus habitantes por haberles librado del sitio, debido más á su valor y pericia militar que al número de tropas que mandaba.

A este buen suceso siguió otro, si no de tanta importancia y trascendencia, de no menor reputación para las armas de S. M. Iba D. Luis Cayro, comisario general de la caballería, mandando un convoy con destino á Tournay y para asegurar otro que venía del mismo punto, y tuvo noticia de que en la aldea de Marquete había apostados 300 caballos del regimiento de Gassión para sorprender dicho convoy. Resolvió Cayro atacarlos con las escasas fuerzas que mandaba, que eran los capitanes de caballos Conde de Baroux y Conde de Hanap, los capitanes Gavelans y Ochoa, cien caballos loreneses á cargo de los capitanes Dimanche y Wale y una compañía de las tropas del Príncipe de Darmstat. Dividió á este efecto su caballería en tres grupos, sin contar los batidores que iban de

vanguardia. Encontraron á los enemigos repartidos en cuatro grupos, apercebidos y en armas, esperando á los de S. M. á pie firme.

Mandó el Comisario general á sus capitanes cargarlos, y á su voz Ochoa, que tenía á su cargo la vanguardia, los atacó de frente, mientras los capitanes loreneses lo hacían de flanco, y Cayro á la cabeza de los suyos, daba una impetuosa carga, con que completamente los rompieron, quedando todos ó muertos ó prisioneros, entre ellos el teniente coronel de Gassión, el corneta y los más de los oficiales. Volvieron, pues, D. Luis Cayro y aquellos victoriosos capitanes á incorporarse al ejército con tanta más honra cuanto que habían batido el regimiento de Gassión.

Mientras tan cumplida y satisfactoriamente se empleaba el Archiduque en el servicio de S. M., en sus Países Bajos, quiso también hacer algo en beneficio del Emperador, su hermano, y á este efecto intentó llevar á cabo una empresa contra Maguncia. Con objeto de encubrir su designio, envió á sus cercanías al coronel Garnier, comisionado para levantar por aquellas partes un regimiento de infantería alemana de doce compañías. Valiéndose de este pretexto, tuvo secreta inteligencia en la ciudad con un canónigo, que le indicó medio de apoderarse de ella y de su castillo, á cuya empresa había de concurrir el coronel Lucas.

Teniendo ya el canónigo prevenidas las escalas para subir á las murallas, y dispuestos al ataque los soldados alemanes reclutados por Garnier, ocurrió que el coronel Lucas acudió con 100 soldados menos de los que S. A. había ordenado, y que los 300 infantes y 150 caballos que salieron de la guarnición de Franquendal llegaron bastante tarde, y no pudiendo por estos motivos ejecutarse aquel proyecto, marchó el coronel Garnier con el Barón de Frangipane y el coronel Beninchaussen y sus respectivas tropas hacia Worms, donde se apoderaron, por orden de S. A., de las barcas y del fuerte para tener libre el paso del Rhin, consiguiéndose con esto atraer á Turena al socorro de esta ciudad y apartarle del intento que tenía en el Luxemburgo.

## CAPÍTULO VII.

Prosiguen acuartelados los dos ejércitos uno frente á otro.—Marcha el francés de improviso sobre Ipres.—Dispónese el Archiduque á seguirle.—Incertidumbre del enemigo por la vigilancia de S. A.—Retírase Rantzau á su Gobierno de Dunkerque.—Sitia Gassion á Lens.—Ataca el Duque de Amalfi un puesto del enemigo y se apodera de él.—Introduce entretanto el Archiduque socorro en la plaza.—Queda Bucquoy encargado de la defensa de las ciudades inmediatas con una parte del ejército.—S. A. se dirige hacia Dixmunda.—Apodéranse Sfondrato y Caracena de ventajosas posiciones alrededor de esta plaza.—Llegada á ella de S. A. con todo el ejército.—Comienzan las operaciones de sitio.—Interceptan los nuestros varias cartas.—Trata el coronel Marqués de Vasse de entrar en la plaza disfrazado.—Es hecho prisionero.—Hacen los sitiados una vigorosa salida.—Son rechazados.—Ataque de los sitiadores para adelantar las aprochas.—Gloriosa defensa de Lens por Bascourt y Molfi.—Ríndese la plaza por falta de municiones.—Enormes pérdidas de los sitiadores.—Muerte de Gassión.

Continuaba entretanto el ejército francés acuartelado junto á Estaires, defendiendo la Bassée y Bethune, y permanecía el Archiduque con el ejército de S. M. acampado junto á Armentieres, cubriendo esta ciudad mientras se acababa de fortificar, sin dejar por eso todos los soldados, especialmente los croatas y lorenenses, de traer de continuo prisioneros y mucho botín. Así prosiguieron unos y otros, hasta que el 19 de setiembre salió de Estaires el enemigo y marchó de improviso hácia Ipres.

Tan pronto como tuvo S. A. noticia de este movimiento del enemigo, mandó tocar botasilla á las tres de la mañana, y á las cinco de la misma dispuso, con el Duque de Amalfi, que el ejército estuviese pronto á marchar en la dirección que el francés llevaba. Comió en el campamento y en él continuó hasta la noche, y el ejército en orden de batalla ó para marchar ó para esperar al enemigo, ó para oponerse, en fin, á cualquier intento que pudiese tener. Pero Gassión y Rantzau,

apercibiéndose de la pronta resolución de S. A. y del orden en que mantenía el ejército, ordenaron que el suyo hiciese alto en Messines durante todo aquel día para deliberar lo que habían de hacer.

Al día siguiente prosiguieron su marcha á Ipres, y teniendo ya el Archiduque noticias ciertas de que iban á sitiar esta ciudad, dió orden á las diez de la noche de que á las tres de la siguiente madrugada tocasen las trompetas botasilla y de que á las cuatro le tuviesen aparejado su caballo de guerra y sus armas fuertes, con ánimo de seguir al enemigo, pelear con él y estorbarle tomar posiciones. Mas á la media noche avisó el Duque de Amalfi á S. A. que el enemigo, observando que el ejército de S. M. estaba ya dispuesto á marchar, había hecho alto y se disponía á volver á sus antiguos cuarteles entre Bailleul y Estaires, habiendo echado otro puente sobre el Lys para comunicarse con la Basseé y Bethune.

De nuevo al otro día, 22 de setiembre, se separaron los dos Mariscales franceses, yéndose Rantzau hacia su puesto de Dunkerque y volviendo Gassión hacia la Basseé simulando querer sitiar á Lens ó á Douay.

Dió, por tanto, orden S. A. de sacar de cada tercio y regimiento una compañía, enviándolas á reforzar las guarniciones de aquellas plazas, y como al otro día tuviese noticia de que Gassión se había resueltamente dirigido á Lens y tomado posición para sitiarla, caminó en derechura hacia el enemigo. Llegó de noche á Sechin, después de una marcha de cuatro leguas, donde supo que Gassión había puesto cuatro regimientos de infantería y mucha caballería en defensa del puente Avendin á fin de estorbar su paso al ejército de S. M.

Con algunos regimientos de españoles, italianos y loreneses, así de infantería como de caballería, con dos regimientos de las tropas del Príncipe de Darmstat y con el del Conde de Bucquoy partió el Duque de Amalfi á atacar aquel puesto. Hízolo, en verdad, con tal habilidad y denuedo, que pronto ganó el fuerte y rechazó á los franceses una legua más allá de él con pérdida de muchos soldados y nobleza. Corrió en este ataque inminente riesgo la vida del mariscal Villequiere, que mandaba aquel puesto, viéndose obligado á apearse del caba-

llo y escapar por el marrazo. De los nuestros el Conde de Gorinch, coronel general de los ingleses, recibió un mosque-tazo en el pecho á presencia del Duque de Amalfi.

A favor de este combate, consiguió el Archiduque lo que se había propuesto, que era introducir socorro en la plaza, confiado como estaba, en cuanto á lo demás, en el experimentado valor é inteligencia del Gobernador Bascourt y en la asistencia del coronel Molfi, que con su tercio de irlandeses, había entrado en la plaza, pudiéndose por tanto defender ésta muchos días. Así, pues, mientras el enemigo se detenía en el sitio de Lens, acordó S. A. ir á sitiar otra ciudad de más importancia, resolviéndose por la de Dixmunda, cuya posesión interesaba sobremanera.

Mas pareciendo que faltaría tiempo para una empresa de la calidad de ésta, y que el enemigo tardaría poco en apoderarse de una plaza en cuya expugnación había empleado S. A. tan sólo veinticuatro horas, se propuso dejar un cuerpo de caballería é infantería que guarneciese las plazas inmediatas á que podría dirigirse el enemigo, una vez rendida la de Lens, prosiguiendo S. A., en tanto, el sitio de Dixmunda.

Quedó, pues, el Conde de Bucquoy encargado de la defensa de las plazas y poblaciones que con más probabilidad pudieran atacar el enemigo, tales como Douay, Bouchain, Cambray, Quesnoy, Lille y Armentieres, acuartelándose con su regimiento, el de los Croatos, parte de la caballería lorenesa, algunos regimientos de infantería y la necesaria artillería junto á Douay, que era la plaza más próxima á Lens, asegurando así las demás ciudades inmediatas, é impidiendo á Gassión ir á socorrer á Dixmunda si llegaba á tomar aquella plaza.

Esta separación se hizo en Sechin, desde donde el Archiduque se dirigió á Dixmunda, y el Conde de Bucquoy á Douay. Situóse éste al lado del fuerte Caspen, sin cuya posesión no podía el enemigo sitiar la ciudad.

Aseguradas las plazas de la frontera francesa, caminó S. A. con tanta diligencia hacia Dixmunda, que el mismo día llegó á Lille, y al siguiente á Ipres. Desde aquí envió orden al Marqués Sfondrato, General de la artillería, de ir á tomar posiciones en Dixmunda, á la parte de Bruges, y al Marqués de

Caracena de ir á tomar las de la parte de Ipres. En virtud de estas órdenes, salió Sfondrato de Plasgendale, y el 28 de setiembre llegó á Newporte; de aquí partió el 29, con tanto sigilo, que dió vista á los diques de Dixmunda sin que el enemigo se apercibiese de su marcha. Ocupó en seguida las avenidas que miran á Furnas, y aprovechándose de la oscuridad de la noche, se acercó á la ciudad, apoderándose entre doce y una de la media luna que había junto al puente, con escasas pérdidas de gente.

Igualmente el Marqués de Caracena llegó con sus tropas el 1.º de octubre al otro lado de la ciudad; tomó posiciones y las mantuvo. El último día de setiembre llegó también S. A. con el grueso del ejército, tomando su cuartel en Essem. Allí acudieron los Marqueses de Caracena y Sfondrato á dar cuenta á S. A. de los puestos que habían ocupado, que eran los mismos por él designados, y recibieron orden de formalizar, desde luego, el sitio, y combatir con resolución y energía apesar de saberse que había dentro de la plaza más de 3.000 hombres de guarnición.

Seguidamente, en el mismo día 1.º reconoció el Archiduque la situación de la ciudad, ordenó los cuarteles de circunvalación, dispuso las baterías, apostó caballería en los sitios por donde podía entrar socorro y mandó que se empezasen á hacer las aprochas y ataques. Hecho todo esto, volvió á su cuartel de Essem con los caballeros de su corte.

Interceptóse en dicho día una carta dirigida á los sitiados, en la que se manifestaba el asombro que entre los franceses había producido el sitio que nuestro ejército, siendo tan reducido, había puesto á una plaza como aquella, tan bien defendida y aprovisionada, por cuyos motivos tenían por seguro que el Archiduque no saldría con honra de aquella empresa. No era, sin embargo, el verdadero objeto de esta carta otro que animar á los sitiados, por lo mucho que importaba á los enemigos mantener esta ciudad, si querían conservar lo que aún poseían en Flandes.

El Marqués de Vasse, coronel del regimiento del Piamonte, de guarnición en la plaza sitiada, había salido de ella pocos días antes con Rantzau, y al saber que los nuestros la habían



cercado, determinóse á entrar en ella á riesgo de morir ó ser hecho prisionero. Para conseguirlo con el menor peligro posible, se disfrazó de aldeano, ciñéndose sólo una espada para no ser tomado por espía. En esta disposición, favorecido por la oscuridad de la noche, acompañado de un gentilhombre suyo disfrazado del mismo modo y dirigido por unos guías que á fuerza de doblas había sobornado, llegó el 2 de octubre hasta la contraescarpa de la media luna ocupada por el Marqués Sfondrato, donde creyendo hallar soldados suyos é ignorando que aquel puesto estaba en poder de los de S. M., les hizo señal. Conocieron desde luego los soldados de guardia lo que era, y fingiéndose franceses y esguízaros, le dieron seguridad para subir á la muralla. Bien pronto después de haberla escalado, comprendió su error, hallando ser italianos y españoles, á los cuales se rindió, declarando ser capitán del regimiento de Bocquet, su gentilhombre y teniente. Avisó la guardia á Sfondrato, y éste le consignó al maestre de campo don Jusepe Guasco, encomendándole le atendiese y cuidase porque estaba medio muerto de frío. No le fué posible, sin embargo, mantener por mucho tiempo oculto su verdadero nombre, porque contradiciéndose continuamente á las preguntas que se le hicieron, el Marqués Sfondrato le llamó y le dijo que le diese su nombre y calidad por escrito, confesando entonces ser el Marqués de Vasse, coronel del regimiento del Piamonte, que había venido para mandar la plaza, por si en el curso de la defensa muriese el Gobernador.

Asimismo se interceptaron el 4 de octubre varias cartas de Rantzau, en las que avisaba y prometía al Gobernador Barón de Chaleu ir á socorrerle, preguntándole si había logrado entrar en la plaza el Marqués de Vasse, y que en caso afirmativo hiciese fuegos en la torre.

Mientras se acababan las líneas y los Marqueses de Caracena y Sfondrato adelantaban sus aproches y trincheras, hicieron los sitiados en 6 de octubre una salida de estratagema, enviando veinticinco hombres á pelear con los lorenenses, para producir por aquel lado la consiguiente alarma, mientras 500 soldados escogidos de caballería é infantería atacaban la media luna ocupada por Sfondrato. Con tal prontitud y rapidez

desempeñaron éstos su cometido, que apenas los centinelas tuvieron tiempo de dar la alarma en su cuartel. Montó súbitamente el Marqués á caballo, seguido de los capitanes de caballos, Marqués de Lestine y Antonio Leva y del coronel Laverna con su regimiento de lorenenses, y se fué hacia dicha media luna; y no obstante que ya la habian ocupado los enemigos, y apoderándose de dos medios cañones que se disponían á clavar, echando aquel bravo General de artillería pie á tierra y mano á la espada, acometió á los franceses con tal valor, que con la misma presteza que habían ganado el puesto, fueron de él rechazados. Portáronse con suma bizarría todos los oficiales y soldados que seguían al Marqués Sfondrato, y singularmente el teniente Beringel, que mandaba la compañía de guardia, cargando á la caballería francesa que se adelantaba ya por el dique, conteniéndola y dando tiempo á que llegase nuestra infantería, en cuya refriega recibió aquel valiente oficial un mosquetazo que le atravesó el pecho, de cuyas resultas falleció poco después.

Hizo tirar dicho Marqués algunos cañonazos á los que huían, y nuestros soldados los persiguieron tan de cerca, que muchos se cayeron del puente allí prevenido para la comunicación de los cuarteles y comodidad de los víveres, y se ahogaron.

Dióse el 7 de octubre un ataque á tres de los costados de la ciudad, para que, acudiendo á la defensa de ellos los sitiados, pudiesen nuestros soldados adelantar sus aprochas; y salió tan bién esta estratagema, que los españoles llegaron hasta la contraescarpa de la gran media luna. Mas como su bravura les había llevado más allá del término señalado, y no tuvieron tiempo de fortificarse, volvieron reforzados los enemigos y les obligaron á retirarse á una especie de plaza de armas que por fortuna tenían aparejada, donde se pusieron á cubierto, no sin pérdida de algunos oficiales y soldados. Un mismo cañonazo mató el caballo del Marqués de Caracena, que allí se hallaba animando á los suyos, llevó una pierna á uno de sus pajes y al Vizconde de San Miguel, Lorenzo de Franca, le hirió en un pie.

Con ánimo verdaderamente heroico y con desesperado es-

fuerzo, manteníanse entretanto los sitiados de Lens contra el ejército de Gassión. Comenzado el sitio en 21 de setiembre, acabadas las aprochas, ganadas tres medias lunas, voladas cuatro minas, abierta en la muralla ancha brecha para subir por ella cuatro carrozas de frente; después de once días de sitio y diez de ataque, rindiéronse los sitiados en 3 de octubre por haberseles acabado las municiones de guerra, que no el valor ni el ansia de pelear. Costó á los franceses aquella desastrosa victoria más pérdidas de consideración que una completa derrota, quedando ellos cubiertos de luto y lágrimas, y los nuestros de gloria y de aplausos. Allí murió en uno de los ataques el afamado Mariscal de Francia Gassión, uno de los caudillos militares más reputados y justamente célebres de su tiempo, cuya sola pérdida, en sentir de un moderno historiador de Francia, importaba más á su nación que todo Lens. Allí murieron también el Marqués de la Favillade, Mariscal de Campo, el Vidame de Amiens, hijo del Duque de Chaulnes, el Marqués de Marignan, el Conde de Cheve, el Marqués de Perne, el Conde de Belpere, ocho capitanes del regimiento de la guardia, muchos individuos de la nobleza y más de 2.000 soldados.

Honra grande y general alcanzaron en este sitio el Gobernador de Lens, teniente coronel Bascourt, el coronel Molfi y todos los capitanes y soldados que con sus acertadas disposiciones, con su bizarría y animoso espíritu los primeros, y con su disciplina, bravura y valor los segundos, dilataron considerablemente el sitio, y dieron así tiempo á que el Archiduque ganase la ciudad de Dixmunda, de mucha más importancia que la de Lens.

Salieron de ésta sus ilustres defensores, los oficiales con caballos y armas, y los soldados, así de infantería como de caballería sin ellas, siendo convoyados por el camino de la frontera de Francia hacia el país de Luxemburgo, no permitiéndoles caminar más de tres leguas al día, á fin de que no pudiesen tomar parte en el resto de la campaña.

A. RODRÍGUEZ VILLA.

*(Se continuará.)*



# DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

*Continuación* (1).

SETIEMBRE DE 1860.

1. Telegrafío á S. E. el Conde de Cavour, para preguntarle si puedo retener la *Dora* por algún tiempo más, á causa de los fusiles que aún le quedaban á bordo, y que haría pasar al transporte el *Delfin*, apenas se desembarcaran los víveres que éste había traído para la división.

S. E. me contesta con el telegrama que sigue:

«Retenga la *Dora* hasta la llegada de Astengo, que le lleva instrucciones de la mayor importancia; me responderá por telégrafo cómo se pueda conciliar la nueva misión que se le confiará con lo que debe cumplir en Nápoles.

El plan que me señala en su carta del 29 último no puede estar mejor concebido. Constituído que sea un Gobierno provisional, pensaremos lo que haya de hacerse.—C. CAVOUR.»

Le comunico al General Nunziante la parte del telegrama

---

(1) Véase la pág. 196 de este tomo.

del Conde de Cavour recibido el día 30 último, que dice no deben ponerse obstáculos á la llegada del General Garibaldi.

Corriendo voces en tierra de que este Gobierno quiere ceder la flota al Austria, telegrafío á S. E. el Conde de Cavour:

«Corren voces de que el Gobierno napolitano, de acuerdo con el Austria, piensa enviar la flota á cruzar las aguas con el intento de hacerla pasar á esta potencia, aparentando un movimiento espontáneo de la marina. Sin embargo, hasta ahora ningún buque de guerra ha dejado el puerto, y los mismos oficiales partidarios del Rey se niegan á adherirse á ese movimiento antinacional. Esto no obstante, me aseguran que todavía se acaricia la idea, sin desesperar de que pueda ejecutarse. Si el movimiento insurreccional, que me vuelven á prometer, se verifica, la flota vendrá á nuestro poder, esté vuecencia seguro.—Entretanto, el Marqués de Villamarina, el comité y todos, trabajamos para que fracase tal intento, en el caso de que se quiera efectuarle.»

El Almirante Mundy ha recibido noticia de que el *Orwell* había sido arrestado en Messina por la nave *Scylla* de su escuadra, estacionada allí, al arribar el día 29 próximo pasado. Su tripulación consistía en 85 individuos de diferentes naciones, italianos, ingleses, franceses, americanos, suizos y tudescos, entrados al servicio del General Garibaldi en calidad de marineros; y estaban mandados por los Sres. Pillolti y Setembrini.

2. S. E. el Conde de Cavour me dice por telégrafo:

«Impida á cualquiera costa que la flota napolitana pase á Austria. Si tal sucediere, vendría á ser imposible la gloriosa expedición que se le va á confiar.—C. CAVOUR.»

Respondo:

«Si la revolución no se verifica y la flota napolitana hace verdaderos preparativos de marcha, el medio más seguro sería trasladarme con la división al canal de Malta y apoderarme de ella sin más ni más á su paso; pero ¡adiós entonces las apariencias de neutralidad! De todos modos, he mandado desde ayer que el *Víctor Manuel* se una á mí. Entretanto se procura ganar maquinistas y oficiales subalternos. La oficialidad la tenemos casi toda, siendo poquísimas las excepciones, y éstas opuestas á pasar al Austria; sin embargo, alguno podría tal vez acceder á ello y conducir allá la flota. Pero viva V. E. tran-

quilo, que tengo los ojos muy puestos en ello, y la flota será nuestra: *se lo prometo.*

Si pudiéramos hacer estallar el movimiento, que le obligara al Rey á irse lejos, todo habría concluído; pero desconfío mucho de ello.

El *Authión* aún no está á la vista.»

Han llegado algunas tropas napolitanas, parte en un barco mercante francés, fletado por este Gobierno, y parte en una fragata de vapor, propiedad del mismo.

3. Ha llegado el Sr. Astengo, portador de una carta autógrafa de S. E. el Conde de Cavour. Es de la mayor importancia; júzguese de ella:

«31 de agosto de 1860.

Sr. Almirante:

Su telegrama del 30 por la tarde me persuadió de que ha comprendido perfectamente las instrucciones que le trasmití por la mañana.

Debe continuar obrando para promover un movimiento ó pronunciamiento en Nápoles; pero debe desecharse la idea de obrar sin el concurso del General Garibaldi. No estando ya el ejército en condiciones para oponérsele en el camino de Nápoles, no podemos, no debemos disputársele nosotros. Lo que habría sido oportunísimo quince días há, hoy sería fatal error.

El Gobierno admite, por tanto, como dato indudable la llegada del General á Nápoles. Solamente que confía en que los hombres honrados, apoyados por vos y por el Marqués de Villamarina, llegaran á persuadirle que no repita los errores cometidos en Sicilia, y que llamará al poder hombres de bien, adictos á la causa del orden, de la libertad y de la unificación.

Esto no quita que, á ser posible, se apodere de los fuertes y recoja bajo su mando la flota entera.

Esto es tanto más oportuno, cuanto que ahora se trata de una empresa marítima tan importante como difícil.

Para impedir que la revolución se extienda por nuestro Reino, no hay ahora más que un solo medio: hacernos dueños sin tardanza de la Umbría y las Marcas. El Gobierno ha decidido intentar esta empresa atrevida, sean cualesquiera las consecuencias.

A este fin, he aquí lo determinado. Estallará en aquellas provincias un movimiento insurreccional del día 8 al 12 de

setiembre. Reprimido ó no reprimido, nosotros intervendremos. El General Cialdini entrará en las Marcas y se pondrá rápidamente delante de Ancona; pero no puede esperar hacerse dueño de aquella ciudad, si no es secundado enérgicamente por nuestra escuadra.

Debe, pues, darme á conocer sin tardanza lo que reputa necesario para el éxito seguro de la empresa.

Estoy pronto á poner en su mano todos los medios de que dispongo como Ministro de la Marina. He fletado los dos vapores restantes de la trasatlántica, así como estoy para fletar algunos bastimentos de vela cargados de carbón (1).

He dado las órdenes para que se le envíen los cañones rayados, á fin de completar el armamento de sus buques.

Sin embargo, es preciso dejar en Nápoles un buque de guerra al menos y tener otro disponible para Sicilia.

Y por tanto, es indispensable que lleve consigo á lo menos un par de buques napolitanos. El concurso de la marina napolitana sería de un efecto moral inmenso y ayudaría á la anexión más que un pronunciamiento.

Me parece que podrá dejar en Messina los buques allí estacionados y los llevará consigo al pasar. No tengo más que dos cañoneras disponibles, las toscanas. Valen poco, pero peor es nada. Mattei me promete otras dos para el 15, pero no estoy seguro de tenerlas.

Escríbame extensamente, enumerando cnanto juzgue necesario para la empresa, y el modo con que á su juicio debe llevarse á cabo, el tiempo que se requiere para los preparativos

---

(1) Quiero hacer notar aquí que el carbón reclamado nunca le llegó á la división, por más que yo procurase demostrar con viveza, como se verá después, la necesidad absoluta que había de él, apoyándome en el grave daño que en caso de guerra con el Austria podría resultarle á la santa causa que se defendía, y por más que insistiera, por tanto, ora en cartas, ora en repetidos telegramas, reclamando que se me enviara de la manera más expedita y sin dilación alguna. No es creible que el Conde de Cavour, quien con tal empeño perseguía el éxito de la atrevida empresa, no diera las órdenes oportunas para el pronto envío de aquel combustible. De todos modos, bien fuese que quien debía verificar el envío comprendiera la importancia del asunto, ó bien fuera por causa de aquella estúpida economía que induce á las almas pequeñas á perder una *casa*, por salvar una *teja*, ó bien fuera, por último (lo cual es también posible), por incentivo de mala voluntad hacia el comandante de las fuerzas navales del Adriático, el hecho es que el carbón no llegó jamás; lo cual calcúlese de cuánto daño podía servir al logro de la grande obra de nuestro personal rescate.

y los días que hay que emplear para trasladarse de Nápoles á Ancona.

Le enviaré el *Anthión* cuanto antes.

Acúseme el recibo por telégrafo.

A nadie diga una palabra de esto, ni aun á Villamarina.—  
C. CAVOUR.»

En compañía del Sr. Astengo ha venido un señor, amigo del General Garibaldi, que desea poder unirse á él; y habiéndome enviado á decir el Conde de Cavour por medio de Astengo que le facilite los medios para ello, le doy la *Dora* para que le conduzca á la playa de Salerno.

Recibo el telegrama siguiente de S. E. el Conde de Cavour:

«Parte el *Anthión* esta tarde con instrucciones para vos y para Villamarina.—¿Ha llegado Astengo?—Responda por telégrafo.—C. CAVOUR.»

Respondo al instante:

«Recibida la carta de V. E. de 31 de agosto último.—*Dora* partirá mañana con mi respuesta circunstanciada respecto de todo cuanto V. E. me pregunta. Ancona será tomada por la flota, ó iremos á fondo. Si me concede tiradores (bersaglieri); podremos también desembarcar. Dejaré la *Constitución* aquí, y el *Monzambano* en Messina. Si el Rey no deja á Nápoles, es en vano esperar que podamos tener buques napolitanos. La Sicilia nada tiene que valga en materia de naves. Obraremos con lo nuestro. Para el trayecto desde aquí hasta Ancona con la división reunida, debe V. E. calcular que no serán menester menos de siete días completos. Le he dado la *Dora* á aquel señor que ha venido en compañía de Astengo, para conducirlo al lado del General Garibaldi.»

El General Nunziante me envía la esquela que á continuación transcribo:

«NÁPOLES 3 de setiembre de 1860.

Apreciable Sr. Conde: Bien pesado el último telegrama del Conde de Cavour, que me comunicó, creo que no puedo ya obrar sin tener nuevas y precisas instrucciones del Conde de Cavour mismo, atendidos los términos estrictos de mi mandato, confiado por.....—Y sin embargo, le ruego que reclame en mi nombre tales instrucciones, porque sin tener mi persona ningún carácter, ni aun por mi propio decoro puedo permane-



cer aquí al arbitrio y dependencia del general Garibaldi cuando éste llegue.

Sabe que es siempre su devoto.—DE MIGNANO.»

Telegrafío sin más á S. E. el Conde de Cavour el contenido de esta esquela; y le respondo al General que he puesto en conocimiento del Conde cuanto me ha manifestado según su deseo, rogándole, sin embargo, que tenga á bien proseguir su obra, la cual servirá siempre para allanarle el camino al General Garibaldi y evitar la resistencia por parte de las tropas reales.

El *Orwell* ha anclado en esta rada con bandera inglesa, con lo cual el Almirante que manda las fuerzas navales de S. M. Británica en estas aguas, ha enviado á tomar posesión del buque y ha hecho arrestar á los Sres. Pilotti y Settembrini, á quienes estaba confiado su mando.—Después me dice el Almirante que de mala gana y sólo por deferencia á su capitán de bandera, consintió en recibir á Pilotti y á Settembrini, los cuales pedían con instancia el hablarle; que Pilotti se puso á protestar con modos altivos é inconvenientes contra su arresto, mientras que Settembrini guardó la actitud de todo un caballero. Del conjunto de las palabras del Almirante he inferido, si bien él no me lo ha dado á entender, que realmente hubo inteligencia entre Pilotti y Settembrini por un lado, y el capitán y propietarios del *Orwell* por otro.

Se une á mí el *Víctor Manuel*, y según la señal que recibe, da fondo en la rada.

4. Respondo á la carta há poco recibida de S. E. el Conde de Cavour de esta suerte:

«Excelencia: Antes de entrar en los particulares que forman el objeto de su carta de 31 de agosto último, traída por el Sr. Astengo, á los cuales me invita V. E. á responder, me permito manifestarle mi vivo reconocimiento por la confianza que vuelve á poner en mí.—No puedo corresponder á ella sino con mi buena voluntad é ilimitada devoción á la causa, al Rey y á V. E.; y ni la una ni la otra han de faltarme jamás, esté seguro de ello.

Vamos ahora al objeto.

Le allanaremos el camino al General Garibaldi, yendo de acuerdo con él en todo.

Pienso que Francisco II se irá, cuando se vea obligado á ello, por la triunfal aproximación del General; pero no antes.

El pronunciamiento en pro de la unidad de Italia no se hará sino cuando él llegue, y preveo que ha de ser imponente por el vivaz sentimiento de estas poblaciones.

Yo, interpretando las órdenes de V. E., estaré pronto á sostener al ilustre General de todas suertes. Si triunfa sin la intervención de nuestras fuerzas, tanto mejor; cuando no, entraremos nosotros también en acción y triunfaremos. Si tal sucede, V. E. podrá siempre desembarazarse de las reclamaciones de la diplomacia, acusándome á mí francamente. La reputación de cabeza ligera y de oficial indisciplinado, que tengo, y permítame decirlo, bien injustamente, jamás vendrá más á propósito.

La flota napolitana será nuestra. Los Estados mayores están resueltos á ello, y tampoco encontraremos oposición de parte del General Garibaldi, porque me quiere bien y sabe cuán de corazón le he sostenido en Sicilia. Es cierto que tales eran mis instrucciones, pero háy modos y modos de obrar, y el General sabe muy bien que no he vacilado nunca, ni nunca me he detenido en dudas. Por lo cual, también por este lado estamos seguros.

El apoderarse de los fuertes, es negocio harto más difícil, como V. E. comprenderá bien. Lo primero que hace falta es que las tropas de su guarnición consientan en dejarlos, y hasta ahora no hay la menor apariencia de ello. Pero viva V. E. tranquilo, que acecharé la ocasión, para no desperdiciarla, en cuanto se presente: si ella viene, no se me escapará.

Lo que más urge adquirir por ahora es la flota, y ésta será nuestra *á toda costa*.

Para la empresa de Ancona, vea V. E. de proveer á la división del mayor número posible de cañones rayados, y de que se completen los equipajes para el armamento de las naves en pie de guerra, sin que nos falte el carbón. Lo demás nos toca á nosotros, y veremos de hacernos dignos del Rey, del país y de nuestro ilustre Ministro. Con el General Cialdini no se puede menos de triunfar; se va adelante á paso de carga.—Para unirnos á él con la división junta, no serán menester menos de siete días desde nuestra salida de aquí, dado que el cálculo ha de hacerse siempre contando con el buque menos veloz.

No tema imprudencia por mi lado; que si estas pueden tal vez excusarse en un comandante de buque, de cierto no se pueden excusar jamás en el jefe de una flota, mucho menos cuando tiene en su mano los destinos del país. Sé que

no tenemos reserva ni puertos en el Adriático en que reparar las averías graves, probables cuando se atacan fortalezas. Conozco también por completo la necesidad que tenemos de salvar algo al menos para la eventualidad de una declaración de guerra de parte del Austria, por lo cual sabré contenerme: cualquiera buque trataré de salvarle siempre, ó cuando menos, no lo arriesgaré por hacer méritos míos individualmente. Mayor sacrificio que este no puedo hacer por la patria; y le prometo, Excelencia, hacerlo. Pueden, sin embargo, sobrevenir circunstancias que no permitan detenerse, y en que se deba exponerlo todo al fuego del enemigo: entonces no me detendré, y V. E. sabrá disculparme.

En Nápoles, según se lo he teleografiado, dejaré la *Constitución*; en Sicilia, el *Monzambano*; y llevaré conmigo el mayor número de buques napolitanos que pueda, secundando así los deseos de V. E.

El ataque de Ancona le haré de acuerdo con el General Cialdini. Estudiaremos los puntos débiles; y éstos serán nuestro blanco.

Esté seguro del secreto por mi parte.

El General Garibaldi no encuentra ya resistencia de ninguna clase.

Con profundo respeto, Excelencia,—C. DE PERSANO.»

Ha regresado la *Dora*, trayendo de nuevo á su bordo al señor que, según mis órdenes, había conducido á Salerno, para verse allí con su amigo el General Garibaldi.

Ordeno á la *Dora* que esté pronta para hacer rumbo á Génova, á donde la llama el Ministro de la Marina.

Mando á casa de nuestro Ministro á recoger sus despachos, agrego á ellos mi carta para el Conde, y zarpa la *Dora* para su destino.

Me informan en este momento de que, habiéndose dado orden de partida á la flota napolitana, los Estados Mayores se han negado; que el Rey entonces se había trasladado al puerto, y que los equipajes le han saludado con vivas repetidos; que á causa de esto habían salido cuatro vapores de ruedas con la fragata la *Barbona*, de hélice, y la *Parténope*, de velas; contratiempo que me preocupa no poco.

Telegrafíó cuanto ha sucedido á S. E. el Conde de Cavour, añadiendo que si iban á cruzar las aguas solamente y él no lo juzgaba inoportuno, podría yo intimarles la entrega al salir de

camino para Ancona. Desciendo inmediatamente á tierra, y procuro impedir que dichos buques se vayan, y otros salgan del puerto. Para ello, todos andamos en movimiento; y calcúlese con qué actividad.

Autorizo la emisión de veinte mil ducados sobre el banquero de Gas.

Se espera conseguir que parte ó toda la flota napolitana pida nuestra protección, enarbolando la bandera italiana con el escudo de Saboya. Telegrafío, por tanto, á S. E. el Conde de Cavour:

«En caso de que la flota napolitana, ó parte de ella, enarbolase nuestra bandera, poniéndose bajo nuestra protección contra los que se opusieren á ello, ¿puedo asumir el mando de la misma y obrar en consecuencia? Ruego que me conteste inmediatamente.»

Entretanto, como el pronunciamiento de adhesión á nuestra bandera pudiera declararse de un momento á otro, aun antes de llegar la respuesta á mi pregunta, resuelvo tomar sobre mí la grave responsabilidad de aceptarla sin contemplaciones, y sostenerla de hecho, si fuere menester, suceda lo que suceda: que una vez puesto en danza, conviene saberse mantener; y de otra parte no haría con esto sino seguir la política que me tiene indicada el Conde de Cavour. Falta conducir los hechos de manera que produzcan las previstas consecuencias; mas para esto siempre estaré á tiempo de recibir sus instrucciones para gobierno mío.

Gran trabajo ha sido el de hoy, y prosigue y proseguirá hasta que el Rey abandone la capital.

Entretanto, el comité del *Orden* ha resuelto enviarle una diputación al General Garibaldi, invitándole á trasladarse á la ciudad, y á este propósito me escribe el General Nunziante:

«POSILIPPO 4 de setiembre de 1860.

Apreciable Sr. Conde:

Si no le parece mal, creo que, independientemente de aquellos á quienes el comité envía al General Garibaldi, debe partir sin pérdida de tiempo con mis instrucciones y una carta suya, al abrigo *de la mayor reserva*, el mayor Carrano para el campo del General, á fin de ilustrarle acerca de la posición

militar, de las cosas corrientes, de nuestros esfuerzos para tener intacto el ejército, y de la necesidad que para ello habría de que él se organizara en las provincias, prosiguiendo nosotros aquí nuestra obra.

Semejante acuerdo es indispensable, y Carrano sería de mi mayor agrado, porque ha sido en otra ocasión jefe del Estado Mayor del General Garibaldi, que le tiene afición. En el caso de que tenga tanta bondad, le ruego también que me haga conocer, en cambio, su parecer sobre el asunto.

Ayala me *informaba* que habrá gran disidencia en la guardia nacional, procedente del choque de los dos comités, que han menester sus buenos oficios para ponerse de acuerdo, ahora que se debe caminar de concierto con Garibaldi: de otro modo, los trabajos nuestros podrían comprometer la causa nacional y hacerle un servicio á Mazzini.

Para esta noche á las ocho me encontraré en mi acostumbrado alojamiento de Chiaja, á fin de conferenciar con Ayala, Carrano, Ranieri y D'Afflitto, á los cuales le ruego se sirva avisarles.—Ranieri se encuentra en *Sangorio, Villa Fovino*.

Desearía saber qué se ha hecho acerca del capitán Fiore y de la restitución de mi carta, que el General Ribotti debía hacer recoger de manos del jefe de Estado Mayor de la plaza, en cuyas manos fué imprudentemente dejada.

Es necesario que el comité no cometa indiscreciones. Al poner los carteles debía prevenir á la guardia nacional, y no permitir que los paisanos se lanzasen contra individuos de tropa. Tales actos pueden llevar á graves inconveniencias y convertir al cabo en hostilidad aquel acuerdo, que tratamos de promover con tantos sacrificios. Adviértaselo por caridad al comité, para que les imponga á los paisanos el mostrarse siempre corteses y benévolos con los soldados.

Le envió dos notas de pagos hechos por los Sres. Ciambuini y C. Grazia, á fin de que les sean reembolsados.

Sabe que soy con especial estimación su dev. ob. servidor,  
—D. DE MIGNANO.»

Le respondo, que está bien su pensamiento respecto del mayor Carrano, que le advierto al comité que les recomiende á los ciudadanos, no solamente el no armar pependencias con la tropa, sino antes bien el procurar atraérsela; que el Marqués D'Afflitto podría informarle sobre las baterías móviles y sobre los demás cuerpos distintos de los cazadores y aun sobre el capitán Fiore, dándole cuenta al mismo tiempo de la carta de que me habla, y finalmente, que he ordenado al

momento que se le envíe la suma para satisfacer los gastos ocurridos, que se especifican en las notas que me había enviado.

5. Espero con ansiedad la respuesta de S. E. el Conde de Cavour á mi telegrama de ayer, sobre el probable pronunciamiento de la flota napolitana en pro de la adhesión á nuestra bandera; por más que yo haya resuelto aceptarle por mi parte, si ocurre antes de recibir sus instrucciones al intento.

Hay noticias de que las tropas reales napolitanas se han retirado de Salerno y que el General Garibaldi se encuentra en Éboli á la cabeza de cerca de veinte mil combatientes (cuatro mil de las provincias septentrionales de Italia, y diez y seis mil entre calabreses y sicilianos). No es ya posible que el Rey permanezca en la capital. Habiendo dejado de ponerse á la cabeza de sus tropas, para hacer frente á la invasión y al movimiento insurreccional; no habiendo tenido bastante elevación de ánimo para sacrificarse por el engrandecimiento de Italia, su patria; no le queda más recurso que refugiarse en Cápua ó en Gaeta. Y, ó mucho me engaño, ó muy pronto tendrá que adoptar esta resolución.

Mas entretanto, por si dispone que la flota le siga, y para darles un motivo práctico á los oficiales que la capitanean (los cuales en su mayor parte quieren la anexión á nuestra bandera y la unificación de Italia), un motivo práctico, digo, para declarar á las tripulaciones que nos opondríamos á su partida, hasta con la fuerza en caso necesario, hago de modo que una grande áncora de las nuestras, que se envía á tierra para cambiarle el tronco, se deje ir á fondo como por caso fortuito delante de la entrada del puerto de guerra, operación que se verifica con exactitud y precisión, según mis instrucciones, sin dar lugar á la más mínima sospecha de parte de nadie. En el momento oportuno le ordenaré al comandante del *Carlos Alberto*, que vaya á recuperarla con su nave; que la fama de Mantica es tal, que le aumentará sin duda fuerza á la fragata de vapor atravesada en la embocadura del puerto.

Llega el *Authión* procedente de Génova, y me trae dos cartas de S. E. el Conde de Cavour, ambas de fecha 3 del corriente. Helas aquí:

(*Autógrafo*).—«Señor Almirante:

Apruebo por completo su comunicación al General Garibaldi, que señala perfectamente el nuevo camino que debemos seguir. No es ya en Nápoles en donde podemos adquirir la fuerza moral necesaria para dominar la revolución: es en Ancona.

Según los cálculos más exactos, nuestras tropas entrarán en las Marcas el 10 ó el 12, y estarán delante de Ancona del 15 al 18. En esa fecha deberá presentarse con la escuadra delante de aquella ciudad, para poderla atacar inmediatamente por mar y tierra; en especial confío en la escuadra, pues reputo la plaza menos fuerte por el lado del mar. Además tendría verdadero orgullo, si como Ministro de Marina pudiera proclamarle vencedor de Ancona.

Lo que más me inquieta es el conciliar la expedición con todo aquello que habrá que hacer en Nápoles; mas no pudiendo encontraros en dos lugares á un mismo tiempo, debe la expedición prevalecer sobre toda otra cosa. Enviaré á Nápoles el *San Miguel*; éste y la *Constitución* bastarán á darle fuerza á Villamarina; y, siendo Provana más antiguo que Wrright, el mando le toca á aquél. Me parece hombre acomodado á las circunstancias, capaz de ejecutar las instrucciones que le deis, aun las más audaces. Si creyeráis mejor la presencia de un Contralmirante, podría enviarse á O. Di-Negro. Deseo conocer sobre este punto vuestra opinión por despacho telegráfico.

Yendo á Ancona impediréis la cesión de la escuadra al Austria y podréis determinarla fácilmente á ponerse á vuestras órdenes, para concurrir á la gloriosa empresa.

De todos modos, haced lo que juzguéis mejor, pues tenéis mi plena confianza.

Su aficionado,—C. CAVOUR.

P. S.—Escribo á Villamarina que se constituya un Gobierno provisional de hombres juiciosos y adictos á nuestro principio, el cual aclame por su presidente al General Garibaldi.»

La otra:

(*No autógrafa*).—«Señor Almirante:

El Sr. Edwin James, célebre jurisconsulto inglés, se traslada á Nápoles con misión oficiosa, que le han confiado Lord Palmerston y los suscritores ingleses del dinero recogido para el General Garibaldi. Lleva el especial encargo de darle al valiente General los consejos desinteresados de cuantos en Ingla-

terra aman la causa italiana y desean su triunfo. Perteneciendo al partido liberal, el Sr. James puede con mavor autoridad dar consejos de moderación y concordia; ni puede el defensor del francés Bernard ser sospechoso á los ojos del General Garibaldi, al advertirle que esté en guardia respecto del partido mazziniano, que intenta destruir aquella unidad de miras, que hizo posibles los triunfos hasta ahora obtenidos por el gran partido nacional.

Tenga á bien, Sr. Almirante, acoger con todas las demostraciones de benevolencia al Sr. James y á los amigos que le acompañan. Entre éstos le indico en especial al Sr. Evelyn Ashley, hijo de Lord Shaftesbury y secretario de Lord Palmerston. Le quedaré particularmente agradecido á todas las atenciones que emplee con estos beneméritos compatriotas de Nelson, cuya influencia puede ser útil en sumo grado á nuestra causa.

Sírvase aceptar los sentimientos de mi muy distinguida consideración,—C. CAVOUR.»

Los honorables señores, presentados á mí por S. E. el Conde de Cavour con la carta referida, me han manifestado el deseo de ir sin tardanza al lado del General Garibaldi, por lo cual pongo á sus órdenes el *Authion*, procurando hacer honor en un todo á la carta que el Conde les había entregado. En las conversaciones políticas, que naturalmente han surgido, nos hemos hallado conformes enteramente.

Parte el *Authion* para conducir estos señores cerca del General Garibaldi, y esperará para su regreso cuanto les plazca.

Ha venido á bordo nuestro Ministro. Parece resuelta la marcha del Rey, y cuanto antes. Se teme que lleve consigo la flota, por lo cual le mando al *Carlos Alberto* que se traslade á la embocadura del puerto de guerra bajo las apariencias de recuperar el áncora de nuestra pertenencia allí caída, y que se mantenga en aquel sitio hasta nueva orden.

Bajo á tierra acompañando al Ministro.

Me informan que los equipajes de las naves del puerto quieren seguir al Rey y que por tanto los oficiales no se podrían oponer. Esta noticia, casi del todo inesperada, me pone en la mayor agitación de ánimo, por temor de que se confirme. No es ahora ya tiempo de abstenernos de imprudencias, ni de gastar parsimonias. Es menester impedir á toda costa que



la flota se marche. Me disfrazo, y voy yo mismo, al oscurecer, al puerto militar, y hablo y remuevo medio mundo. El Marqués de Villamarina hace otro tanto por su lado y lo mismo el comité y todos. Nadie se da reposo; todos son incansables. Los comunes esfuerzos acaban por conseguir que los buques de vapor dejen escapar el agua de las calderas, que se quiten algunas válvulas de las máquinas, que se corten los frenillos de las barras de los timones y se interpongan otros graves impedimentos semejantes. Ningún oficial fué ganado por dinero; el amor de patria fué el único móvil suyo: ninguna promesa, ningunas condiciones; una sola excepción hubo, y aquel oficial ya no lleva el uniforme.

Satisfecho del resultado obtenido, vuelvo á bordo, para estar pronto á obrar según los acontecimientos, y encuentro allí la respuesta del Conde de Cavour á mi pregunta de si podía aceptar la anexión de la flota napolitana, si ésta me la ofrecía enarbolando nuestra bandera: la transcribo:

«Si la flota napolitana ó parte de ella le pidiese protección enarbolando nuestra bandera, otórguela sin vacilar, y aun antes bien, haga que se la reclamen. Si por ventura el Rey de grado suyo hiciera que la flota enarbolase la bandera austriaca, entonces, de acuerdo con nuestro Ministro, que no podría aprobar tal acto, obtenga que los comandantes le dirijan una protesta contra aquel hecho, y apodérese de la flota. La *Constitución* y el *San Miguel* partirán mañana por la tarde.—C. CAVOUR.»

Acerca de la cuestión que me propuso S. E. el Conde de Cavour, á saber, cuál de los dos, Provana ó Di-Negro, convendría más enviar aquí, para reemplazarme en el mando de la marina, le telegrafío que tengo por más á propósito al primero, á causa del contacto continuo en que tendrá que hallarse con el General Garibaldi; pues de otro modo, no vacilaría en indicarle al segundo, el cual valdría más para el caso por sus especiales cualidades. Con tal motivo dígole también que tengo casi la certeza de que hemos logrado desvanecer todo proyecto encaminado á quitarnos la flota napolitana.—Le ruego que envíe un renglón de parabién al General Nunziante, que en verdad lo tiene muy merecido.—Le hago sa-

ber que había enviado el *Authión* con aquellos señores ingleses, que me había recomendado, para conducirlos cerca del General Garibaldi, y reconducirlos á Nápoles á voluntad de los mismos. Y concluyo por pedirle la facultad de conservar los tiradores (bersaglieri) como refuerzo de las tripulaciones, pues de otra suerte tendríamos que partir á la guerra con las naves equipadas sobre pie de paz.

6. Me informan de tierra que probablemente se irá el Rey esta noche con la esperanza de que le siga la flota entera. Tocante á esto ya no tengo inquietud; pues las promesas obtenidas ayer, y todo lo hecho para que no se pudiera mover de un instante á otro, me dan seguridad de que la flota se quedará.—Bajo á tierra para conferenciar á este propósito con el Marqués de Villamarina y con los nuestros; y aun para ponernos de acuerdo sobre las eventualidades posibles. Me dicen que el Rey, en Consejo privado con sus adictos, había tomado la resolución de retirarse á la provincia de Tierra de Labor, y resistir allí la invasión, apoyado en la plaza de Gaeta, haciendo frente á Capua con la ilusión de ser cuanto antes reforzado por las tropas pontificias bajo el mando de Lamoricière, según los tratados secretos pendientes; que á las once de aquella mañana había mandado llamar al palacio real á los comandantes de la guardia nacional, y les había dirigido estas breves palabras:

«Le doy gracias á la Guardia nacional por su conducta. He dado orden á la tropa de respetar la capital. Yo me retiro en virtud de una capitulación diplomática.»

Y los despidió sin añadir una sílaba.

La partida de Francisco II de la capital está, pues, decidida. Á nosotros no nos queda que hacer por ahora sino esperar á que se verifique.

Me restituyo á bordo, para estar pronto á obrar al compás de los acontecimientos.

Regresa el *Authión*. Aquellos señores ingleses han conferenciado con el General Garibaldi, y se muestran satisfechos. Yo mismo fui á bordo del *Authión*, á felicitarles por su regreso. He puesto á su disposición mi primera lancha para conducirlos á tierra, y para que se sirvan de ella á su placer.

Dos vapores de guerra españoles, que estaban anclados delante de la playa de Chiaja, han echado anclas á la embocadura del puerto de guerra.

Tengo dos lanchas al lado de tierra para traerme noticias y al mismo tiempo para que estén á disposición de nuestro Ministro; del comité y de todos aquellos señores con quienes me hallo en relaciones políticas, y apenas se las vea apartarse de tierra deben ser reemplazadas por otras. Todos estos particulares son dirigidos con inteligencia, con actividad y sin darles importancia, por mi jefe de Estado Mayor el caballero Clavesana, secundado exactamente por los oficiales de Estado Mayor, sus dependientes directos, Sres. Giribaldi y Maldini.

Los Estados Mayores y los equipajes de la división están distribuídos sobre sus naves.

El Marqués de Villamarina viene á bordo y me dice que á las reclamaciones recibidas del Gobierno por la posición tomada por el *Carlos Alberto* delante de la embocadura del puerto militar había dado las explicaciones necesarias, á saber: que se había trasladado allí, para recuperar el áncora, casualmente caída en aquel sitio, suceso de que había tenido yo la previsión de hacer prevenir al momento á la dirección del real arsenal marítimo y de informar á nuestro Ministro para su inteligencia. Tales explicaciones resultaron enteramente satisfactorias. El Marqués de Villamarina regresa á tierra.

• Se está en expectativa de la partida del Rey.

Hacia las ocho de la noche me advierten que los vapores de guerra españoles, que habían anclado recientemente á la embocadura del puerto militar, se habían puesto en movimiento dirigiéndose á la salida del golfo y pasando vecinos al navío almirante inglés. Al mismo tiempo me avisan de tierra que el Rey y la Reina, algunos gentiles hombres y damas de la casa real y los Ministros de Austria, de España, de Prusia y de Baviera, se habían embarcado en el vapor de guerra español el *Colón* con rumbo á Gaeta, siguiéndoles el otro vapor de la misma nación y el napolitano la *Saetta*.

Todos los oficiales de marina dimisionarios y otros no dimisionarios, pero que también se encontraban á bordo de mi

nave para mayor seguridad, se trasladan á tierra á invitación mía, á fin de impedir que ningún otro buque de guerra napolitano siga al Rey.—Voy á tierra también yo.—Solamente la *Partenope*, que está en la rada, se resuelve á seguirle. Muchos marineros, fieles á su soberano, se han embarcado en ella. No pretenderé detenerla por fuerza, que produciría mal efecto, y además no valdría la pena, pues tal nave es de vela y por tanto de poca importancia.—No pienso en tal cosa, por más que me digan, y la dejo ir á su voluntad: ya la tomaremos á su tiempo.

Seguro de que la flota se nos queda, vuelvo á bordo, habiendo tenido alguna vislumbre de que el Almirante francés quiere echar á tierra los destacamentos de desembarco, en cuyo caso estoy resuelto á anticiparme con el desembarco de nuestros tiradores y de los destacamentos de la división. Dispongo, pues, lo correspondiente.

Ahora he aquí el adiós que dejó el Rey á sus pueblos antes de partir:

#### «PROCLAMA DEL REY

Entre los deberes prescritos á los Reyes, son los más grandes y solemnes aquellos que se refieren á los días de desventura; y yo aspiro á cumplirlos con resignación exenta de flaqueza y con ánimo sereno y confiado, cual cumple al descendiente de tantos Monarcas.

Con tal mira, dirijo una vez todavía mi voz al pueblo de mi reino, del cual me alejo con el dolor de no haber podido sacrificar mi vida por su felicidad y su gloria.

Una guerra injusta y contra el derecho de gentes ha invadido mis Estados, no obstante hallarme yo en paz con todas las potencias europeas. Las mejoras de Gobierno, mi adhesión á los grandes principios nacionales, no valieron para alejarla; sino antes bien, la necesidad de defender la integridad del Estado arrastró consigo acontecimientos que he deplorado siempre. Protesto, pues, solemnemente contra tal invasión, y apelo de ella á la justicia de todas las naciones civilizadas.

El cuerpo diplomático residente cerca de mi persona ha sabido desde luego cuáles sentimientos embargaban mi ánimo tocante á esta ilustre metrópoli del reino: salvar de la ruina y de la guerra á sus habitantes y sus propiedades, los edificios, los monumentos, los establecimientos públicos, las colecciones de

arte y todo aquello que forma el patrimonio de su cultura y su grandeza, y que, perteneciendo á las generaciones futuras, es superior á las pasiones de un momento.

Llegó la hora de proferir esta palabra. La guerra se avecina á los muros de la ciudad, y con dolor inefable me alejo con una parte de mi armada, trasladándome allí, á donde la defensa de mis derechos me llama.—La otra parte de esta noble armada permanece aquí para contribuir á la inviolabilidad é incolumidad de la capital que, cual paladión sagrado, les recomiendo al Ministerio, al síndico y al comandante de la Guardia nacional. La prueba que reclamo del honor y el civismo de éstos, es que le ahorren á esta patria carísima los horrores de los desórdenes internos y los desastres de la guerra vecina, á cuyo fin les concedo todas las necesarias y más amplias facultades de dirección y gobierno.

Descendiente de una dinastía que por 126 años reinó en estas regiones continentales, mis afectos están aquí. Yo soy napolitano, y no puedo, sin grande amargura, dirigir palabras de despedida á mis amadísimos súbditos.

Cualquiera que sea mi destino, próspero ó adverso, conservaré hacia ellos los más vivos y cariñosos recuerdos. Les recomiendo la concordia, la paz, los deberes cívicos, y que un desmedido celo por mi suerte no se convierta en tea de turbulencias.

Cuando plazca á la justicia de Dios restituirme al trono de mis mayores, una cosa es lo que imploro: volver á ver á mis pueblos concordés y felices.

Nápoles 5 de setiembre de 1860.

FRANCISCO II.»

Estas palabras, publicadas desde por la mañana, no hicieron impresión alguna en la población, apesar de ser tan impresionable. Vió esta á su Rey y á la real familia embarcarse, sin darles la más leve señal de afecto ó de conmoción. No puedo invocar mayor prueba que ésta de que los Borbones no están ya llamados á reinar sobre estos pueblos.

Mi corazón no permanece, sin embargo, indiferente á su desgracia, que antes bien conmuévase fuertemente por ella, como por cualquier infortunio. Pero forzoso es reconocer que la causa de su caída ha sido su mal gobierno y su tenacidad en no querer satisfacer las necesidades de los tiempos.

No se observan movimientos en las naves de la flota fran-

cesa, que den indicio de desembarcos de tropas, cosa que no poco me tranquiliza, como se comprenderá fácilmente.

Recibo el telegrama siguiente de S. E. el Conde de Cavour:

«Esté pronto á partir el día 10 próximo venidero; pero espere para mover á que le envíe orden formal. La *Constitución* y el *San Miguel* partirán mañana para ahí. La *Dora* se trasladará á Messina, para esperarle con las piezas de artillería que me ha pedido.—Puede llevar consigo los tiradores.—  
C. CAVOUR »

Respondo:

«Estaré pronto para el día que V. E. me señala, y esperaré las órdenes para partir.—Gracias por los tiradores.—Para los fondos de á bordo, salvo órdenes de V. E. en contrario, me valdré del crédito que me ha abierto sobre la casa De Gas, llenando las formalidades reglamentarias á estilo de á bordo para el ingreso en caja del dinero.»

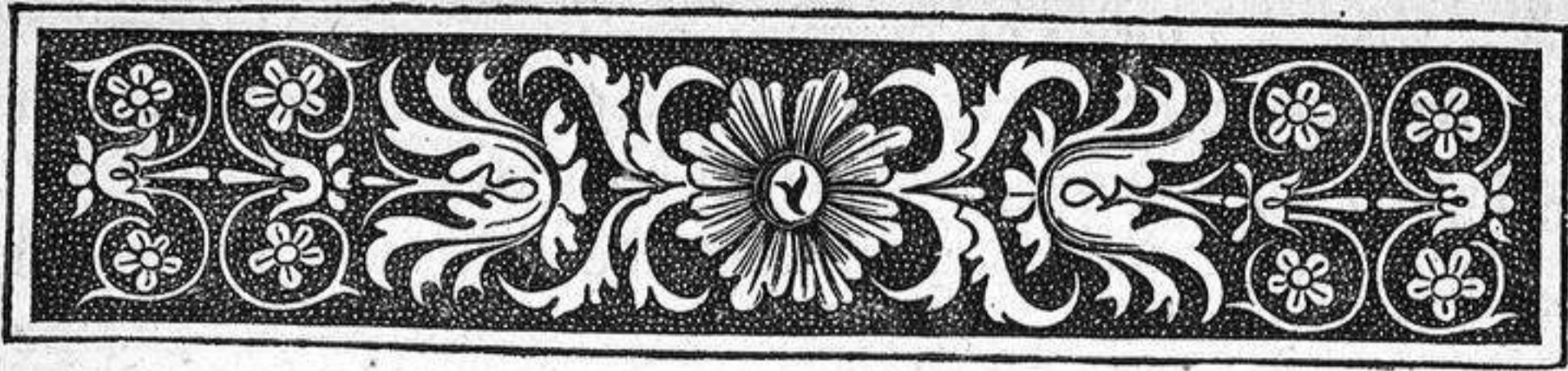
El Marqués de Villamarina ha venido á bordo de la *Maria Adelaida*, para pedirme un vapor que le traslade á Salerno, á fin de conferenciar con el General Garibaldi, si es que no se traslada allí por la vía de tierra.—Ordeno al *Authión* que esté á las órdenes del Sr. Ministro.

El Marqués de Villamarina regresa á tierra.

CARLOS M.<sup>a</sup> PERIER.

(*Se continuará.*)





## CARTA A UN ESCÉPTICO

**Q**UÉ sorpresa, querido amigo, ha de producirte la lectura de ésta, que tal vez alcance el dictado de extensa y molesta carta! Todo habrá de ocurrirse á tu imaginación, al tomarla en las manos, menos lo que realmente es, y sin embargo, después de leída, dándole su justo valor, encontrarás una prueba de mi cariño. Ayer nos vimos y comunicamos sentimientos de amistad: hoy es día en que la Iglesia católica nos recuerda la eternidad, y obligado, por una leve enfermedad, á guardar cama, puedo y tengo necesidad de pensar en algo. ¿En qué? Dios, la eternidad, la vida futura vienen á mi memoria, y barajando estas ideas, recuerdo las palabras que interrumpidas por lágrimas de tiernos y amorosos recuerdos, me dirigías no hace muchos días: *quiero creer, pero no puedo*. Si tú no fueras tan bueno como este dicho revela, ni tan amigo, de seguro no intentaría esta carta, que podrían calificar, y si la conocieran calificarían muchos de solemne tontería; pero ¡ah! los que tenemos corazón somos de otra hechura: guía nuestro pensamiento y dirige nuestras acciones otro móvil más levantado, y como, por otra parte, no temo de tí el reproche, héteme aquí cogiendo la pluma con el propósito—¿lo creerás?—de hacerte creer. Sólo te suplico que no acabes aquí la lectura: ten paciencia y lee, y si al final

sólo he conseguido serte molesto, te pido únicamente que me perdones, siquiera en gracia de mi buen deseo.

Debo decirte en primer término que no te culpo por escéptico: así es nuestra época. Todo está sometido al escalpelo del filósofo que con ansia busca la verdad y con ella la felicidad. Pero, entiéndelo bien; mejor dicho, recuerda lo que tú bien sabes: ni la verdad, ni la felicidad están en lo contingente, sino únicamente en el absoluto. En lo contingente y adventicio no puede haber verdad, la cual nace de lo que es y no puede dejar de ser; como la felicidad es lo que no produce, ni puede producir pena.

Mas no es mi intento sostener el razonamiento á tanta altura, ni en la esfera de la abstracción; para lo cual no tengo fuerzas bastantes, ni ello cuadra á mi propósito: sólo siento estas premisas para deducir que, dado aquel principio, es indispensable ver en todos los hechos del mundo, á más de la materia, contingente, el reflejo del espíritu, inmortal y eterno. Y esto quiero demostrártelo, no con textos de creyentes ni de Santos Padres, sino con razonamientos y conceptos de los positivistas, materialistas y ateos; en los cuales, no en los espiritualistas, he encontrado yo las grandes verdades que me han llevado á creer y me sostienen en la fe: óyeme.

Nada puede igualar en la vacilación de la razón humana al fortuitismo de la escuela de Asclepiades. Tú sabes que para Epicuro todo era hijo del azar, teoría que, aplicada á los átomos, explicaba cómo al acaso se juntaban y separaban los constitutivos de los cuerpos. Pues bien; tú sabes igualmente, que apenas enunciada esta idea, fué reformada dentro de la misma escuela, viendo en los mismos átomos *autocinesia*, fuerza propia, ó bien fuera de ellos en los espacios intermedios, la que los disociaba ó reunía. ¿Ves ya la noción de espíritu entre los materialistas más antiguos? Y, sin salirnos de la sensualista Grecia, divisarás, sin duda, la fe revelada en el amor á la patria y á la gloria, en la sumisión á los dioses, en los pinceles de Apeles, en el cincel de Fidias. Este mismo concepto se forma estudiando á Roma. Ecléctico han llamado á Cicerón, y á mis ojos es el mayor escéptico de su época. No se le ve sólo combinar las opiniones más opuestas, sino



más bien dejar unas para seguir otras enteramente contrarias; condición que se descubre en sus palabras, en sus escritos, en sus actos, en sus relaciones políticas, públicas y privadas. Y sin embargo, este hombre admira á Platón, y dice: *el único Señor común y soberano es Dios, autor, juez y promulgador de esta ley* (la recta razón). Aun la escuela de Alejandría, y Galeno en la idea naturaleza, que con Hipócrates conservan, relegando á la mística Edad Media su doctrina, atestiguan su creencia de que en los organismos hay otro factor además de la materia. Los filósofos del siglo XVIII, tú lo sabes, reproducen el fortuitismo griego. D'Alembert, Diderot, Voltaire, Rousseau, y especialmente Volney, son escépticos en toda la acepción de la palabra: todos se olvidan de Dios, pero invocan la idea naturaleza. Tú, que habrás leído, como yo, las *Ruinas de Palmira*, ¿no has visto allí siempre suceder los fenómenos bajo leyes naturales, fijas y constantes? ¿Y pudieron, y pueden ellas, por ventura, suceder al acaso? ¡Ah! ¡El acaso creando leyes eternas é inmutables! ¿Cabe esto en la cabeza de un hombre pensador? Lee á Voltaire en *La Prude* y en *Le droit du Seigneur*, y verás cómo en estas comedias brotan pensamientos, propios únicamente del que se inspira y cree en los altos principios de la moral y de la justicia.

Yo también en mi juventud viví, aunque brevísimo tiempo, bajo una atmósfera escéptica; y entonces, leyendo muchos libros, tropecé con la Historia de la medicina de Sprengel, que, como tú sabes, era rabino. Pues bien: allí, al exponer la doctrina de Jesucristo, encontré un pasaje que detuvo mi paso, haciendo un efecto grandísimo sobre mi juicio: «Jesucristo, dice, fué un filósofo de la escuela de Platón y de Pitágoras; como filósofo en nada difiere de sus maestros; mas, cuanto á su moral, es tan pura y sublime, como que ni antes ni después de él ha habido otra que le iguale.» Y ¿qué cosa tan extraordinaria es la que este judío encuentra en la doctrina de aquél á quien su raza niega misión divina? Este párrafo me hizo buscar y leer llorando aquel «ama á Dios y á tu prójimo, como á ti mismo.» Desde entonces, aunque leo como antes toda clase de libros, lo hago siempre mirando primero, ó

á lo menos buscando cuidadosamente la escuela filosófica á que pertenecen, porque, tal vez sin quererlo, se escapan á los escritores de buena fe conceptos contradictorios con la clave á que han pretendido ajustar preventivamente sus ideas. Así he podido comprobar que ninguno de los llamados materialistas, aun deseándolo, niega á Dios, ni deja de reconocer en la materia bajo formas diversas algo que revele con claridad al espíritu. Ya te he hablado sobre los escritores enciclopedistas: cuanto á los médicos y á la escuela positivista, te remito á mis *Lecciones de fisiología* general, en la primera de las cuales leerás:

«La diversidad de fenómenos en ningún caso rompe la relación armónica en el tiempo y en el espacio en que suceden. De esta consideración ha nacido siempre la idea de causa; y así se ha creído que para llegar al estudio perfecto del hombre, es indispensable fijar un momento la consideración en Dios, causa de lo creado y en toda la creación. Esta causa remota nos da, en efecto, la clave de muchos fenómenos, y sobre todo, del conjunto de los que ocurren en la naturaleza, entre los cuales se descubre esa grandiosa armonía, palmaria siempre en el origen, en el desenvolvimiento y en el fin de los seres, constituyendo su recíproca dependencia en el nacer y el morir.» La *fuerza* atávica de Claudio Bernard y la *automática* de Wundt, positivistas, son una viva protesta contra el materialismo.

Pero en nuestros días el hacha más poderosa contra la fe es Hevert Spencer, pontifice máximo del positivismo, del cual te voy á copiar algún pasaje que te revelará la verdad de mis afirmaciones. Aplicando un mismo criterio para buscar los preceptos de la ciencia en sus relaciones con la religión y con los orígenes de las fuerzas y del universo, evoca tres hipótesis:

- 1.<sup>a</sup> Existir por sí.—Ateísmo.
- 2.<sup>a</sup> Crearse á sí mismo.—Panteísmo.
- 3.<sup>a</sup> Ser creado por un poder anterior.—Teísmo.

Desecha por imposibles las dos primeras, y discutiendo la última, dice en los primeros principios:

«El conocimiento real no llena ni jamás llenará el domi-

nio del pensamiento posible. Al fin del descubrimiento más prodigioso, hay y habrá siempre esta cuestión: ¿Qué hay más allá?»

«Por el análisis hallamos que las verdades axiomáticas de las ciencias físicas suponen, como base común, al sér absoluto.»

«Aun siendo incognoscible la verdad última, hay que admitir su existencia. Sin suponer al Sér absoluto, no podemos establecer una teoría de los fenómenos internos ni de los externos.»

¿No te maravillan estas confesiones, querido amigo?

Esto sentado, tratemos la cuestión en el terreno práctico. Que nosotros creemos en la inmortalidad, se revela en el deseo que tenemos de alcanzarla, y de que la gocen los que amamos. El padre quiere hacerse inmortal, trasmitiendo en su hijo á las generaciones subsiguientes sus virtudes, sus talentos, sus riquezas. Los monumentos erigidos, sagrados y profanos, las obras de arte y de ciencia, las vinculaciones, los mandatos testamentarios, todo revela esa grande aspiración de la humanidad. Aun sabiendo que nuestros cuerpos al morir se descomponen y destruyen, erigimos á los que amábamos mausoleos que perpetúen su memoria: su memoria, ¿lo entiendes? su memoria, que es lo único posible, y esto no es material, sino una concepción del espíritu. Jamás nos convencemos de que pueda morir y desaparecer la virtud, la santidad, las bondades de nuestros padres; y nos maltrataría el que dijera que ellos fueron un montón de tierra que obraba sin propia voluntad, y que al acaso habían realizado el bien por nosotros tan estimado. No es de la belleza física de lo que nuestro amor se precia, sino de las cualidades que nos enseñan el carácter moral ó las gracias, que son formas del espíritu. Ninguno quiere morir, y para ello y por ello procura realizar algún hecho que le distinga y lleve su nombre á otras generaciones. Así que, por todas partes se revela el convencimiento que tenemos de que instintiva ó reflexivamente sentimos y deseamos la inmortalidad.

Dados estos antecedentes, ¿qué nos falta? Confesar de buen grado la existencia del Sér absoluto, Dios, y su reflejo sobre

nosotros en el alma, que por lo mismo es inmortal. Tras esto viene indeclinablemente la verdad de la vida futura y de los premios y castigos, en relación con el uso de nuestro libre albedrío, revelando objetivamente en hechos la más noble de las propiedades del alma, la libertad. Iluminado así el espíritu, no hay más que creer. Los hombres ilustrados necesitan desentenderse de los vicios que afean la conducta de los que, obligados á ser sostenedores de estos grandes principios, se olvidan de sus deberes: las malas prácticas jamás destruirán los buenos principios. Así vivieron nuestros padres y así murieron, felices obrando el bien y llenos de fe en la justicia y aun más en la Providencia divina.

Por otra parte, creer es bueno hasta por egoísmo. ¡Pobre suicida, tú no lo serías sin el tedio, el temor ó la falta de esperanza, nacidos al calor de la incredulidad! Yo soy feliz, convencido, como estoy, de que jamás ha de faltarme la providencia de Dios; lo cual ya no es sólo esperanza ideal, sino racional, y fundada en hechos realizados en muchos de los días aflictivos de mi vida.

Cree, pues, querido amigo: tú que has sentido mecer tu cuna y alentar tu laboriosidad y tu constancia con la fe y la resignación, en la desgracia y en la prosperidad, sólo necesitas un esfuerzo de razón, y más aún de voluntad para olvidar ideas mal urdidas; las cuales á ti, como á otros muchos, en determinado período de la vida trastornaron. Cree de todo corazón, y gozarás como hasta hoy no has gozado, á solas y en la sociedad, ó ya leyendo y meditando sobre ciencia ó sobre literatura ó arte, con lo cual perderás el tedio, que es anejo á la incredulidad, y que causa la tristeza de tu corazón, al que desea grandísima felicidad tu mejor amigo

JOSÉ MORENO FERNÁNDEZ.

*Sevilla 3 de noviembre de 1883.*



## REVISTA DE TEATROS

**D**OCO ó por mejor decir nada notable ha ocurrido en la república teatral, que mejor la cuadraría el nombre de absoluta monarquía, en razón á la autocracia y predominio irritante con que las empresas hacen uso y aun abuso de sus mal llamados derechos, posponiendo á su injustificado capricho ó codicioso afán de lucro el enaltecimiento de las letras españolas, tan traídas y llevadas dentro de ese desgraciado vagón de mercancías extranjeras, conocido con el nombre impropio de literatura dramática, y que más bien pudiera apellidarse colección de retazos, álbum de plagios y surtido no tan barato como abundante de reminiscencias españolas y extranjeras, hilvanadas en mala prosa y peores versos y zurcidas elucubraciones, las más de las veces con el despreciable hilo de la inmoralidad y el absurdo, y que son á la par, usurpado patrimonio y usurpada propiedad de esa pléyade desgraciada de sastres remendones de la literarura que exhiben prendas viejas con portadas de diferentes autores, y pretendiendo hacer que pasen por nuevas, no logran desfigurar el sello de la fábrica, y si no alcanzan gloria, cobran sus derechos sin cuidarse de otra cosa y sin conseguir apesar de sus agios literarios, salir de su precaria situación y habitual medianía.

Por fortuna, de este incorregible mal estamos libres por algunos meses, durante los cuales, condenados á temporal clausura los más favorecidos teatros, sólo quedan abiertos al público los propios de la estación, y éstos se contentan con resucitar alguna que otra producción del repertorio viejo intermediado con algunas que otras extraídas del cajón de sastre de las traducciones y remiendos, y los demás muestran en sus pistas acróbatas, gimnastas, concertistas bufos, domadores, profesores de equitación, cuadros vivos y otras menudencias tan vistas y conocidas que ni aun los honores de la novedad les concedemos.

Por estos espectáculos veraniegos vamos á comenzar nuestra revista de la quincena, prefiriendo al *Circo de Price*, por ser el primero que inauguró sus tareas y del que sólo hemos hablado ligeramente y por incidencia, temerosos de entrometernos en asuntos que no son de nuestra competencia, en razón á conceptuarnos críticos humildes de teatros, pero no de circos acróbatas ni taurómacos; pero como en verano todo pasa y es proverbial echar en esta época una cana al aire, nosotros, consecuentes con la costumbre, lanzaremos al viento; no una, sino muchas, contando con la indulgencia de nuestros lectores, que nos perdonarán en meternos de hoz y de coz en terreno vedado.

¡Leoncitos á mí!—exclamaba D. Quijote en una de las más apuradas situaciones en que le colocaba el preso de *Argamasilla*,—y esa misma frase repetíamos nosotros al contemplar los que se exhiben en el Circo que nos ocupa, espectáculo conmovedor y espeluznante, que tendrá muy poco de artístico, y mucho de otra cosa que lleva el nombre del hijo de César.

Un grito de espanto y de sorpresa se escapa todas las noches al ver presentarse en el Circo la encantada jaula donde penetra el domador, seguido de su fiel perro, víctima propiciatoria de aquella fiesta.

Los artistas de la compañía, vestidos de oro y azul, es decir, de dorados botones que engalanan el crecedero frac del paño de aquel color, rodean la jaula y excitan á los leones que reciben bramando de gusto á sus dos huéspedes, á los

que miran con una complacencia gastronómica, que pone los pelos de punta, al que los tenga, y á mí, que carezco de ese abrigo protector, sólo pudo conseguir trasformar el blanco color de mi cuero cabelludo en otro de amapola tan subido, que parecía una aurora boreal.

Una vez dentro, los ojos se fijan en aquellos dos anfitriones de sí mismos, y aplauden los saltos, bramidos y habilidades de aquellos animalitos, hembras en su mayor parte; ya saltan por un aro de fuego (¡cuántos racionales entran por el mismo aro sin quemarse!); ya disparan un revólver inconscientemente; unos dan cariñosos besos á su verdugo, se echan á su voz y se sostienen benignamente, y todos obedecen á sus insinuaciones, hasta que después que despide á su fiel compañero, propina dos ó tres disparos á la leonina muchedumbre inquieta y sale precipitadamente de la jaula á los acordes de la orquesta y á los ecos de los bravos y aplausos que le prodiga la concurrencia, conmovida y atemorizada, la que no se ha repuesto del natural sobresalto, cuando ve aparecer en la pista dos monumentales elefantes que, dirigidos por una *mis*, de cuyo nombre no queremos acordarnos, ejecutan un sin-número de monadas, ó mejor dicho, tontunas tan conocidas y vistas, que por la novedad no llaman seguramente la atención.

Todos estos portentos de... no sabemos cómo calificarlo, se miran adornados de los consabidos equilibrios gimnásticos, aros, saltos, piruetas, ridiculeces de los *clowns*, caballos amaestrados á la alta y á la baja escuela, perros que saltan y otras *notabilidades* que sirven sólo para que el público rinda homenaje á la moda y acuda dos días á la semana sin que le llame la atención el espectáculo ni los artistas, que ningún mérito encierran ni nada de particular hacen, sino aumentar la monotonía y el cansancio que desde hace algunos años viene ya produciendo esta insulsa y poco culta diversión.

Para el año que viene ó en este, cuando la deserción se empiece y la moda se quede sin prosélitos, el Circo se verá vacío si el Sr. Parish no procura complacer al público de otra manera, y no sigue la escuela de *acosarle* tan en boga en estos tiempos.

\* \* \*

También nosotros *acosaríamos* á nuestros lectores reseñando el otro espectáculo del mismo género, si bien más variado y concurrido, y atendiendo á esta razón nos ocuparemos en la quincena próxima del Circo de Verano pasando al Teatro de Apolo, por el que ha pasado con la velocidad del rayo una compañía de opereta francesa que puso en escena *La Mascota*, *Fausto* y *El día y la noche* ya vistas y muy vistas en el Circo de Price por la compañía acrobático-dramática que allí funcionaba en este invierno.

De idéntico mérito artístico la compañía francesa de nuestra referencia que la italiana que se *aplaude* por equivocación en la Alhambra y de la que ya nos hemos ocupado en otras revistas, el público la manifestó su desagrado, de tan terminante manera, que diciendo lo que D. Simplicio Bobadilla y Majaderano, renunció al *favor del público*, puesto que éste no se le dispensaba, y se fué en buen hora á otra parte con su mala música, raídos trajes, pésimos actores, peores cantantes y groseros chistes.

Los demás teatros siguen lo mismo, y como novedad se anuncia la apertura del de Recoletos con una compañía, ó cosa así, de verano y de zarzuela, y la de los Jardines, de las que tenemos buenas noticias, sin asegurar que no nos equivocamos, que todo puede ser.

Lo más notable de la semana ha sido sin duda la función que la comisión encargada de levantar un mausoleo que encierre las cenizas de Julián Romea y Matilde Díez, dió en el Liceo Piquer.

Cedido aquel artístico recinto que inmortaliza el nombre glorioso de su fundador, por su viuda, que galantemente sufragó los gastos que la función requería, dando una prueba más de su amor al arte y de su proverbial y nunca desmentida galantería, se puso en escena la comedia de Serra, *Don Tomás*, y *La comedia de Maravillas*, de D. Ramón de la Cruz.

Exagerado parecerá nuestro juicio, pero como le vemos confirmado por la mayoría de la prensa periódica, podemos decir sin temor que hacía mucho tiempo no aplaudíamos con verdadero entusiasmo y estricta justicia una interpretación



tan magistral como la que alcanzaron las obras citadas en la noche del 9 de junio último.

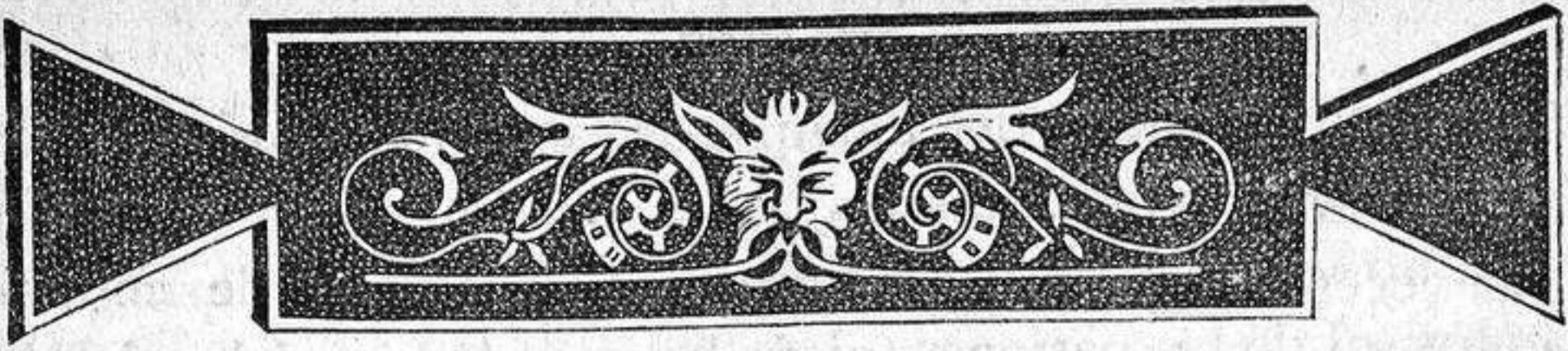
Allí no vimos ni el amaneramiento, ni la falta de conocimientos, ni de las pasiones, ni de la sociedad, ni del corazón humano, que se nota por desgracia en la mayoría de nuestros actores contemporáneos, que lo son porque sí, ni esa incertidumbre y falta de costumbre que es inherente á los aficionados. Actores de verdad, las Sras. de Ruiz Arana y Srtas. de Romea, Ferránz, Moro, Marchanz, y los Sres. García Ortega, Ruiz de Arana, Floret, Travesedo, García Marín (D. Luis y D. Francisco), Fernández Campano, Cabello (D. Luis y don Javier), hicieron un *Don Tomás* y una *Comedia de Maravillas*, que fué una verdadera maravilla, resaltando la acertada é inteligente dirección de los Sres. Ruiz de Arana y García Ortega.

En el intermedio de la comedia al sainete las Srtas. Romea de Villasante y las Srtas. D.<sup>a</sup> Emilia Quintero y D.<sup>a</sup> Dolores Murillo, acompañadas del maestro Sr. Monge, nos hicieron aplaudir con justicia la romanza de *Romeo y Julieta*, el aria final de *Lucía, Lontandagli occhi*, la *Danza della memoria*, de Caracciolo, y la danza cubana de Zabalza, muy bien interpretada al piano.

Al final de esta parte recitó Ricardo de la Vega dos preciosas y bien escritas poesías, que, como todas las suyas, merecieron generales y espontáneos aplausos.

Profusión de ramos sirvieron de alfombra á los actores, y la propiedad, riqueza y gusto con que vistieron todos el sainete, mereció la unánime aprobación de la *cremme* de la sociedad madrileña, que en sus diferentes esferas de la hermosura, la elegancia, las letras, las artes, la política y las armas, ocupaba aquel encantador recinto, en el que se rendía un tributo más de admiración á los genios del arte dramático español.

RAMIRO.



# SATANELLA

POR

G. - I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)



Si el General hubiese oído el tono con que acababa de pronunciarse su nombre, su entusiasta corazón se habría ciertamente entristecido.

—Entonces, ¿es él quien desea daros su mano?—replicó la Sra. Lushington.—A fe mía cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que no podéis hacer cosa mejor que aceptar. Es bastante rico, tiene un aire distinguido, y parece enterado de lo que quiere. ¿Qué más exigís?

—Querida, yo no puedo...

—Veamos qué objeciones son las vuestras.

—Pues bien, en primer lugar, está demasiado enamorado de mí.

—Ello prueba su buen gusto, pero no puede ser un impedimento serio, porque podéis estar segura que esto no durará mucho.

---

(1) Véase la pág. 216 de este tomo.

—¡Oh, os engañáis! Esto durará, porque yo no podré pagarle con la misma moneda. ¡Si supieseis qué cruel soy algunas veces cuando le veo alejarse con un aire tan arrogante y tan desgraciado, sin que se le escape nunca una palabra de impaciencia! Confieso que entonces me da pena; pero es inútil, y todo lo que deseo es que ame á otra mujer. ¿No creéis, Clara, que vos podríais librarne de él? ¿Queréis ocuparos de esto? Ya sé que es cosa fastidiosa, pero otros tenéis á vuestro cargo, y uno más os cansará menos que á mí.

La Srta. Douglas decía estas palabras con tal pesadumbre y con un tono tan suplicante, que su amiga soltó una carcajada.

—Creo que podría convenirme bastante—replicó ésta,—aunque no queda mucho lugar en mi lista para apuntar otro nombre. Pero si no es el General, voy á repetiros, Blanca, mi anterior pregunta: ¿Quién és?

—Creo que no me casaré nunca—respondió la más joven de las dos mujeres con un ahogado suspiro.—Desde luego puedo afirmar que, si yo fuese hombre, no querría ciertamente nada conmigo. ¡Oh! ¿Por qué no soy hombre? ¿Por qué no hemos de ser nosotras independientes, ir á donde nos plazca, hacer lo que bien nos parezca y elegir á quien queramos?

—¿Entonces haríais otra elección?

—No he dicho esto, querida. No, Clara, el hombre á quien yo podría amar no se cuidaría probablemente nunca de mí. Sería menester que tuviese un carácter en absoluto diferente del mío, y apesar de que algunos pretenden que los caracteres opuestos por regla general se avienen, lo cierto es, que lo blanco y lo negro no hacen en resumen más que un pardo muy feo.

—¡No vayáis, por Dios—observó la Sra. Lushington,—á enamoraros de algún joven! De todas las locuras que en la tierra pueden hacerse, esta es una de las que se pagan más caras. No se encuentran los jóvenes de igual humor dos días seguidos, y no hay ninguno que no haga más caso del caballo que compró el lunes en el Taterssall que de la mujer cuya conquista hizo el sábado anterior en la Opera.

La Srta. Douglas se estremeció.

—No soy de vuestro parecer—dijo bajándose para recoger su pañuelo;—creo que los hombres se vuelven peores y no mejores á medida que adelantan en años. Me gustan las personas jóvenes, serias y llenas de porvenir. Y tal vez aprecie más á los jóvenes, porque no tengo yo las circunstancias que en ellos exijo.

La Sra. Lushington aplaudió con sus manos.

—Ya he encontrado la solución del problema—exclamó.—A uno recuerdo que parece hecho expresamente para vos. ¿No conocéis á Bellorita?

La Srta. Douglas se irguió.

—¡Oh! Si os referís al Sr. Walters—dijo fríamente,—le conozco. Creo que le dan el apodo de Bellorita en el regimiento y que sólo sus amigos íntimos le llaman de esta manera.

—¡Le conocéis y no me lo habíais dicho!—replicó la otra con regocijo.—No importa; está claro que en este caso le tenéis afecto. Yo se lo tengo, como todas. Es muy alegre, muy buen muchacho, y la razón de quererle mucho es porque no tiene más corazón que... voy á decirlo, que yo misma. Ya lo sabéis.

La Srta. Douglas trataba ya entonces de dominarse y estaba alerta. El sentimiento de la posesión, casi tan desarrollado en la naturaleza mujeril como el instinto maternal, al que en algo se parece, estaba vigorosamente avivado en ella. Podía suceder, sin duda alguna, que en una capital como Londres dos personas tan íntimamente ligadas ignorasen sus predilecciones mutuas; pero no dejaba de chocar á Blanca la extraña sorpresa de su amiga, su poco sincero entusiasmo y sus intempestivos elogios. Así es que se puso extraordinariamente atenta y afectuosa, como un maestro de esgrima que se confunde en saludos tan numerosos como corteses, al mismo tiempo que se propone tener el honor de dar una estocada en el pecho á su adversario.

—Os fingís peor de lo que sois, Clara—le dijo su amiga,—y es mucha suerte el que yo os conozca tan bien. ¿Os vais ya? No os vayáis todavía. Siempre queréis escaparos antes de darme tiempo para decir lo que me propongo. ¿Volveréis pron-

to, no es verdad? Decidme que sí, querida mía. ¡Vaya una afición que tenéis al coche!

Una lindísima victoria acababa, en efecto, de pararse delante de la puerta, victoria ligera, brillante, frágil como un juguete de porcelana construído sobre ruedas, y la Sra. Lushington parecía verdaderamente encantadora cuando se hubo colocado dentro y partió.

El coche había doblado la esquina de la calle hacía ya algunos minutos cuando Blanca abandonó la ventana. Al pasar delante de un espejo vió su rostro y se detuvo sonriendo con tristeza.

—Mucha razón tienen en llamarte Satanela—dijo,—y sin embargo, ¡yo hubiera podido ser tan buena... tan buena!

## CAPÍTULO V

### ECHAR EL RESTO

«Sus nervios eran de acero y su piel de seda, redondeados  
»sus flancos á semejanza de un tambor, y más ágil que el  
»ciervo que salta por la mañana al oír los primeros sonidos  
»del cuerno de caza: la yegua devoraba el espacio.

»Luchaba victoriosa contra el arremolinado viento, era  
»más vehemente que los fuegos del amor. Un lord me ofreció  
»un día por ella un tesoro; pero guardé á *Britomart* y no acepté  
»ofrecimiento alguno.»

—Es el retrato fiel de vuestra yegua, y como poeta de talento, el desdichado autor de esta cita se habría placido en montar un corcel tan brioso como *Satanela*.

Y al pronunciar este nombre fatal, la voz del que así hablaba se ahogó y el cigarro que fumaba hubo de temblar entre sus labios.

—Vale más que lo común de los mártires, mi General—le respondieron.—Mirad qué crines. Solamente los verdaderos caballos de raza pueden tenerlos de tal longitud.

El General Saint-Josephs y Bellorita se encontraban en una meseta elevada y al aire libre, dominando uno de los más hermosos lugares que hay en Inglaterra. Detrás de ellos las chimeneas de la metrópoli formaban como una cortina de niebla que ocultaba las dos terceras partes del horizonte. Había matorrales á sus plantas y si un sportman hubiese caído del cielo en aquél sitio, habría ciertamente esperado oír antes el grito de una ortega que la bocina de un *cab* á dos horas de distancia de su estación ordinaria en Pall Mall.

La yegua negra, libre de sus mantas, aparecía á unos diez metros de los dos hombres que conversaban á la brillante luz del sol de la mañana. El traje de Bellorita, así como el látigo, con puño de plata, que en la mano tenía, indicaban claramente su intento de hacerle dar un galope.

Había encontrado la víspera al General en la sala de fumar de un club de militares, y lleno de deferencia por el veterano, le había pedido sus consejos respecto de los ejercicios preparatorios que á la yegua convendrían. Bellorita era prudente, pero no tenía nada de astuto. Pensaba que la experiencia de un hombre de más edad le sería en aquel caso provechosa, y le había pedido con franqueza su parecer.

El General se cuidaba tan poco de las *steeple-chases* como del juego de bolos ó de la barra; pero en esta ocasión se sentía arrastrado de una manera extraña hacia el joven oficial y se interesaba por su aventurada empresa, porque *Satanella*, la yegua negra, le recordaba ciertos paseos, cuyos pormenores no podía disipar de su espíritu, acumulándolos con penoso cuidado en su memoria y haciéndole desear á veces que no hubiesen sucedido.

Hay una enfermedad de la que, como de la viruela, nadie puede librarse, sino á condición de inocularla lo más á menudo posible bajo la forma más suave. Parece que es destino de la humanidad contraerla tarde ó temprano; y el General obedecía á la ley común que exige que los hombres y las mujeres se impongan á sí mismos ciertos males y ciertos tormentos, que, no por dejar de ser reales sino incontestablemente imaginarios, son menos dolorosos.

Es probable que el General había amado á más de una mu-

jer en su juventud con su ardor y tenacidad naturales; pero aquellas locuras eran hacía mucho tiempo cosas del tiempo pasado. Podía suceder que conservase en secreto alguna cinta, fragmento de carta ó fotografía de mujer, de moda anti-diluviana. Podía suceder también que semejantes recuerdos cayesen á veces bajo su mano; pero no los miraba ya nunca y huía de ellos como de ciertos espectáculos, ciertos perfumes y ciertos sonidos que le molestaban como el contacto de un dedo tocando una llaga. Aunque la salud de su vida hubiese dependido de ello, el General no habría querido confesar que el embalsamado soplo de una tibia mañana de primavera abatía más su moral que lo hubiera hecho el *sirocco*, ni que prefiriese oír el discordante concierto de la charanga de un regimiento escocés en un comedor, antes que ciertas melodías de Donizetti, las más suaves y melancólicas de aquel compositor de genio..., tanto más suaves y melancólicas para él cuanto eran un eco del pasado.

Entre las ventajas que al envejecer cosechamos, ventajas más numerosas de lo que generalmente se cree, debe colocarse en primera línea aquel reposo del corazón que viene con los años y que, aun siendo más bien efecto del cansancio que de la satisfacción no deja, sin embargo, de ser reposo.

No es cosa de jóvenes el calentarse al sol, permanecer sentados en el rincón del fuego, ni considerar el tiempo de la comida como el momento más agradable del día. Han de bullir siempre hasta en sus sueños; pero al llegar á una edad media, las agitaciones de la juventud se sustituyen por el placer de los rumiantes y la tranquila beatitud de la saciedad. Un gentlemán en la edad madura, cuando el hígado ha sobrevivido al corazón, no es ciertamente y después de todo digno de mucha lástima.

Sin embargo, debe tener cuidado de no desprenderse de la roca á la que está adherido, como la ostra, para no volver á caer en las fatales olas del sentimiento, de las que debió haberse separado para siempre. Si lo hace, su última suerte será seguramente peor que la primera. Muy dulce puede parecerle el licor ya conocido y menos embriagador que en otro tiempo para su aguerrido cerebro, pero no deja de estimular

sus sentidos, ni de ser para su cuerpo un confortante peligroso. Cogiendo la copa para beber en ella la juventud eterna, traga grandes sorbos, vacía las heces y el viejo embriagado vacila entonces y va á manchar en el cieno sus deshonradas canas.

Si las locuras por las mujeres pudiesen contarse como los puntos en el *cricket*, los hombres que han pasado de los cuarenta no podrían nunca sumarlas.

—Veamos ante todo cómo galopa—dijo el General examinando atentamente la yegua—y luego os diré mi opinión.

El era también hábil jinete, y sin embargo, suspiró pensando que no podía ya montar como Bellorita, ni saltar de un brinco sobre la silla como lo hacía el joven y ágil dragón.

—No he visto nunca otra mejor—murmuró el veterano, mientras que Bellorita, firme en su silla, detenía de repente á la yegua lanzada á tres cuartas de velocidad.—Y si su jinete sabe manejarla, ¡trabajo tendrán los irlandeses en sostener sus apuestas al otro lado del canal!... ¡Vamos! Es inútil; no podemos luchar con las jóvenes, y creo que ni siquiera debemos desearlas.

El General caía en un error muy común. Nos sentimos inclinados á creer que las mujeres dan mucho precio á las cualidades que apreciamos en nuestros semejantes, olvidando que las opiniones de ellas son particularmente el eco de las nuestras, y que es preciso, en consecuencia, para que una cosa sea á sus ojos meritoria, que se hable de ello por uno ó por otro motivo, sea cual fuere. ¿Qué les importa á ellas una mano ligera, un asiento sólido, un cuerpo vigoroso ó una inteligencia sutil, si tales cualidades no dan notoriedad al que las posee? Ser célebre es el verdadero mérito. Si es por virtudes, tanto mejor; si es por vicios, mucho mejor todavía. No hay mujer, por modesta que sea, que no acaricie la ambición de corregir á un pecador y no se sienta más inclinada hacia la oveja sarnosa que hacia todos los inocentes corderos blancos del rebaño.

Sin embargo, Bellorita estaba del todo en su elemento y gozaba con el mismo deleite que siente un pato chapuzándose en el cieno de un charco. La yegua negra no sólo



corría francamente, poseía también aquella elasticidad tan rara hasta en los animales más selectos, elasticidad que no puede engañar al jinete que la ha experimentado, y de la que no cabe desconfiar. El joven oficial apretó más estrechamente las riendas sobre el cuello del animal para hacerle acelerar su marcha, y experimentó en su veloz carrera la exquisita sensación que debe ser, presumo, el gozo particular de los pájaros que cruzan de una á otra parte los aires.

Después de haber dado la vuelta por la llanura, volvió á pasar delante del General, desviándose de la dirección que había seguido antes, pero de manera que tropezase en su camino con un obstáculo por el estilo de los que tendría que franquear en su lucha en Irlanda. Era un pronunciado declive, casi cortado á pico, estrecho arriba y con dos fosos á los lados, ancho el uno á la llegada y más ancho luego. Nada podía ser más tentador que el arrostrar semejante obstáculo en medio de la velocidad con que iba. La yegua, apesar de haber recorrido tres leguas á escape tendido, parecía en su elemento, llena de vigor y tascando tan bien el freno, que Bellorita necesitaba toda su destreza para manejarla y dirigirla. Al acercarse al obstáculo, la excitó con la voz y las rodillas. Al fin llegaron.

—¡Qué temerario!—refunfuñó el General conteniendo su aliento con el temor de una caída horrible.—Pero, no; me equivocaba—añadió poco después.—¡Magníficamente ejecutado y montado de una manera divina!

La yegua, corriendo siempre, saltó derecha en el aire como un ciervo, tocó con sus pies la parte más alta del declive con la rapidez del relámpago, de tal modo que el punto de parada fué casi imperceptible; saltó el foso, y continuó más allá su vertiginosa carrera, pareciendo que más bien había ganado terreno en el corto instante en que había tenido que pararse.

Y siguió su marcha. Franqueó á escape dos obstáculos, dió la vuelta á una gran valla negra, bajó á un foso cuyo lado opuesto subió, y al volver á su punto de partida, Bellorita, sonriéndose de placer y con el rostro animado, ejecutó una llegada increíble dejando caer sus brazos á lo largo del cuerpo.

—Muchos años hace que no he visto á un animal tan corredor—observó el General, cuando el jokey se hubo apeado y mientras que dos palafreneros se apresuraban alrededor de la yegua.—Solamente me parece que la montáis demasiado; y la creo demasiado franca del cuello en los obstáculos, hasta para un caballo de steeple-chase.

—Me alegro de oíroslo decir—respondió su compañero.—Esto es lo que nos hará ganar. En los primeros tiempos en que la tenía, era más bien miedosa; pero la he obligado sin descanso, atormentándola hasta despertar su temperamento; ahora fuerza el vapor como si tuviese que saltar por encima de la semana que viene..... ¡Creo que una vez lanzada, saltará la gran barrera de Punchestown!

El interlocutor de más edad meneó la cabeza en señal de duda.

—Tiene los remos delanteros excelentes—dijo;—pero he visto precisamente á un caballo parecido estrellarse el año último en Lincoln. Cuando son tan francos del cuello, hay que tenerlos sujetos como nos tiene la triste muerte; porque ¡vive Dios! si saltan demasiado lejos y caen, quedan ya inutilizados cuando vuelven á levantarse.

—Sensible sería—replicó Bellorita encendiendo un cigarro.—Es la única buena suerte que he tenido en mi vida y no quiero echarla al diablo. Si tuviese que acabar en mal mi empresa, preferiría que me rompiese primero á mí la crisma antes que ella se matase. Si á *Satanella* le sucediese una desgracia, ¡cómo había yo de presentarme en la vida delante de Blanca Douglas!

—¡Blanca Douglas, decís!

El General dió un paso atrás de sorpresa. No acostumbraba llamar á las jóvenes por su nombre de pila, y le parecía una profanación hablar tan familiarmente de la que él quería.

—Confío en que la Srta. Douglas no volverá más á montar esta yegua—dijo tomando un aire altanero, un aire de pavo erguido, según la expresión de Bellorita cuando más tarde refería esta escena.

—¡Ella... no montarla más!—replicó el joven.—Ya se ve que no conocéis bien á *Satanella*, General. Basta que se le

diga que no haga una cosa para que tenga más deseos de hacerla. ¡Ah!... es buena muchacha, convengo en ello; pero no puede negarse que es muy estrafalaria. ¡El diablo me lleve si en el caso de que no existiese un Reglamento ó cosa por el estilo que se opusiera á ello, no querría ella misma montar la yegua en las carreras de Punchestown con botas vueltas, calzón de piel y casaca de seda! ¡Y sería capaz de inscribirse para todas las carreras y de ganar lo que quisiese! Ella es así, General; ¡lo juro por mi palabra de honor!

Saint Josephs se quedó mudo y como aterrado. ¿Podía creer lo que le decían? ¡Ella con casaca de seda, calzón de piel y botas vueltas! Y era la mujer á quien adoraba. Hubiera sentido un alivio inmenso si hubiese podido aniquilar en aquel mismo instante á su joven y frívolo compañero; pero tuvo que contentarse con responder con un silencio desdeñoso y miradas iracundas y penetrantes. Sin embargo, su descontento pareció pasar completamente desapercibido para Bellorita, que no cesó de charlar libremente durante todo el tiempo que emplearon en volver á Londres. Cuando llegaron, el oficial se despidió con imperturbable afabilidad de su indignado superior jerárquico.

## CAPÍTULO VI

### ELECCIÓN DE CABALLEROS

—¿Necesitáis un caballero que os acompañe?

—Sí, necesito un caballero.

La Srta. Douglas era la que había hecho la pregunta, y la Sra. Lushingtón le había respondido.

Ambas habían acordado ir juntas al teatro, y Blanca había hecho en seguida tomar cuatro butacas contiguas, una para ella, otra para el General y las otras dos para su amiga y el caballero que la acompañase. Es costumbre ser cuatro para apreciar y saborear toda pieza del teatro moderno.

Hacía mucho tiempo que la Srta. Douglas había prometido al General Saint-Josephs asistir con él á la representación de una comedia entonces muy en boga, titulada *El tío Jak*, cuya parte cómica consistía en la sustracción de los vestidos de cierto viajero en el cuarto de una posada, sustracción que tenía por consecuencia la boda de dicho burlado viajero con la señora de sus pensamientos.

El General hubiera hecho cualquier sacrificio para tener la dicha de acompañar al teatro á la Srta. Douglas; supo después de varios aplazamientos que al fin había sido designada la noche, y no hay que decir que el rodrigón de aquella señorita debía también ser de la partida.

Saint-Josephs se metía cada vez más en un berengenal sin salida, corriendo como un hombre empeñado en seguir un fuego fatuo. Aquella morena encantadora, absorbía cada día más sus pensamientos y aprisionaba más estrechamente su fatigado corazón. Podía evocar entonces, sin demasiada pesadumbre y por primera vez, el recuerdo de una joven de ojos azules que había muerto en la flor de su edad y con quien estuvo en vísperas de casarse. Se felicitaba de haber resistido á las seducciones de una viuda en Simla y de haberse conducido luego como un monstruo, según decía una Condesa extranjera con la que algún tiempo tuvo costumbre de pasearse á caballo por el Parque.

Persuadido estaba que el mejor de sus afectos se había hasta aquella época malgastado, habiéndolo, por decirlo así, arrojado por la ventana, desconociéndose la nobleza de su carácter; pero había encontrado á la que satisfacía su corazón, y poco le importaba lo que tenía que hacer para alcanzarla.

Semejante amor en un hombre de su edad y en su situación, tenía su parte ridícula. El mismo General se reía con cierto mal humor y entre sus bigotes canosos, pensando en lo exigente que se había vuelto respecto de sus guantes intachables y del corte de las prendas de su traje. Cuando montaba á caballo, tendía sus estribos y manejaba á su cabalgadura con más amaneramiento que de costumbre. Hasta llevaba en el ojal la flor de los enamorados, aunque no podía nunca

conservar mucho tiempo tal adorno, porque varios de sus antiguos amigos se la quitaban con sus graciosas chanzas. Había una morenita coquetuela, de tres años, hija de un camarada suyo, capaz de conseguir de él cuanto se proponía, fuese ó no un recuerdo de la Srta. Douglas.

Ningún hombre es bastante necio, supongo, para creerse más dichoso, por estar enamorado. Había momentos en que Saint-Josephs se aborrecía positivamente, y aborrecía á todo el mundo como á sí mismo. Había momentos en que el descontento, los pesares, y una desanimación amarga, le sumergían en un estado muy próximo á la ira, sin el fermento de aquella tristeza que le daba el tono más tranquilo del pesar. El General sabía teórica y prácticamente de qué manera ha de llevarse una mujer, del mismo modo que sabía poner las riendas y dirigir á su caballo. ¿Por qué existe el empeño de sobresalir en un ramo cualquiera? El hubiera podido domar al cuadrúpedo Satanella, tan bien como el indiferente Bellorita; pero ninguna influencia tenía sobre el bípedo homónimo de la yegua.

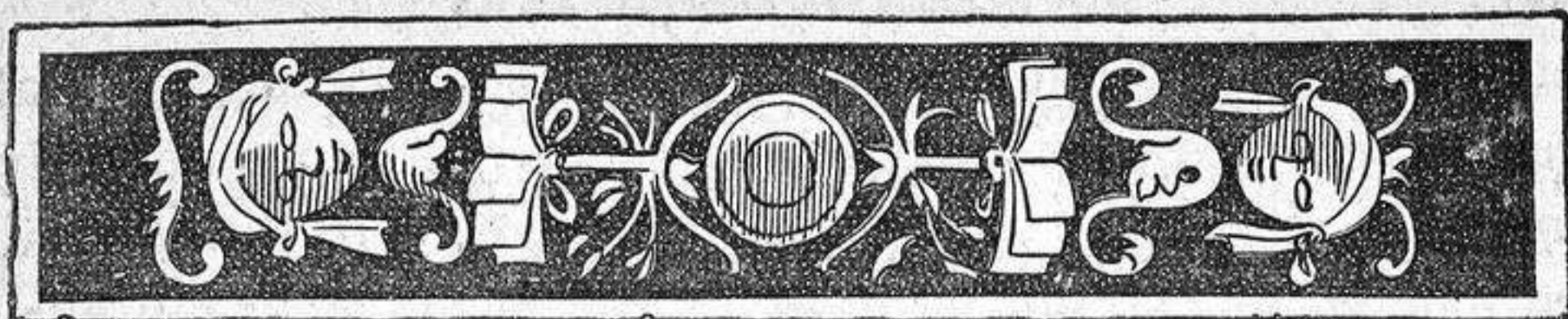
Casi todos tenemos la facultad de examinar como cosa ajena, si así puedo expresarme, y como espectadores imparciales los asuntos en que tenemos más profundo interés. Sin embargo, mientras que esta percepción imparcial aumenta, las inculpaciones que á nosotros mismos nos dirigimos no suele influir en manera alguna en nuestra conducta. Así no es extraño que el General, al mismo tiempo que maldecía mil veces su locura, no hiciese esfuerzo alguno por curar el mal que deploraba.

Humillado é irritado al conocer que en presencia de la señorita Douglas se presentaba bajo un aspecto por todos conceptos desfavorable; conociendo que cuando la acompañaba á paseo se mostraba cándido hasta el idiotismo ó preocupado é intratable; que cuando iba á verla no encontraba palabras de conversación; que, en todas las tertulias que frecuentaba, hombres inferiores en mérito parecían infinitamente más galantes y agradables, y que, en fin, él, hombre de experiencia y de mundo, perdía la cabeza como un novicio al pronunciar la primera sílaba, no llegaba á convencerse, sin

embargo, de que había perdido su corazón. Entonces juraba rebelarse..., desprenderse poco á poco..., romper definitivamente..., dejar la ciudad sin dar su dirección, reconquistar su independencia, dar pruebas de que podía vivir sin ella y no volverla á ver... Pero en el momento en que ella le pidió que la acompañase al teatro, no pudo menos de responder que tendría mucho gusto en ello. ¡Y lo tenía!

*(Se continuará.)*





## VARIEDADES



STUDIOS FÍSICOS SOBRE EL LAGO TAHOE.—John Le Conte, profesor de la Universidad de Berkeley, California, ha publicado una serie de estudios físicos sobre el lago Tahoe, gran lago alpino en Sierra Nevada, comprendido entre los Estados de California y Nevada. Estas investigaciones se relacionan directamente con las practicadas en los lagos de Suiza, especialmente en el Léman.

El lago Tahoe, que antes se llamó lago Bigler, está situado á los 39° de latitud Norte y 120° longitud Este de Greenwich; su altitud es de 1.905 metros, ó sea 110 metros más elevado que los lagos de Sils y de Silvaplana; tiene 35 kilómetros de longitud por 19 de ancho, con una superficie de 500 kilómetros cuadrados y una profundidad máxima de 500 metros.

Hé aquí los valores, en grados centígrados, que da la temperatura medida desde el 11 al 18 de agosto de 1873:

METROS.	GRADOS.	METROS.	GRADOS.
0	19,4	101	7,5
15	17,2	122	7,2
30	12,8	146	6,9
46	10,0	152	6,7
61	8,9	183	6,1
76	8,3	235	5,0
86	7,8	459	4,0

Comparando estos valores con sus análogos del lago Léman, se ve que hasta los 200 metros de profundidad, el lago Tahoe es notablemente más caliente que el Léman; más allá la temperatura es inferior, pues que llega en sus capas inferiores á 4°,0. Le Conte atribuye este calentamiento más considerable de las capas superiores á la mayor transparencia del agua.

El Tahoe no se ha helado nunca, al decir de los ribereños, aunque la temperatura del aire desciende á veces mucho en esta región; en el invierno de 1873 á 1874 marcó el termómetro —14° centígrado, y se cree que baja hasta —18°. Le Conte atribuye la no congelación del Tahoe á la enorme masa de aguas de este lago, sumamente profundo.

Le Conte se pregunta por qué no suben á la superficie los cadáveres de los que se ahogan en el Tahoe, y atribuye este hecho á la baja temperatura de las capas profundas del lago, que dificultan la putrefacción. Verificándose muy lentamente la putrefacción, el cuerpo es poco dilatado por los gases y no se aligera lo bastante para subir á la superficie. Forel completa esta explicación de un hecho observado en todos los lagos profundos que maravilla á los ribereños, diciendo que en las capas profundas es tal la presión, que los gases producidos por la putrefacción, caso que se produzcan, son reducidos á tan pequeño volumen, que el cuerpo no puede adquirir el incremento necesario para ponerse á flote. Forel opina que todo ahogado que llegue á más de 50 metros de profundidad no sube nunca á la superficie.

El Tahoe es célebre por el color azul y la transparencia admirable de sus aguas. Un disco blanco que se sumergió en este lago el 6 de setiembre de 1873, no se perdió de vista hasta los 33 metros de profundidad. En el Léman, experiencias análogas hechas por Forel, han dado para límite de visibilidad en el mes de setiembre 6 m,8, es decir, una profundidad cuatro á cinco veces menor que la del lago Tahoe. La mayor profundidad á que ha visto Forel en el Léman un objeto blanco, ha sido en marzo y á 17 metros. ¿Cuál es la causa de transparencia tan diferente? Le Conte inclínase á atribuirla á materias disueltas en el agua.



MARIPOSAS EN ALTA MAR.—La sociedad entomológica de Bruselas ha recibido una curiosa comunicación de Mr. Fromont respecto á esos enjambres de lepidópteros que aparecen en ocasiones sobre los buques á gran distancia de las costas de la América meridional.

Se había supuesto que el viento procedente de las Pampas arrastraba á dichos insectos hacia alta mar; pero según el doctor Fromont, debe explicarse de otra manera el fenómeno.

He aquí la observación que cita:

A los 29° de latitud Sur, frente á Santa Marta Grande (Brasil), hallándose un barco á más de 80 leguas de la costa, y soplando el viento en dirección contraria, se presentó un gran número de lepidópteros, algunos de los cuales fueron cogidos fácilmente. Al bajar á la bodega se encontraron muchos restos de crisálida y crisálidas prontas á salir en medio de los plátanos y otros frutos que en cantidad considerable contenía el barco. Es lícito admitir que muchas veces los lepidópteros que se cogen en alta mar sobre las embarcaciones, tengan este origen, y no hayan sido llevados por el viento.

Creemos más plausible esta explicación que la hipótesis de que los lepidópteros sean trasportados por las corrientes aéreas.

\*  
\* \*

INVENCION DEL TERMÓMETRO.—El nombre del inventor del instrumento actual es desconocido. Se le menciona por primera vez en una obra del Dr. Fludd, publicada en 1633, el cual dice se usaba hacía cincuenta años. Bacon, muerto en 1636, lo menciona también. Los termómetros primitivos eran en realidad *barotermóscopos*. Se componían: 1.º, de un depósito esférico lleno en sus tres cuartas partes de agua adicionada de ácido nítrico para impedir la congelación (este líquido fué reemplazado por el alcohol); 2.º, de un tubo que en su extremidad superior tenía una bola, y cuya extremidad inferior se sumergía en el depósito después de calentar la bola para desalojar una parte del aire que contenía. El líquido subía ó bajaba según que el gas que había quedado dentro de

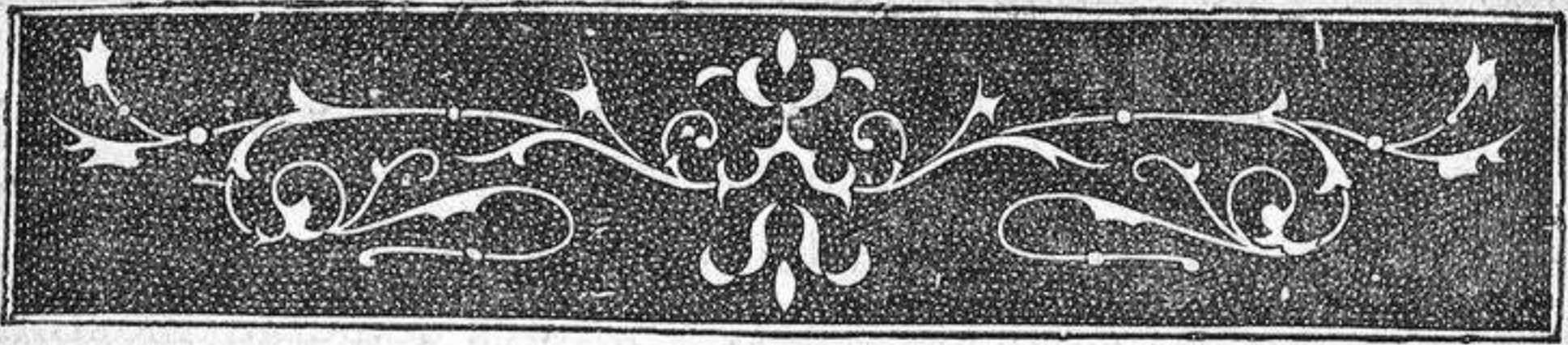
la bola era comprimido ó dilatado por las variaciones de temperatura. Pascal descubrió á poco, que ejerciéndose libremente la presión atmosférica entre el tubo y las paredes del depósito, se suman sus efectos con los de la temperatura. Bien pronto los individuos de la Academia *Del Cimento* dieron á este importante instrumento la forma actual, algunos de cuyos antiguos modelos, pertenecientes á la Academia de Florencia, han figurado en la Exposición de aparatos científicos que se celebró el año 1876 en South Kensington.

Refiriéndonos al instrumento actual dice Scott, presidente de la Sociedad meteorológica de Londres, que las reformas principales se deben á los ingleses (1). Roberto Hook aconsejó el hielo fundido para comparación; Halley la ebullición del agua y la sustitución del alcohol por el mercurio. Newton mencionó el primero la temperatura del cuerpo humano. Fahrenheit, alemán de nacimiento, fué llamado á Inglaterra, donde murió. El termómetro de Reaumur, en su forma final, debe su origen á De Luc, físico de Ginebra. El termómetro centígrado, que generalmente se atribuye á Celsio, fué inventado por Linndus; al principio tenía invertida la escala, marcando el cero la temperatura del agua hirviendo y los 100° la del hielo en fusión.

R. ALVAREZ SEREIX.

---

(1) Scott es inglés y patriota: le felicitamos; pero la ciencia es humana. El holandés Drebbel es el primero que construyó termómetros (1621), ideados con anterioridad por van Helmont. C. Renaldi (ó Renaldini), físico de Pavía, fué quien primero propuso (hacia 1694) que se marcasen sobre los termómetros las temperaturas del hielo en fusión y del agua hirviendo, y que se dividiese el intervalo en el mismo número de partes iguales (Desains, *Physique*, tomo 1.º, pág. 197). Amontons, en 1702, notó la fijeza de la temperatura del agua en ebullición y adoptó esta temperatura como punto de comparación. (Véase F. Hoëfer, *Histoire de la physique*, pág. 110 y siguientes.)



## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR.

**I**RISTE cosa es que los comentarios de las elecciones para diputados y senadores registren siempre una serie de escándalos, abusos, arbitrariedades y mistificaciones de la peor especie que, aun sin ser ciertos, como respecto de la última campaña electoral sucede, indican, por desgracia, la persuasión de que resultan por lo menos verosímiles ante el juicio general de la opinión. No hay que hacerse ilusiones en punto á ideas que están en la conciencia de todos. Que se volcó *el puchero* en favor de este ó del otro candidato; que se impidió votar á los de aquí ó á los de allí; que en las listas aparecen como votantes cadáveres putrefactos; que el vino ó el vil metal fueron poderosos agentes electorales; que el reloj se adelantó previsoramente; que las actas se firmaron en blanco; que hubo pedreas y hasta tiros... Todo, todo tiene más de historia que de novela, en concepto del que lee ó del que escucha, así presida las elecciones un Gobierno avanzado, como un Gobierno conservador, azules ó amarillos, tirios ó troyanos. ¿Por qué? Por la razón sencillísima de que no hay quien no participe de la arraigada creencia de que el sistema parlamentario está vi-

ciado y corrompido en sus raíces. De poco sirve que los gobernantes se propongan circunscribirse al pasivo papel de fríos, desapasionados espectadores, si son los mismos gobernados, los electores, los que mayor interés debieran mostrar en que la libertad más inquebrantable garantizase el ejercicio de su derecho, quiénes se pliegan á las sugerencias del poder, quiénes las buscan y solicitan, quiénes hacen del voto granjería miserable á expensas del vergonzante caciquismo, gangrena asquerosa de esta sociedad cual de otras muchas.

La discusión de actas, con referirse á elecciones verificadas en las circunstancias de independencia más apetecibles para la sinceridad del sufragio, ha revelado, no obstante, ese escepticismo que se ha apoderado de todos los espíritus. Donde no hay excesos que denunciar, se inventan, y el público se halla tan dispuesto á acoger con sonrisa maliciosa lo fantástico como lo positivo: lo uno y lo otro tiene visos y apariencias de realidad.

Importa, pues, que por cuantos caminos se pueda arribar al perfeccionamiento del sistema, se intente la realización del empeño, en bien del porvenir de la monarquía representativa. Para ello no puede negarse que la primera base de reorganización dimana de la reforma de las costumbres políticas. En balde se dictarán leyes y se crearán garantías para la libérrima emisión del voto, si el que ha de emitirlo no empieza por apreciarlo en todo lo que vale y significa, declarándolo inapreciable instrumento de la soberanía. En este sentido va pronunciándose la opinión, y á él tenderá, sin duda, la nueva ley, que el Gobierno ha prometido someter á las Cortes sobre tan importante y trascendental asunto.

\* \* \*

El Sr. Marqués de Novaliches, retraído de las luchas de la política activa hace ya diez y seis años, pidió la palabra en contra del dictamen sobre el mensaje. ¿Qué iba á decir el respetable caudillo del ejército leal de Alcolea? Unos suponían

que se limitaría á hablar de cuestiones militares, respecto de las cuales su palabra y su voto son seguramente autorizados; otros afirmaban que discutiría en general toda la política del Gobierno, y que acerca de ella emitiría opiniones harto independientes. Por último, no faltaba tampoco quien sostuviera que en la manifestación de esas opiniones inferiría hondas censuras á la marcha del partido conservador, representando á un grupo desidente del mismo, mal contento de la amplia transacción de procedimientos y doctrinas, que forma la base de su organismo desde la restauración del trono legítimo. Entonces dijo el Sr. Cánovas del Castillo que bajo los pliegues de la bandera enarbolada en nombre del indisputable derecho de D. Alfonso XII cabían todos, absolutamente todos los españoles que de buena fe aceptaran la monarquía y su única personificación posible entre nosotros: la dinastía borbónica, á la cual tantos timbres debe la historia de nuestras bienandanzas de otras épocas. ¿Intentaría protestar de ese espíritu tolerante y benévolo con todos el Sr. General Pavía?

Parece tarde para que semejante actitud cuadre á la oportunidad indispensable de toda exhibición política. Por lo demás, es problemático que en tal camino le siguieran elementos más ó menos valiosos del Senado, ni siquiera los procedentes del moderantismo histórico, que hoy ven reflejadas sus aspiraciones en las esferas oficiales mediante la presencia en el Gabinete del Sr. Pidal y Mon. Cuando el Conde de Toreno declaró solemnemente disuelto el bando moderado en el año 1875, aun quedaron subsistentes algunos exiguos restos de aquel partido, rebeldes á su ingreso en el conservador, que se formó bajo la jefatura del insigne hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo. Pero hoy, renunciada ya aquella anacrónica significación hasta por los más rehacios en sustentarla—testigos: los Sres. Gutiérrez de la Vega, Coronado, etc.,—sería preciso suscitar una disgregación de las fuerzas conservadoras, ahora compactas y disciplinadas con inquebrantables vínculos de ideas, los más vigorosos y eficaces. ¿Es creible que surgiera esa disgregación?

Oído el discurso del respetable orador, resulta que sus de-

claraciones no han sido tan francas, tan explícitas y categóricas que no dejen ocasión á duda sobre la actitud que en los presentes momentos ha creído necesario adoptar su señoría. El Sr. Marqués de Novaliches no hizo sino recabar para sus resoluciones una libertad de acción que de seguro á nadie se había ocurrido disputarle. Algunas reminiscencias acerca de la unidad católica fueron el único punto que dió á su peroración, mejor dicho, á varios de sus trozos, matiz, ya que no color, en cierto sentido: parece como que el Sr. Marqués no transige con la tolerancia religiosa, hoy sancionada en la Constitución vigente. Si uno á uno de los hombres afiliados al partido conservador se les pidiese una respuesta incondicional con relación á tan interesante tema, es probable que por inmensa mayoría se decidiesen á favor de la unidad, aspiración suprema en esa materia, como en todas, de los pueblos que anhelan tener vida é instituciones propias. Pero hay razones circunstanciales, hay causas de entidad relativa más poderosas que otras de mayor fundamento absoluto, á las cuales no es lícito sustraerse en determinadas épocas á nombre de intereses atendibles, que imponen ciertas transacciones, como elemento indispensable de tranquilidad y bienestar general. El Sr. Presidente del Consejo hizo una brillantísima defensa de esa tolerancia, admitida por el partido conservador á título de grandes conveniencias patrióticas.

Por lo demás, un recuerdo evocó el General Pavía, sobre el cual importa fijar la consideración por la trascendencia innegable de su alcance. Don Alfonso XII ocupa el trono de sus mayores ante todo y sobre todo por la voluntad del país, que le aclamó como único escudo y firme garantía contra los desmanes de una revolución anárquica, que nos precipitó al borde de un abismo de desdichas y de horrores. Nadie puede poner en problema el derecho legítimo del augusto Príncipe que hoy rige el cetro glorioso de los Alfonsos y los Fernandos. Y aun más que ese derecho le encumbró al solio y en él le mantiene para ventura de la patria, la aclamación unánime, fervorosa y entusiasta de esta sociedad, que se veía arrastrada al descrédito y al oprobio por continuos desaciertos y calamidades incesantes.

D.<sup>a</sup> Isabel II no abdicó de su augusta investidura, si bien mira con maternal satisfacción—y ¿cómo no?—los días de creciente progreso que da á España el floreciente reinado de su egregio hijo.

\*  
\* \*

Digna de llamar la atención en este debate ha sido la actitud presente del primer actor en aquel desdichado drama, por virtud del cual España se vió privada de la garantía de sus instituciones seculares. El Duque de la Torre, con insistencia aludido por su antagonista, ni aun se tomó el trabajo de tratar de justificar el destronamiento de D.<sup>a</sup> Isabel II; antes por el contrario, procediendo hidalgamente, se complació en reiterar á la real familia sentimientos de adhesión y lealtad, que ojalá nunca hubiera contrariado con sus actos.

La réplica del Sr. Ministro de Fomento fué elocuente, como suya, y además en el fondo, razonada y persuasiva. Fácil es encontrar en todos los movimientos de las naciones algo acreedor á aplauso y loa: una conmoción popular ofrece múltiples aspectos, así en sus causas ocasionales como en todas sus consecuencias más ó menos remotas, y basta poner á contribución celoso empeño en presentar unas ú otras por el lado que mejor se preste al fin apetecido, para lograr el resultado á que premeditada y á veces alevosamente se aspira. En medio del desconcierto político, económico, administrativo y social que atrajo en pos de sí la batalla de Alcolea, no hay que aguzar mucho el ingenio para demostrar que, á vueltas de las calamidades de dos guerras civiles y de la ruina del Tesoro y del desprestigio de nuestra nacionalidad, algo hay, no obstante, que se conserva como próspero legado de la época revolucionaria: por lo menos la aversión que muestran las clases productoras á aquellas algaradas del motín callejero, hoy imposible por absurdo y por estéril.

Si, reorganizado el ejército sobre bases que hicieran indestructible su disciplina y su moral, se acabara de una vez para siempre con el peligro de las bochornosas cuarteladas

que nos bajan al nivel de los más inquietos Estados del Sur de América, es seguro que la cuestión de orden público estaría en adelante completamente dominada, y los españoles tendríamos, al fin, perfecto derecho para figurar al lado de los países donde todos los intereses se desarrollan pacífica y progresivamente al amparo de la inalterable normalidad de la vida en todas las esferas. A eso hay que propender por toda clase de medios, y de eso han sido eficaz precedente las duras enseñanzas del período setembrino.

Lo sensible es que, para llegar á esa experiencia provechosa por tal camino, se aventura mucho, muy alto y muy importante, en la pendiente y en los recodos de sus ásperos derroteros. Así perdimos, recorriéndolo, todo lo que entre nosotros representaba algo fundamental de nuestro modo de ser, algo expresivo de nuestras más valiosas tradiciones, algo de lo que nos daba aptitud para ocupar un puesto entre las Monarquías europeas más respetadas y mejor regidas.

Al juzgar el discurso del Sr. Marqués de Novaliches, la prensa de oposición ha divagado lamentablemente pretendiendo escudar en su contexto las suposiciones más gratuitas. ¿De dónde puede lógicamente deducirse la disidencia en que colocan al ilustre General Pavía los que á todo trance quieren verle alejado del partido conservador, con cuyos principios se ha mostrado conforme en absoluto? Así arguyen con sobra de inocencia: el Presidente del Consejo no replicó enérgicamente. Y ¿cómo dar energía á la frase ni á ésta carácter de réplica siquiera, cuando no hay acusación que contestar, ni enemigo con el cual contender en franca lucha?

De los demás discursos pronunciados en el Senado, una amenaza envuelta en las últimas frases del Sr. Cuesta, á través del recuerdo de la caída de los Estuardos, revela una vez más la tendencia populachera y desatentada de ciertos políticos, que apenas se ven huérfanos del poder, osan dirigir la audacia de sus impaciencias contra lo que debiera ser más augusto y más digno de incondicional acatamiento, para todos los que de defensores de las instituciones se precien y á este título han debido su encumbramiento á las regiones oficiales.



El Sr. Cervera cree, por su parte, que erigida en dogma la inmovilidad de las instituciones fundamentales del país, se prolonga indefectiblemente la era de las revoluciones, las cuales, y ya es algo, deben cesar, á su juicio, en bien de todos.

Que la manera de atajar las revoluciones sea declarar amovibles los poderes, equivale á decir que para evitar que los ríos se desborden conviene, en primer término, secar sus cauces. El día en que la noción de autoridad se perdiese de hecho, desconociendo la legítima influencia de sus funciones, lógico es que, no habiendo un principio de gobierno que subvertir, no habría tampoco la posibilidad de hollar los fuegos de un orden puramente mitológico.

Una vehemente improvisación del Sr. Pidal rechazando injustificados cargos del Sr. Fernández de la Hoz, y un elocuente y magistral discurso del Presidente del Consejo, resumiendo el debate y haciendo cumplida defensa de los actos de la restauración, tal como él la ha dirigido, enfrente de los estrechos moldes que le señalara el Sr. Moyano, pusieron término á la primera campaña parlamentaria en la alta Cámara.

\*  
\* \*

El Congreso se ha constituido, quedando en sus puestos, como era de esperar, los individuos de la mesa interina. El Sr. Conde de Toreno, por sus raras cualidades de discreción y tino en la dirección de los debates, por su cortesía para con todos, por su asiduidad en el desempeño de la Presidencia, se ha conquistado en la Cámara generales simpatías, así en los escaños de la derecha como en los de la izquierda, sin distinción de matices políticos.

Á la mayor brevedad empezarán los debates solemnes, esos brillantes alardes de la elocuencia que, en general, caracteriza á nuestros hombres de partido y que tan inútiles son, por lo común, para la suerte de los intereses del país.

En esta Cámara, más enconados los ánimos y menos dis-

puestos los diferentes grupos á remontar la contienda á las serenas regiones de la especulación doctrinal, es probable que surjan incidentes apasionados, retos de partido á partido más intransigentes y más enérgicos que en el sosegado recinto del antiguo Palacio de D.<sup>a</sup> María de Aragón, en el que los impresionables han sufrido la triste decepción de un doloroso desengaño, al tocar la realidad de una tranquila controversia, que, con ser lucida y vigorosa, no ha alterado, sin embargo, la reposada superficie de la política dominante.

\*  
\*  
\*

Es sumamente importante la circular del Ministerio de la Gobernación relativa á las necesidades de la clase obrera, y en la cual se dictan reglas para practicar una eficaz información que ponga de manifiesto el estado de la que hoy debe calificarse de verdadera cuestión social, harto acreedora por su alcance y trascendencia á la atención de que en todas partes la hacen objeto los centros de ilustración y los Gobiernos, ora ventilando los múltiples problemas que entraña, ora dictando disposiciones que remedien la situación crítica por que atraviesan los hijos del trabajo, cuyos emolumentos, por regla general, sumamente limitados, no están en proporción de las exigencias, cada vez más apremiantes, de la vida. Importa observar que hoy el concurso material del brazo no vale mucho más que en otras épocas, en las cuales el dinero tenía una estima de que actualmente carece. De ahí ese eterno conflicto entre lo que ha menester para su sustento cualquier familia, aun las más modestas, y lo que ingresa comúnmente en el hogar por resultado del esfuerzo de un solo individuo. Bien es verdad que el caso se observa, no sólo en relación á los jornaleros del yunque, del telar, del azadón ó del martillo, sino también respecto de esos otros jornaleros de la idea, de los que esgrimimos la pluma y sembramos en el papel, de los funcionarios del Estado, de los defensores de la patria en el campo de batalla.

Lo que indica todo esto es que las condiciones de la vida

van cambiando radicalmente y que urge atender por toda clase de procedimientos á restablecer el indispensable equilibrio entre lo que se produce y lo que se necesita, base imprescindible del desenvolvimiento tranquilo y progresivo de toda sociedad regularmente organizada. No huelga, por consiguiente, el estudio detenido y práctico de tan vitales asuntos, como el que ahora se encarga á las comisiones al efecto constituídas en todas las provincias.

\*  
\* \*

Es indudable, hablando de otra cosa, que calmadas un tanto las pasiones, harto exacerbadas con motivo de la formación del Gabinete Posada, se piensa ya seriamente en ver de lograr el propósito, laudable y patriótico, que en otro tiempo pudo señalar prósperos derroteros á la vida y porvenir del partido liberal monárquico. Los Sres. Martos y Sagasta cabildan estos días... Allá en los oscuros ángulos de uno de los pasillos laterales del salón de sesiones del Congreso, á espaldas de una ventana, por donde ni la luz hiere la vista ni el aire restaura los pulmones, alguien los ha sorprendido cuchicheando misteriosamente y cambiando inteligentes sonrisas de fácil interpretación... ¿Llegarán á conciliarse los dos prohombres del bando radical? ¡Quién sabe!... Acaso el propio interés, demasiado trasparente para que pueda ocultarse á nadie, obre al fin el milagro que la razón y la lógica han sido impotentes para llevar á feliz término.

U.





## REVISTA EXTRANJERA

---



CABA de realizarse en Bélgica uno de los sucesos más graves de la época presente. El partido liberal, el partido que se encontraba en el poder, ha sido derrotado en las elecciones legislativas por el partido católico, pero derrotado por completo y en debida forma, hasta el punto de que los jefes y los publicistas vencidos, asombrados de lo que pasa, den voces de desesperación y de alarma. La *Independencia Belga* dice que no es sólo una derrota, que es un desastre que deja muy atrás todas las previsiones más pesimistas.

Desastrosa ha sido, en efecto, la jornada del 10 de junio para los ministeriales de Bruselas, para los liberales del Gabinete Frère-Orban, que llevaba ya seis años en la dirección política de aquel reino y que hasta hace poco tan felices se las prometía, creyendo asegurado su triunfo.

Se trataba de proceder á la acostumbrada renovación por bienio de la mitad de la Cámara de los representantes, efectuándose las elecciones en la mitad del territorio. Excepción hecha del Sr. Tesch en Arlon y del Sr. Bouvier en Virton, todas las candidaturas liberales han sido derrotadas.

Entre los diputados liberales salientes que no han sido reelegidos, se encuentran dos consejeros de la Corona, Mr. Van Humbeeck, Ministro de Instrucción pública, y Mr. Olin, Mi-

nistro de Obras públicas, los burgo-maestres de las más importantes capitales, el Vicepresidente de la Cámara y el jefe del partido progresista. La misma ciudad de Bruselas no tendrá ni un solo diputado liberal en la Cámara. Había antes de estas últimas elecciones 79 diputados liberales y 59 católicos: ahora los católicos serán 85 y sólo 53 los liberales. La lucha ha sido una de las más apasionadas en Bélgica desde 1830, pronunciándose los pueblos con irresistible energía contra las ideas revolucionarias y el dominio de esas fracciones del jacobinismo de nuestros días, cuyos procedimientos, partiendo de París, amenazaban generalizarse en toda Europa. Es un retroceso hacia el espíritu conservador claramente manifestado por la opinión en el terreno de la legalidad electoral.

Cuando este hecho se relaciona con lo sucedido hace ocho días en Roma, donde también triunfó por completo la candidatura municipal católica; cuando se observa la desesperada situación de los liberales de Inglaterra, donde hasta los amigos de Lord Gladstone reconocen que el Gabinete actual tiene ya vida para pocos días; cuando se ve la ninguna influencia que en Alemania ejercen los allí llamados nacionales liberales, no puede desconocerse que en estos momentos se está realizando un movimiento de reacción en toda Europa contra las exageraciones de todas las doctrinas políticas.

El orador más popular del partido progresista en Bélgica, el jefe de la fracción más avanzada, más conforme con el tipo ideal que en España también se acaricia, Mr. Paul Janson, pronunció un fogoso discurso en el Hôtel Continental en el momento mismo en que los jefes del progresismo de Bruselas acogían con lamentos los desastrosos resultados del escrutinio trasmitidos por las secciones electorales. En aquel discurso hay empeño en dar otra explicación á la derrota. «Los electores, dijo, no han sido llamados á emitir un voto político... No han votado contra nosotros. El santo y seña de los clericales, el grito electoral que hoy ha triunfado, es el de ¡Abajo los impuestos!... Se nos ha derrotado en el terreno de los intereses materiales.»

Pero estas palabras no pasan de ser una ingeniosa interpretación del sufragio emitido, sufragio eminentemente político, como no puede desconocerse. Véase lo que ha pasado en Bruselas y en Amberes. La *Independencia Belga* exclama: «Hemos perdido Bruselas, todo Bruselas, lo que jamás se había visto desde 1830.» En Bruselas los católicos han obtenido, en efecto; mil cuatrocientos votos más que los liberales, y en Amberes igual mayoría. ¿Podrán los católicos reducir en el poder los impuestos individuales de una manera muy sensible? ¿Puede esta consideración hacer votar ó los electores en un sentido contrario á sus convicciones?

Es un caso inaudito que no debe admitirse, habiendo, por el contrario, necesidad de confesar que las aventuras políticas del Gabinete Frere-Orbán en las candentes cuestiones de enseñanza, los desacertados procedimientos de aquel Gobierno, son las causas de la ruidosa caída del Ministerio y la condenación de las doctrinas que sustentaba. No otra cosa significan tampoco esas rebeliones parciales de algunas masas contra los resultados del escrutinio, rebeliones reprimidas en la capital de Bélgica, como dos días antes lo habían sido en Roma; pero movidas en último término por los mismos que no han contado con elementos bastantes para obtener el triunfo legal en las urnas, y que no quieren conformarse con la idea de que la mayoría está en las naciones por el orden, y no puede conformarse con ser juguete de banderías y egoísmos.

\*  
\* \*

Sobre las luchas y ambiciones políticas se levanta siempre imponente la cuestión social, teniendo el privilegio de preocupar á hombres muy previsores y distinguidos.

El eminente ingeniero M. Alphand, director durante más de treinta años de los trabajos públicos de París, acaba de publicar sus importantes informes á la comisión parlamentaria encargada de investigar los procedimientos para dar impulso á la industria francesa. Este documento no solamente es importante, por abordar las cuestiones palpitantes del

trabajo, de los salarios, de la alimentación, alojamiento y condición moral de la clase proletaria, sino también por la enumeración de las diversas medidas adoptadas por el consejo municipal de París para mejorar el estado de los obreros.

Lamenta el Sr. Alphand las huelgas que desorganizan el trabajo y matan muchas industrias, y presenta como tópico á los males de actualidad las siguientes medidas: 1.º, la institución de Bolsas y Cámaras del trabajo; 2.º, el desarrollo de las escuelas profesionales y de las sociedades cooperativas; 3.º, la creación de Bancos populares; 4.º, la fundación de una gran Caja de retiros, y 5.º, el fomento de los trabajos del Municipio y del Estado.

Así se aborda franca y prácticamente el problema social. Nada puede objetarse al pensamiento de las sociedades cooperativas y de los Bancos populares, cuya utilidad es generalmente reconocida. El desarrollo de los trabajos públicos es cuestión puramente financiera, y es probable que, respecto de la creación de una Caja general de retiros, los estudios y experimentos que en la actualidad se verifican en Alemania é Italia han de permitir apreciarlos en toda su verdadera importancia. La institución de Bolsas y Cámaras del trabajo, es asunto ya muy debatido, y pudiera ser un auxiliar poderoso siempre que mediasen las más positivas garantías.

Al mismo tiempo que veía la luz pública la *Memoria* redactada por Mr. Alphand, el último *Boletín* de la Sociedad de participación en los beneficios, contenía el informe de Mr. Chaix sobre los progresos de aquella Sociedad, lentos ciertamente, pero que se han extendido ya á varias grandes industrias francesas, á imitación de las casas que en Inglaterra y Alemania hacen esfuerzos para resolver los problemas sociales.

Pero estos problemas no se resolverán si no se consigue separar esas temidas cuestiones sociales de las políticas. La práctica del sufragio universal no cambia las condiciones del trabajo; el voto electoral no mejora los salarios, y las exigencias y necesidades de la vida no se satisfacen con esos derechos inalienables que á todas horas se predicán á los obreros, y que en verdad les sirven de bien poco.

Recientemente se ocupaban también algunos periódicos del elocuente discurso con que el Conde Alberto de Mun terminó el día 8 de junio la asamblea anual de los Círculos católicos de obreros. Vemos que son ya muchos los políticos que se interesan por una obra de sincera fraternidad y de previsión generosa, sintiendo verdadera simpatía por esos círculos ajenos á la política, que duran, resisten y se desarrollan á despecho de contrariedades, de la animadversión que supuso en ellos, simples instrumentos políticos.

Queda de todas maneras consignado que hay en todos los puntos de Francia hombres animados por el proselitismo social que consagran su vida á mejorar dentro del espíritu del cristianismo la santa causa del trabajo. El pueblo tiene un gran fondo de desconocidas virtudes, y da en ocasiones ejemplos de fe verdaderamente heroicos, pues heroísmo necesitan hoy ciertos obreros para declararse en Francia miembros de un círculo católico, despreciando sarcasmos y hasta insultos prodigados en nombre de la libertad y de los inviolables derechos de la conciencia... La obra cristiana cuenta hoy, en sus 400 círculos, con 50.000 miembros cuyas convicciones deben ser muy sólidas, puesto que han resistido á todos los obstáculos.

Todo ello demuestra, además, que donde mayormente se hace sentir la falta de actividad é iniciativa, es en las clases elevadas, poco resueltas á veces, indiferentes y apáticas ante los deberes que su función social les impone. El enérgico é incansable Conde de Mun, con su vida llena siempre de abnegaciones y de sacrificios, tiene por desgracia pocos imitadores.

Los infinitos rasgos de ingenio á que dan lugar las discusiones acerca del divorcio en las Cámaras francesas, las leyendas que publica el fetiquismo político con motivo de la apoteosis de Gambetta en la exposición de proyectos para elevar un monumento á aquel tribuno, y los complicados asuntos de política interior, no han impedido que se acentuasen en momentos dados las veleidades anexionistas del Gabinete Ferry, principalmente en lo que ha dado en llamarse cuestión de Marruecos.



Protestan de su buena fe los periódicos republicanos de París; dicen que nunca ha intentado Francia excluir en Marruecos influencias rivales en provecho propio; afirman que no quieren preparar por vías ocultas la extensión de su protectorado en el Imperio marroquí. Pero no niegan ciertos manejos en los territorios del Sultán Muley-Hassan, no niegan las persistentes ingerencias del agente francés Mr. Ordega en los consejos del soberano de Fez, ni las negociaciones pendientes para la «rectificación» de fronteras entre la Argelia y Marruecos, palabras que en lenguaje diplomático suelen tener más alcance que en el Diccionario de la lengua.

De todas maneras resulta que Francia exige ya á las claras el oasis de Figuig en la parte meridional y la orilla derecha del río Muluya al Norte, es decir, una importante faja del Imperio berberisco que tenemos á nuestras puertas.

Y los periódicos franceses añaden: «Si el Imperio de Marruecos consiente en *rectificar* sus fronteras, toda ingerencia extraña constituye un ataque á la libertad é independencia del Sultán Muley-Hassán, que es muy dueño de arreglar como quiera sus relaciones con Francia.»

Tales argumentos han producido, sin embargo, cierto movimiento en la opinión pública en Inglaterra, y principalmente en Italia y España, movimiento que con justicia ó sin ella encuentra base bastante en esas expansiones coloniales que años hace vienen siendo la preocupación de la prensa europea.

No cabe duda que los intereses morales y materiales de España sufrirían un rudo golpe el día en que otra potencia abusara de su fuerza y poder para cercenar el Imperio africano, en cuyo suelo tan brillantes páginas escribieron con la punta de su espada los capitanes de Castilla.

\* \* \*

El Gabinete inglés está herido de muerte. Sabido es de qué manera reconquistó el poder lord Gladstone, denigrando sistemáticamente los actos del Gabinete Beaconsfield para

venir á desarrollar luego y á agravar las consecuencias de aquellos actos de los hombres á quienes había combatido. Se había proclamado continuador de la política de no intervención inaugurada por Palmerston en el último tercio de su carrera, y ha intervenido repetidamente y con tenaz empeño en todas las cuestiones políticas del continente, poniendo la influencia inglesa al servicio de muchas causas discutibles y dudosas.

Pero la expedición de Egipto, después de haber costado sumas enormes, resulta una decepción lamentable. Han venido humillaciones y derrotas, é Inglaterra se ha manifestado impotente para restablecer el orden en aquel país conquistado. El ruido de las victorias del Madhí excita el patriotismo británico, y Mr. Gladstone se ha visto obligado á reunir una conferencia diplomática que se encargue de arreglar sus desaciertos; pero las dudas y dificultades que para reunirse encuentra esa conferencia consisten en que el Ministro inglés se ve ahora en el caso de proponer á Europa un inadmisiblemente absurdo ó de ser derribado por los suyos.

No quiere ceder su puesto á los conservadores, que por otra parte tampoco lo codician en estos momentos; no quiere tomar la violenta resolución de enviar veinte ó veinticinco mil hombres más á Egipto, exigiendo un crédito de diez ó doce millones de libras; no quiere tampoco aceptar la intervención colectiva de las naciones de Europa en Egipto, porque los diputados de Inglaterra habrían entonces de pedirle cuenta del dinero malamente gastado y de la sangre inútilmente derramada. Nada puede, y nada hace en su confusión y en su impotencia.

Entretanto, Rusia demora en lo posible las negociaciones con Inglaterra para determinar el arreglo de las fronteras rusas, pérsicas y afgánicas; Alemania parece querer disputar en Africa el monopolio colonial á Inglaterra, y Francia se mantiene en taimada reserva respecto de las cláusulas del tratado de Tien-Tsin.

La enfermedad del Príncipe de Orange ha vuelto á poner sobre el tapete las cuestiones de sucesión al trono de Holanda y las añejas aspiraciones de Alemania.

Reina mucha agitación y un activo cambio de telegramas entre San Petersburgo, Berlín, Viena, Belgrado y Sofía, respecto de lo ocurrido en Brezova. Habiendo la Servia establecido unos puestos armados en aquel extremo fronterizo del distrito de Timok para impedir las incursiones de los refugiados internados en Bulgaria, lo que había agriado las relaciones entre ambos países, las autoridades búlgaras, poniendo en práctica sus amenazas, hicieron desarmar aquel puesto á viva fuerza. El Gobierno de Servia pidió una reparación á las veinticuatro horas, y no habiéndola obtenido, acaba de retirar su representante en Sofía, obligando á tomar cartas en el asunto á los Gabinetes de San Petersburgo, Berlín y Viena.

Entretanto, el Congreso de Chicago, según telegrama de Nueva York, proclamó candidatos á la Presidencia de la Gran República á los Sres. Hawley, Logan, Blaine, Arthur John, Sherman y Edmunds. Dícese que el nombre de Mr. Blaine fué acogido con entusiastas aclamaciones, y que ha obtenido el mayor número de votos.

El programa adoptado por la Convención, que designa también al Mr. Logan como candidato á la Vicepresidencia de la República, reclama una protección eficaz á la industria nacional de los Estados Unidos y al trabajo de los obreros, contra la importación extranjera. Pide la reorganización de la marina y medidas contra el acaparamiento del suelo por sociedades americanas ó extranjeras, pronunciándose contra toda ingerencia eventual de las potencias extranjeras en los asuntos americanos.

Como se ve, los hombres de la Gran República quieren, ante todo, ser prácticos.

Así ha terminado el primer acto de la larga crisis que se abre siempre en el período de las elecciones presidenciales en la América del Norte.

S.



## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

**Colección de escritores castellanos.**— *López de Ayala.*— *Obras completas.*— *Teatro. IV.*— *Rioja.*— *La Estrella de Madrid.*— *La mejor corona.*— *Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull, 1884.*— *Un volumen en 8.º de 326 páginas.*

Acaba de publicarse, esmeradamente impreso, el IV y penúltimo tomo de las obras dramáticas del inolvidable Ayala, que comprende, como queda expresado, tres de sus excelentes producciones: *Rioja*, drama en cuatro actos y en verso, representado por primera vez en el Teatro del Príncipe de esta corte el 26 de enero de 1854, y en cuyo estreno tomaron parte las Sras. doña Teodora Lamadrid, D.<sup>a</sup> Joaquina García y los Sres. D. Joaquín Arjona, D. José Calvo, D. Manuel Osorio, D. Enrique Arjona y D. Victorino Tamayo. *La Estrella de Madrid*, zarzuela en tres actos y en verso, representada en su estreno por las señoras

Latorre y Soriano, y los Sres. Cubero, Fon, Calvet, Caltañazor y Fuentes. *La mejor corona*, loa para celebrar el aniversario del nacimiento de D. Pedro Calderón de la Barca, es escrita en colaboración de varios distinguidos escritores, cuyo estreno se verificó en el Teatro de San Fernando de Sevilla el 17 de enero de 1868, siendo la música del maestro Arrieta, que como es sabido, era el amigo más íntimo y cariñoso de Ayala. Esta obra va precedida de un precioso prólogo de Fernán Caballero.

Sería tan ocioso como inoportuno que nos detuviéramos en hacer la crítica de las producciones indicadas. Ellas, como todas las del gran dramático, cuya prematura muerte llo- ran las letras patrias, están ya juzgadas por la opinión pública, y al darlas hoy á luz en la forma en que lo viene haciendo la *Biblioteca* que examinamos, satisface los deseos de los

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

amantes de nuestras glorias nacionales, reuniendo en una colección perfectamente impresa y en condiciones de atender á todas las fortunas, joyas de tanta valía.—M.

\* \*

**Louis XIV et Strasbourg, *Essai sur la politique de la France en Alsace, d'après des documents officiels et inédits; par A. LEGRELLE, docteur ès lettres.*—Troisième édition, corrigée et augmentée. Paris, Hachette, 1883, gr. in octavo de XV—786 p.—Prix: 7 francs 50.**

El éxito alcanzado en Francia por las dos primeras ediciones de esta obra en 1878 y 1881, hubo de estimular el celo del incansable escritor Mr. Legrelle, para estudiar con mayor copia de datos y de una manera que parece definitiva la legitimidad de la conquista de Strasburgo por Luis XIV en 1681.

Abundante el libro en copiosas citas de documentos guardados en las bibliotecas, en el Depósito de la Guerra en París y en los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros, reproduce además íntegras las misivas inéditas entre la Monarquía francesa y la República Estrasburguesa antes de 1681, que pueden servir para llenar muchas lagunas, siendo un poderoso auxiliar de consulta para el estudio de la historia de la antigua Alsacia, relacionada con la de Francia y Alemania en el interesante período de la guerra de los Treinta años.

Se rectifican y completan en este libro los trabajos de Mr. Camille Rousset, de Mr. Charvériat y del sabio especialista Mr. Adolphe Reuss, bibliotecario de la ciudad de Estrasburgo. Con tanta energía como mo-

deración en el debate, se combaten los asertos de Mommsen, Léopold Ranke, Raumer y Sybel, rebatiéndose con inalterable calma los más apasionados ataques. Bien puede decirse que la causa francesa es defendida por el Sr. Legrelle con todo el debido acatamiento á la verdad histórica, y sobre todo, con sabiduría sólida y en extremo copiosa, lo que enaltece al autor y hace apreciablesima su patriótica obra.

\* \*

**De l'Origine des Indiens du Nouveau-Monde et de leur civilisation, par P. DABRY DE THIERSANT, consul général et chargé d'affaires de la République française au Centre-Amérique.**—Ouvrage orné de vignettes.—Paris, Ernest Leroux, 1883, in folio de 358 p.

Esta lujosa obra viene á condensar las ideas vertidas de tres siglos á esta parte acerca del origen de los indios del Nuevo Mundo y de su civilización hoy extinguida. Desechando desde luego la opinión de los poligenistas que, como Voltaire, Lord Kames, Agassiz, Muller, Morton, etc., negaron la unidad de origen de las razas, como contraria á la razón y á la ciencia, no discutiendo tampoco las teorías de los monogenistas, sostiene, sin embargo, que la raza americana no es diferente de las tres razas principales, según la anatomía lo demuestra, y que la certidumbre de la existencia del hombre en la época cuaternaria en el suelo americano, está lejos de ser reconocida por la ciencia.

Cree, en resumen, el Sr. Dabry de Thiersant, que la raza americana se aproxima en su conjunto al tipo de

las razas amarillas, por diferentes caracteres de primer orden, tales como la cara y la nariz achatada, el color de la piel, la naturaleza del pelo, el poco desarrollo y la aspereza de los cabellos, y finalmente, el aplastamiento del occipucio; pero se diferencia por lo prominente de la nariz convexa y relativamente fina, la alta estatura, el poco desarrollo de la cavidad torácica y la flaqueza de su prognatismo, caracteres propios de las razas cruzadas. Así, de deducción en deducción, viene á afirmar que la raza americana es mixta, pudiéndose llamar mongoloturania, como procedente de un tronco primitivo esencialmente mongólico, en el que vino á ingertarse una inmigración ario-turania. Y después de luminosas pruebas y disertaciones, viene el autor del libro que nos ocupa á suponer que el Nuevo Mundo ha sido poblado, en una época difícil de determinar, por colonias de raza mongólica, venidas por el estrecho de Behring ó por las islas Aleucias, y que si la población no se efectuó antes, es porque los helados climas del Norte de América ningún atractivo ofrecían á los asiáticos; lo que explica también por qué, según las tradiciones, no había aún en América en el siglo VII de nuestra era más que unas cuantas tribus salvajes, que se cubrían con pieles y vivían de caza y pesca, no teniendo más habitación que grutas ó subterráneos cavernas.

Prosigue el Sr. Dabry de Thiersant exponiendo los orígenes de la civilización del Nuevo Mundo y su desarrollo, probado por las artes, la religión, la filología comparada, las costumbres y las instituciones y leyes, terminando con un estudio histórico sobre la extinción de la notable civilización india.

Manifiéstase severo en esta última parte con los conquistadores, con el Consejo de Indias y con las órdenes religiosas de la Nueva España, que, á impulso de la sed de oro, destruyeron los últimos elementos intelectuales y los monumentos de todas clases.

Pero se manifiesta, sin embargo, justo con el ilustrado Gobierno español de la metrópoli, que no escaseó esfuerzos para dulcificar la suerte de los pueblos y defenderlos contra las injusticias de los soldados de la conquista.

De cualquier modo, el libro es digno de figurar en la biblioteca de todo americanista ilustrado.

\*  
\* \*

**L'Évolution religieuse contemporaine, chez les Anglais, les Américains et les Hindous, par le Comte GOBLET D'ALBIELLA, membre de la Chambre des représentants de Belgique.**—Bruxelles, librairie Européenne C. Muquardt, 1884, gr. in-octavo de XIX—431 p.—Prix: 7 fr. 50.

Empieza por decir el autor que es extraño á toda Iglesia, pero que está en comunión de ideas con todo el que dentro ó fuera de las organizaciones eclesiásticas trate de acercar la religión á la razón. Fácil es comprender, después de tales declaraciones, que toda la obra se inspira en un espíritu eminentemente racionalista. Dice, sin embargo, el autor, que su libro no es de propaganda y que no trata de reclutar prosélitos á ninguno de los sistemas que expone, no teniendo tampoco la pretensión de ofrecer soluciones nuevas. Su fin parece el de sintetizar los principales materiales para la historia del racionalismo religioso en la segunda mitad del siglo XIX,

condensando documentos y manteniendo apreciaciones en el terreno de la crítica general.

Recorre, aduciendo copia de datos y consideraciones, los progresos del libre examen en Inglaterra desde la introducción de la Reforma, la filosofía de la evolución y la crisis del espiritualismo, el movimiento de las ideas en el protestantismo ortodoxo, el unitarismo inglés, las congregaciones racionalistas apartadas del cristianismo, el comtismo y el secularismo, el génesis del unitarismo en los Estados Unidos, el movimiento trascendentalista de Emerson y Parker; la religión libre y la religión de la Etica, el cosmismo y la religión de la Evolución. Y luego con erudición pasmosa examina el teísmo en la India contemporánea, las reformas sociales del brahma Samaj, el eclecticismo del brahma Dharma en frente del misticismo indio, el sincretismo de la nueva dispensación y el brahmismo y el porvenir religioso de la India.

Declarando que todas las religiones son el producto de causas naturales mezcladas con errores, confiesa sin embargo que la inteligencia humana no puede comprender la Realidad Suprema sino por medio de símbolos imperfectos, lo que es ya reconocer la necesidad de una religión positiva; pero su objetivo estriba en demostrar que lo esencial para la paz de la conciencia y para el progreso de las ideas está menos en atraer al racionalismo que al liberalismo, menos en imponer á las Iglesias profesiones de fe científicas que en obligarlas á reconocer los derechos absolutos del libre examen, proclamando la posibilidad constante del progreso religioso. Su conclusión es pues un resumen de lo que la crítica racionalista

respetada de las antiguas creencias, tratando de investigar para qué clase de nuevas construcciones religiosas podrán servir las piedras de las ruinas, en las sociedades futuras. En esta última parte, el autor se declara desorientado y en absoluto impotente.

La erudición del libro es vasta y el talento con que está escrito innegable. ¡Lástima que sobre tan deleznable bases, bases de destrucción implacable, nada lógico se vislumbre, nada fuerte pueda construirse!

\*  
\* \*

**Le Socialisme contemporain,**  
*par* EMILE DE LAVELEYE, *Membre de l'Académie Royale de Belgique, correspondant des Académies Royales de Madrid, de Lisbonne, DEI LINCEI et de l'Institut de France, etc., etc.*—*Deuxième édition. Paris, Germer-Baillière, 1883, in-octavo de XLIV—333 p.—Prix: 3 fr. 50.*

Es el Sr. Laveleye, el escritor de quien dijo el Conde Goblet d'Alviella que jamás, en lo más empeñado de la lucha en favor del progreso del espíritu humano, había querido devorciar la religión de la libertad.

Expone en su nuevo libro los progresos del socialismo contemporáneo, principalmente en Alemania; comenta la doctrina de los precursores Fichte y Marlo; juzga las teorías de Rodbertus-Jagetzow, de Karl Marx y de Ferdinand Lassale; estudia las tendencias de los socialistas conservadores, de los socialistas evangélicos y de los católicos; desarrolla históricamente la grandeza y la decadencia de la Internacional, la alianza universal de la democracia con el apóstol del nihilismo, el colectivismo y la nacionalización del suelo, y termina con

filosóficas consideraciones sobre los modernísimos socialistas de la cátedra, ponderando los grandes servicios que está llamada á prestar la nueva escuela.

«Si el progreso de la humanidad no es una quimera, dice el Sr. Laveleye, la igualdad acabará por establecerse entre los hombres; pero las trasformaciones sociales no se realizarán nunca por la violencia. Los atentados y las insurrecciones no pueden tener otro resultado que una represión desmedida y el restablecimiento del despotismo. ¡Cuánto daño no hicieron á la causa de que se decían campeones los regicidas alemanes Hoedel y Nobiling! Si los socialistas expusiesen sus ideas con persistencia, pero con templanza, y empleando los poderosos argumentos que pone en sus manos la ciencia económica, como lo hicieron Stuart Mill y el antiguo Ministro austriaco Mr. Albert Schæffle, las clases privilegiadas les escucharían, porque no pueden sustraerse á los sentimientos de justicia igualitaria que ha puesto el Evangelio en sus almas. Las mismas leyes agrarias que el inglés Mr. Gladstone arrancó á la Cámara de los Lores prueban que el socialismo puede obtener pacíficamente las más decisivas victorias. Es probable que se vaya introduciendo poco á poco en las leyes por la influencia de lo que se llama socialismo de Estado. Su debilidad procede de que, confinado principal-

mente en el círculo de las clases obreras, raras veces encuentra órganos entre los hombres instruídos, tales como lo eran incontestablemente Lassale y Marx.

»Si surgiesen, como en otro tiempo en Israel, profetas inflamados con la religiosa sed de justicia, el cristianismo social podría, amparándose de las almas, producir trasformaciones profundas en el orden económico. Pero el triunfo duradero de una revolución socialista violenta, es imposible. Sin embargo, como el nihilismo, semejante á una lava ardiente, fermenta en todas partes en las capas subterráneas de la sociedad, y mantiene allí cierto furor satánico de destrucción, tampoco sería extraño que en una de esas crisis en que la autoridad es impotente y la fuerza represiva está paralizada, veamos, como lo pronosticaba ya en 1833 el poeta Hégésippe Moreau, y recientemente también Mr. Maxime du Camps, nuestras capitales asoladas por la dinamita y el petróleo, de una manera más salvaje, y sobre todo, más sistemática que en 1871 en París.»

Hemos traducido las precedentes líneas, porque ellas son la síntesis de las opiniones del distinguido autor. Por lo demás, pocos le aventajan en la claridad de juicios, en la lucidez de la exposición histórica y en la habilidad con que de las premisas sabe sacar las más trascendentales consecuencias.—S.